

RELACIÓN DE LA CONQUISTA DEL PERÚ

ESCRITA POR:
PEDRO SANCHO DE HOZ
Secretario de Pizarro

VERSIÓN CASTELLANA CON ANOTACIONES:
Joaquín García Icazbalceta

EDICIÓN E INTRODUCCIÓN:
José M^a González Ochoa

Asociación Amigos de la Historia de Calahorra (Eds.)

© Copyright, 1ª edición: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1962
© Copyright, 2ª edición: Amigos de la Historia de Calahorra, 2004

Amigos de la Historia de Calahorra, como editores, agradece a Librería José Porrúa Turanzas su autorización para la reedición de este trabajo publicado en 1962 por Ediciones José Porrúa Turanzas

© del estudio introductorio: José María González Ochoa

Edita: Amigos de la Historia de Calahorra
Apartado de Correos 97
26500 Calahorra (La Rioja)
Tfno. 666 760 385
www.amigosdelahistoria.com

Portada: "Vista del cerro y fortaleza fabricada por los Incas del Perú en la ciudad de Cuzo". Por Ramón de Archeaga, sargento de infantería. 1778 (AGI-MP-Perú Chile 220).

ISBN: 84-931428-5-9

Depósito Legal: NA-2.568/2004

Imprime: Gráficas Lizarra (Estella-Navarra).

Queda prohibida, total o parcialmente, la reproducción de textos e ilustraciones de esta publicación, con fines comerciales, sin la autorización escrita de la AAHC. Se permite sin necesidad de autorización, la reproducción en fotocopias para uso personal.

INDICE

Prólogo	7
Introducción	9
Biografía de Pedro Sancho de Hoz	10
El contexto	20
La Crónica.....	22
Relación de la Conquista de Perú	29
Advertencia del traductor	31
Relación para S.M. de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la nueva Castilla, y de la calidad de la tierra, después que el capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a su majestad la relación de la victoria de Caxamalca y de la prisión del Cacique Atabalipa	35
I.....	37
II	44
III.....	50
IV	58
V.....	64
VI.....	69
VII.....	74
VIII	78
IX.....	82
X	88
XI.....	94
XII.....	99
XIII	103
XIV	110
XV.....	114
XVI	118
XVII	125
XVIII.....	130
XIX.....	135
Glosario de nombres	139

PRÓLOGO

Cuando en 1978 se fundó la asociación Amigos de la Historia de Calahorra, ya en el artículo 5 de nuestros estatutos se recogía que el objetivo de la misma era el de colaborar en la conservación de nuestro patrimonio histórico y cultural, y en el artículo 6.6 al hablar de los fines se expresaba el de promover publicaciones sobre nuestra historia.

En este afán de dar a conocer nuestro patrimonio, la Asociación, desde su fundación, ha realizado diversas publicaciones. Ahora le toca el turno a esta obra, escrita por un calagurritano que participó en la conquista de América.

El libro que hoy presentamos es interesante por dos razones. Una es que fue escrito por Pedro Sancho de Hoz, calagurritano del siglo XVI, prácticamente desconocido para nosotros, y que llegó a ser Secretario de Pizarro. Y la otra porque esta edición ha sido prologada por D. José María González Ochoa, que nos da a conocer retazos de la vida de este calagurritano.

La obra ya había sido publicada en España con anterioridad por Ediciones José Porrúa Turanzas en 1962, dentro de su colección Bibliotheca Tenanitla de Libros Españoles e Hispanoamericanos. En la introducción de esa edición que estuvo a cargo de D. Joaquín García Icazbalceta, que fue también el traductor de la obra, éste nos dice que no conoce nada de la vida de Pedro Sancho de Hoz, salvo las noticias que da él mismo.

D. Joaquín García Icazbalceta nos da un dato importante: el original español no existe o no se ha encontrado. Las crónicas escritas por Pedro Sancho se publicaron en Venecia por el impresor y geógrafo italiano Juan Bautista Ramusio, dentro de su obra *Delle navigazioni e viaggi*, concretamente en su tercer libro, dedicado al Nuevo Mundo. A partir de esta obra en italiano, D. Joaquín García Icazbalceta realizó la traducción.

Debemos a D. José María González Ochoa el haber podido rescatar esta figura de los anales calagurritanos. Ya nos había introducido con anterioridad en la vida de Pedro Sancho de Hoz, junto con la de Martín de Calahorra en su artículo "*Dos calagurritanos en la conquista de América y su intervención en México y Perú-Chile*" publicado en nuestra revista *Kalakorikos*, en su número VIII.

Esperamos que esta publicación sirva para hacernos sentir a todos aún más orgullosos si cabe de nuestra condición de calagurritanos.

INTRODUCCIÓN

Debo la primera noticia sobre Pedro Sancho de Hoz al profesor peruano Don José Antonio del Busto Duthurburu. En el verano de 1995 disfrutaba en Lima de la hospitalidad de unos amigos y de una beca de la Agencia EFE, que entre otras cosas, me permitía tener las tardes libres y las puertas abiertas de instituciones y personajes interesantes de la vida cultural y política peruana. Así, en una tarde de garúa –en Lima era invierno– me presenté en el palacio Ramírez Arellano, sede del Instituto Riva-Agüero, seguramente la más prestigiosa institución investigadora en ciencias humanas del país andino. Perteneciente a la Pontificia Universidad Católica del Perú, su director era entonces y hoy el historiador José Antonio del Busto. El profesor Del Busto es uno de esos maestros universitarios capaces de revivir un episodio histórico con la precisión y la emoción de un experimentado juglar que hubiera sido testigo directo de lo contado. Puede entretenerte toda una tarde con el relato de una partida de mus entre conquistadores para dilucidar quien se quedaba con el disco solar del templo de Coricancha en el Cuzco incaico.

Como decía, en nuestra entrevista en aquel precioso palacio del siglo XVIII, entre cuadros y despachos que rezuman historia peruana, hablamos, entre otros muchos temas, de los cronistas directos de la conquista del Perú. En la conversación, Del Busto mencionó a un tal Pedro Sancho de Hoz, secretario de Pizarro y relator de algunos de los hechos más importantes y decisivos: la ejecución de Atahualpa y de su general Calcuchímac, la elección de dos nuevos Incas, la entrada en Cuzco y las primeras descripciones geográficas de las tierras dominadas. Interesado como estaba por esa fascinante época, anoté el nombre.

Meses después, ya en España, localicé en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca de Cultura Hispánica, ejemplares de la única edición española de la crónica de Pedro Sancho. En principio sólo fue un documento original más que me ayudó a escribir una biografía de Pizarro. Sin embargo, un par de años más tarde, al revisar los trabajos de Peter Boyd-Bowman¹ sobre los pobladores españoles en las Indias,

1. Boyd-Bowman, Peter *Índice geobiográfico de más de cuarentamil pobladores españoles de América en el siglo XVI. Tomo II (1520-1539)* Editorial Jus, México 1968.

descubrí que Pedro Sancho de Hoz procedía de Calahorra. Aunque no he podido constatar su partida de nacimiento, en el Archivo General de Indias, tal y como recoge Boyd-Bowman, está registrado como “hijo de Juan de Hoz y Juana Sancho vecinos ambos de Calahorra”. Por tanto, todo parece indicar que Pedro Sancho nació y vivió su infancia a orillas del Cidacos. Desde que supe esto me propuse investigar sobre él y difundir, en la medida de lo posible, su vida y su obra. Y así fui reconstruyendo todo lo que a continuación relato –parte de ello ya publicado en la revista *Kalakoricos VIII* (Noviembre de 2003)– y trabajando junto a la Asociación Amigos de la Historia para la edición de la presente crónica.

Por último, antes de pasar a analizar en detalle al calagurritano cronista y conquistador, sirvan estos párrafos previos de reconocimiento y gratitud al profesor José Antonio del Busto, por su magisterio como historiador y, especialmente, por darme las primeras noticias de tan sugerente paisano.

Biografía de Pedro Sancho de Hoz

PEDRO SANCHO DE HOZ, ó **SANCHO DE LA HOZ** como aparece en otros documentos² es, sin duda alguna, el más importante calagurritano, desde el punto de vista histórico que participó en la conquista de América. Personaje contradictorio y de dudosa catadura moral, tuvo un papel destacado en la conquista de Perú y Chile. Bien formado y culto, podemos deducir que pertenecía a alguna familia noble o adinerada de Calahorra, y de no ser así, al menos contó con algún padrino o mecenas dentro de la Iglesia o la nobleza riojana que le facilitó estudios y contactos.

Podemos asegurar que nació en 1514 y era hijo de Juan de Hoz y Juana Sancho, ambos vecinos de Calahorra. Poseía una buena formación, y seguramente contactos en la Corte o en el Consejo de Indias pues se embarcó en el tercer y definitivo viaje a Perú en 1530. Sin embargo tenemos escasas noticias sobre él antes de desempeñarse como secretario de Francisco Pizarro en 1534. Lo más probable es que ambos personajes se conocieran en Toledo, entre los meses finales del año 1528 y mediados de 1529, durante el tiempo que Pizarro permaneció en la capital castellana esperando obtener una capitulación pa-

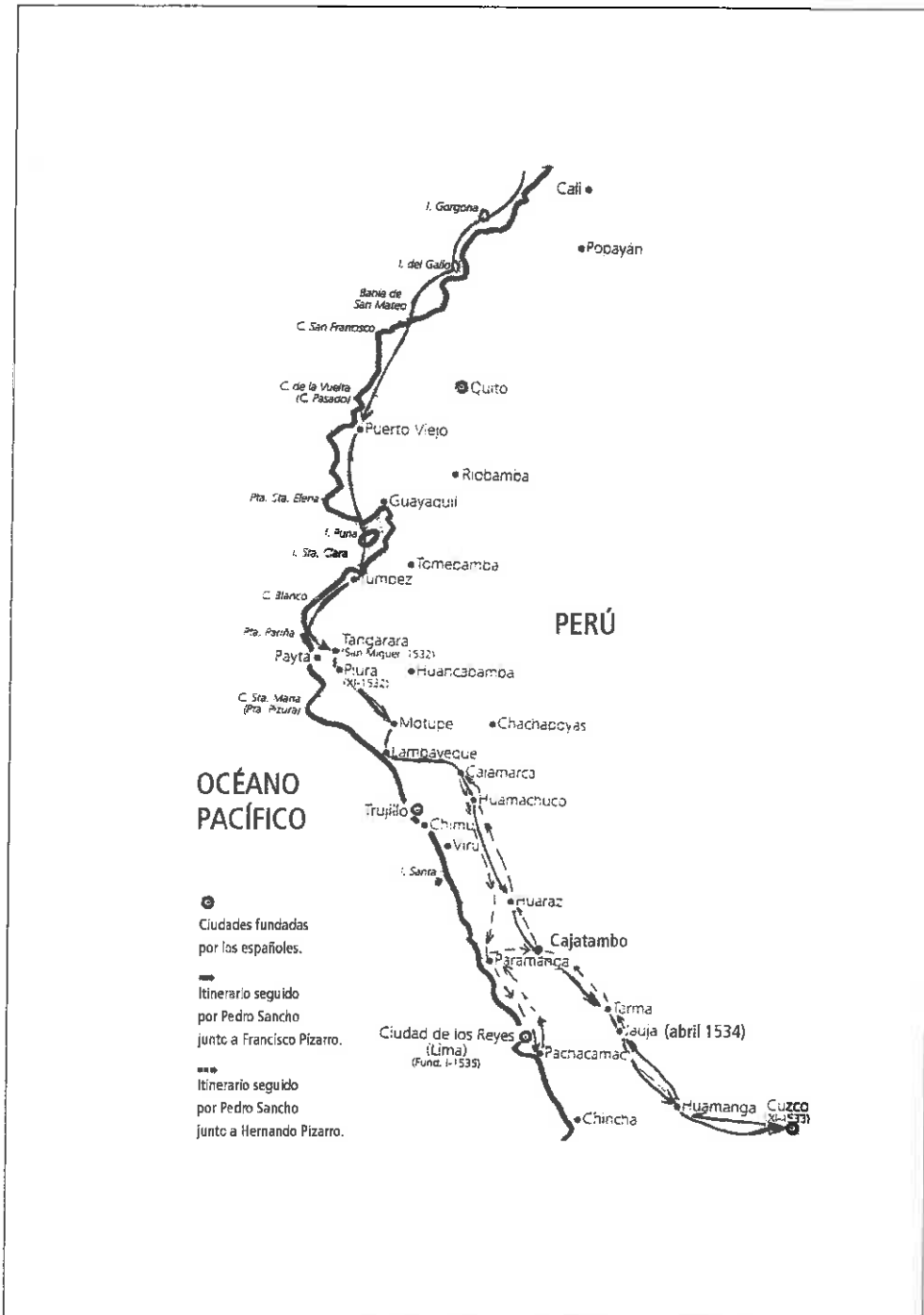
2. Más información sobre Pedro Sancho de la Hoz consultar *Testimonio del acta de repartición del rescate de Atahualpa* (1533) en *The Hakluyt Society*, primera serie, tomo 97, pp. 131-143 Cambridge, 1892. J. Fuentes; L. Cortés; F. Castillo; y A. Valdés *Diccionario Histórico de Chile* Editorial Zig-Zag; 8ª edición Febrero 1984. Santiago de Chile.

ra la definitiva conquista del Perú. En junio de 1529, la emperatriz Isabel de Portugal, en ausencia de su marido Carlos I, firmó la licencia de conquista de Pizarro y escasas semanas después éste partía hacia su Trujillo natal en busca de familiares y aventureros que quisieran unírsele. Por tanto, es factible imaginar que en los meses de la tediosa espera toledana, Pedro Sancho y el conquistador coincidieran, y que en el calagurritano, ambicioso de por sí, se despertase el deseo de participar en la aventura de las Indias.

Pudiera ser que Pedro Sancho estuviese en Sevilla en busca de fortuna a finales de 1529 y se enrolará como marinero o soldado en la expedición perulera, que partió el 19 de enero de 1530, pero por la posteriores vinculaciones de Sancho de Hoz con Toledo, creo más plausible la hipótesis de un encuentro previo, accidental o voluntario, en la ciudad del Tajo.

Una vez en Perú, sabemos que estuvo como soldado en la compañía de Hernando Pizarro durante la exitosa campaña de exploración y conquista del mes de marzo de 1533, participando del saqueo del templo de Pachacámac y de la detención en Jauja del general inca Calcuchímac. A su regreso al campamento de Cajamarca recibió 4.500 pesos y 181 marcos de plata por los servicios prestados.

A partir de este momento, hasta julio de 1534, sustituye a Francisco López de Jerez como secretario personal del gobernador y actúa de *Escribano General de los Reinos de Nueva Castilla*, un alto cargo que le obligaba a ejercer como notario real ante cualquier acto de los españoles que tuviese una posible consecuencia jurídica. Prosiguió junto a Pizarro en su marcha hacia Cuzco, capital del imperio Inca, y fue uno de los primeros españoles en entrar en la fabulosa ciudad. Después, regresó a Jauja donde permaneció unos meses antes de volver a España. La relación con Pizarro debió deteriorarse, pues en 1535, tras ser discutida la promulgación de unas Ordenanzas dadas por el trujillano en Cuzco, Sancho declaró a favor de los conquistadores que se enfrentaban a Pizarro.



Recorrido de Pedro Sancho de Hoz en Perú)

Como decíamos anteriormente, meses después de levantar el acta de fundación de la ciudad de Jauja (25 de abril de 1534), en vez permanecer en la rica encomienda que le otorgaron, prefirió regresar a España. Se instaló en Toledo donde el clérigo Juan de Sosa le promovió un pleito y el embargo de sus bienes por un préstamo que el calagurritano le hizo al clérigo para que pagases sus muchas deudas. Sosa, a cambio, le entregó su parte del botín de Cajamarca. El avisado Sancho obtuvo luego casi el doble (10.000 pesos) por lo prestado. Los jueces obviaron las alegaciones del cura y declararon lícita la operación.

En ese momento la fortuna del riojano ascendía a más de 50.000 ducados, que le permitieron ser regidor de Toledo, casarse en 1535 con la noble Guiomar de Aragón, e intrigar en la Corte donde debía tener buenos contactos. Prueba de sus privilegiadas relaciones con el poder es que se le consintió mantener a sus indios encomendados a pesar de estar fuera del Perú. En menos de cuatro años logró dilapidar su riqueza. Parte del dinero se debió ir en comprar a los funcionarios de turno hasta obtener una provisión real que le autorizaba a conquistar y gobernar las tierras a ambos lados y al sur del estrecho de Magallanes, siempre y cuando no chocase con las gobernaciones de Pizarro, Camargo, Almagro y Pedro de Mendoza, estos dos últimos ya fallecidos cuando se firmó el documento (pero su muerte se desconocía en España). Aunque él nunca los supiese ni se hiciese cargo de sus tierras, gracias a la provisión real fue el primer gobernador de la Tierra del Fuego y de la Antartida, por entonces desconocida.

A continuación se reproduce el texto de la Capitulación otorgada a Pedro Sancho de Hoz:

Capitulación otorgada a Pero Sancho de Hoz para ir a descubrir y navegar por el mar del Sur. Dada en Toledo el 24 de enero de 1539

El REY

Por quanto vos, Pero Sancho de Hoz, me abeis hecho relación que con deseo de continuar lo que nos serviste en la conquista de la Nueva Castilla llamada Perú, y de acreçentar nuestro patrimonio rreal y Corona de Castilla os ofreçeis de armar en la mar del sur, y hareis de belas latinas y de rremos más navíos si más fueren menester de la cantidad y manera que conbengan para descubrir y las probereis de gente, armas y marineros y bastimentos y de todos aparejos y cosas neçesarias y que nabegareis por la costa del mar del Sur, donde tiene sus gobernaciones el marqués don Francisco Pizarro y don Diego de Almagro y don Pedro de Mendoça y Francisco de Camargo hasta el Estrecho y la tierra que está en la otra parte dél, y de yda o benida si descubrireis toda aquella costa del sur y puertos della y

nos enbiareis rrelaçión della tierra y manera y puertos de mar y todo lo demás que hallardes y razón de la nabegaçión, todo ello a vuestra costa y minsión, sin que Nos ni los Reyes que después de nos binieren seamos obligados a vos pagar cosa alguna de lo que en ello gastardes, y me suplicastes vos mandase dar liçençia para hazer el dicho descubrimiento, y que descubierta aquella tierra de la parte del dicho estrecho o otra tierra qualquiera que hasta entonces no esté hallada, y después de enbiada la rrelaçión della se os diese en gobernación perpetua y se hiziese con vos lo que con las otras personas han hecho semejantes descubrimientos, sobre lo qual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulaçión siguiente:

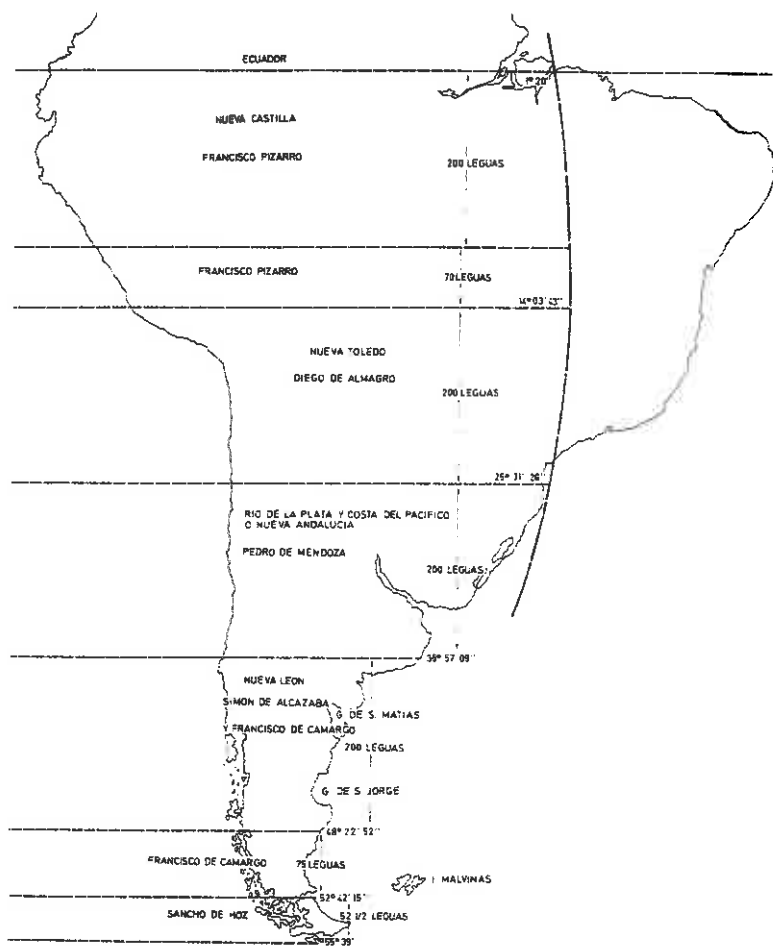
1.- Primeramente, vos doy liçençia y facultad a vos, el dicho Pero Sancho de Hoz, para que por Nos y en nuestro nombre y de la Corona Real de Castilla podais nabegar con los dichos navíos que ansí os ofreçeis a hazer por la dicha mar del sur, donde tiene las dichas gobernaciones los dichos Marqués don Françisco Pizarro y Adelantado don Diego de Almagro y don Pedro de Mendoza y Françisco de Camargo hasta el Estrecho de Magallanes y la tierra questá en la otra parte dél, y de yda o de buelta descubrireyes toda aquella costa de la parte del dicho Estrecho sin que entren en los límites y parajes de las yslas y tierras questán dadas en gobernación a otras personas, a conquistar no gobernar ni rrescatar si no fuese mantenimiento para sustentación de la gente que llevardes con tanto que no toqueis en los límites y demarcaçión del Serenísimo Rey de Portugal, nuestro hermano, ni en los Malucos ni en los límites que por la húltima contrataçión y empeño se dió al dicho Serenísimo Rey.

2.- Yten, vos prometemos que hecho el dicho descubrimiento de la otra parte del dicho estrecho, o de alguna ysla que no sea paraje o ageno, os haremos la merçed condina a vuestros serviçios, y entretanto que Nos ynformados de lo que así descubriesdes seays nuestro gobernador dello.

3.- Por ende, por la presente, haziendo vos el dicho Pero Sancho de Hoz, a vuestra costa y según y de la manera que de suso se contiene el dicho descubrimiento, digo y prometo que vos será guardada esta capitulaçión y todo lo en ella contenido, y no lo haziendo ni cunpliendo ansí, Nos no seamos obligados a vos a mandar guardar ni cunplir lo suso dicho ni cosa alguna dello, ante vos mandaremos castigar y proçeder contra vos como contra persona que no guarda ni cunple y traspasa los mandamientos de su rey y Señor natural, y dello vos mandamos dar la presente, ffirmada de mi nombre y refrendada de mi infrascrito secretario.

Fecha en Toledo, a veinte y quatro días del mes de henero, de mil quinientos y treinta y nueve años. Yo el rey. Refrendada de Samano, y señalada del Cardenal Beltrán y Carvajal y Bernal y Velázquez³.

3. Tomado de: Del Vas Mingo, M.; *Las Capitulaciones de Indias en el siglo XVI* Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1986. (A.G.I. Indif. General 415 – L. I. Fol..241-241 vto.)



Las distintas gobernaciones de América del Sur

El 28 de marzo de 1539 se le dio licencia para embarcarse hacia su gobernación. Llegó a Cuzco al tiempo que Pedro de Valdivia, con autorización de Pizarro, iniciaba los preparativos de la expedición a Chile. El calagurritano exhibió sus derechos sobre Chile, si bien éstos no hubiesen aguantado el mínimo examen jurídico, pues quedaba claro que antes estaban los del Adelantado Diego de Almagro. Pero dada la confusión legal en la que se había sumido Perú tras la muer-

te de Almagro, la escasez de hombres y recursos y las buenas relaciones de Pedro Sancho en la Corte, el gobernador Francisco Pizarro prefirió que Valdivia y Sancho de la Hoz unieran sus esfuerzos. De cualquier forma, y como a Pizarro no le había quedado buen concepto de su antiguo secretario, previno a Valdivia sobre la lealtad y moralidad del calagurritano. Finalmente, a instancias del gobernador ambos capitanes se asociaron en la empresa, y el 28 de diciembre de 1539, en casa de Pizarro en Cuzco, establecían una asociación comercial para la conquista de las tierras chilenas. Se convino que mientras Valdivia iniciaba la expedición, Sancho de Hoz quedaba en Perú para fletar dos navíos con cabalgaduras y armas, que despacharía por mar en un plazo no superior a cuatro meses. La trascripción del documento es la siguiente:

En la ciudad de Cuzco a 28 días de el mes de diciembre de 1539 años, estando en las casas del Marqués D. Francisco Pizarro en la sala de su comer, se concertaron: ; e yo Pedro Sancho de Hoz digo: iré a las ciudad de los reyes (Lima) e de ella os traere dos navíos cargados de las cosas necesarias que se quieren para la dicha armada; e mas digo: yo el dicho Sancho de Hoz, que traeré 200 pares de coracinas para que se den a la gente que vos el dicho capitán Pedro de Valdivia tuviéredes, lo cual todo como dicho es, digo que cumpliré dentro de cuatro meses cumplidos primeros siguientes: ; e yo el dicho capitán Pedro de Valdivia digo: que por mejor servir a S. M. en la dicha jornada que tengo comenzada, que acepto la dicha compañía y digo que la haré con las condiciones contenidas en este concierto, que vos, el dicho Pedro Sancho de Hoz, cumpláis lo que por vos aquí en este concierto dicho y contenido y firmámoslo de nuestros nombres dicho mes e año susodicho.

Pedro Sancho de Hoz-Pedro de Valdivia.

Sin embargo, el calagurritano carente de recursos no pudo cumplir lo pactado, se endeudó y terminó en la cárcel de Lima. Pero sus acreedores creyeron que la única forma de cobrar sería dejándolo marchar a Chile confiando en el éxito de la expedición.

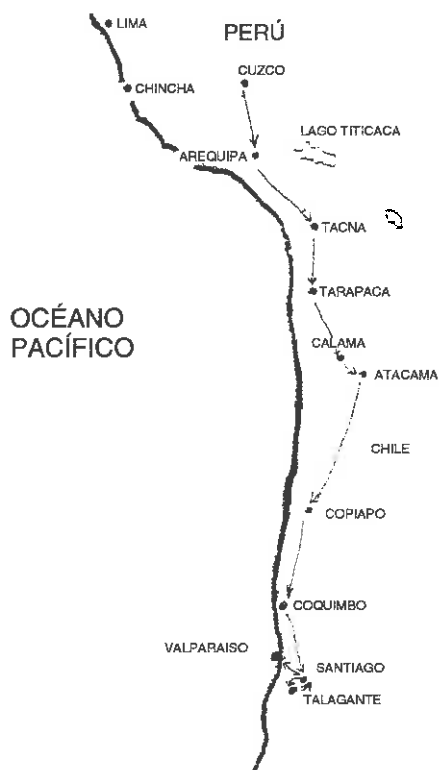
Una vez libre logró hacerse con una pequeña hueste y en junio de 1540 partió al encuentro de Valdivia con el secreto propósito de asesinarlo. En el desierto de Atacama hizo el primer intento de sedición, pero cuando sus secuaces fueron a matar a Valdivia equivocaron la tienda e Inés Suárez, amante del conquistador, pudo detener a los asesinos. Entre los hombres que acompañaban a Pedro Sancho de Hoz en este frustrado intento de asesinato se encontraban los también calagurritanos Francisco de Escobar, Diego López de Ávalos y Juan y Diego de Guzmán, que fueron desterrados a Perú, y cuyo rastro se pierde a partir de aquí.



Desierto de Atacama, escenario de la traición de Pedro Sancho de Hoz

Tras el incidente, el 12 de agosto Sancho de Hoz fue obligado a firmar un documento donde se finiquitaba la empresa para la conquista de Chile y renunciaba a sus derechos en favor de Valdivia.

Deportado a Perú junto a sus partidarios siguió en su empeño de hacerse con la gobernación de las tierras australes. Volvió de nuevo a Chile y envió por delante una remesa de soldados leales, capitaneados por Alonso de Chinchilla, con el objetivo de aprovechar el descontento por las penalidades entre la tropa de Valdivia e iniciar la sedición. Como ocurriera en Atacama, Inés Suárez, que había quedado con parte importante de la tropa en ausencia de su amante, descubrió el alzamiento nada más iniciarse y ordenó ejecutar a Chinchilla. Incomprensiblemente, el conjurador principal se libró de la horca: una vez más los temores que despertaban sus buenas relaciones en España, aconsejaron prudencia a Valdivia.



Recorrido de Pedro Sancho de Hoz en Chile

A mediados de 1542 intentó una tercera sedición aprovechando el malestar y las rencillas entre colonos y conquistadores creadas por el

desigual reparto de encomiendas realizado en Santiago. Al igual que en ocasiones anteriores, la intuición de Inés Suárez neutralizó el peligro y dio con los huesos de Sancho en la cárcel. Condenado a vivir fuera de Santiago, quedó confinado en Talagante, al sur de la ciudad, donde vivió aislado como encomendero, aunque siempre con el ánimo revuelto del intrigante obstinado.

Insistió en otra nueva rebelión apoyándose en los conquistadores estafados por Valdivia en 1547: el gobernador ofreció a sus hombres la posibilidad de regresar a Lima, y cuando ya habían embarcado todas sus riquezas, les invitó a una cena de despedida; en la confusión los dejó con los manjares y él soltó amarras con todo el dinero. El enfado de los españoles burlados propició el clima para que Pedro Sancho iniciara una nueva sedición. Esta vez permaneció “escondido” como promotor dejando que fuese Hernán Rodríguez de Monroy quien actuase como líder de la revuelta. Sin embargo, el lugarteniente de Valdivia, Francisco Villagra, reaccionó a tiempo y mandó apresar a quien era el verdadero autor intelectual de la sedición. Sin esperar noticias del gobernador Valdivia, el 8 de diciembre de 1547 Villagra ordenó su ejecución. La cabeza de Sancho de la Hoz fue paseada por la plaza pública de Santiago. Acababa así, como no podría ser de otra forma, la vida del calagurritano que más intensamente vivió las primeras décadas de la conquista del Nuevo Mundo.

Su huella histórica ha quedado reflejada, tal y como ya hemos señalado, en documentos y crónicas, que todavía hoy tienen cierto valor y actualidad. Su etapa en Chile está bastante bien registrada, y su figura histórica como pertinaz conspirador contra Valdivia ha quedado ya en el imaginario colectivo chileno: en diversas ciudades del país su nombre ha sido tomado para bautizar calles. Podrían tomar nota nuestras autoridades locales. Es sorprendente comprobar como en las continuas disputas que desde la independencia de Chile y Argentina han mantenido ambos Estados por la delimitación de sus fronteras en el Estrecho de Magallanes y, posteriormente en sus reivindicaciones sobre la Antártida, diversos juristas chilenos han alegado la Capitulación de Pedro Sancho y su posterior cesión de derechos a Pedro de Valdivia como documento legal para probar sus pretensiones⁴.

4. Sirvan como ejemplo: *Títulos de la República de Chile a la soberanía y dominio de la extremidad austral del continente americano*, Imprenta de Julio Belin, Santiago de Chile, 1853, pp. 87-95, 106-109; y *La Cuestión de Límites entre Chile y la Argentina*, Santiago de Chile 1879, ambos de Miguel Luis Amunátegui. También en el inmenso mundo de Internet, dónde estas disputas siguen manteniéndose viva hay numerosos artículos y documentos en donde frecuentemente se hace referencia a las Capitulaciones del calagurritano.

Como anécdota, si se escriben sus dos apellidos en cualquiera de los grandes buscadores de Internet, aparecerán siempre no menos de medio centenar de referencias.

El contexto

Para los no conocedores de la historia previa a la llegada de Francisco Pizarro y su hueste al Perú, se impone una breve introducción histórica que permita contextualizar la crónica de Pedro Sancho.

El territorio inca estaba dividido en cuatro partes llamadas *suyus*. Al frente de cada *suyu* había una familia real ejerciendo el poder efectivo. En la cúspide de este vasto territorio estaba el Inca, soberano supremo imbuido de poderes religiosos ya que procedía de una divinidad. El corazón del *Tahuantinsuyu* o Imperio Incaico, era la ciudad de Cuzco, situada en el centro de una tupida red de caminos reales –entre 25.000 y 40.000 kilómetros– que enlazaban Ecuador con Chile y la selva con la costa. En 1532 contaba con unos 200.000 habitantes y allí se concentraba todo el poder político y religioso. La sucesión del Inca fue siempre un problema generador de frecuentes luchas intestinas –que tan bien supo aprovechar Pizarro y que es uno de los problemas de fondo de la crónica que nos ocupa– ya que no heredaba el hijo sino quien era elegido entre todas las posibilidades de la familia real (los hijos, los sobrinos o los hermanos del Inca).

El gran crecimiento del imperio durante el siglo XV y el intrincado sistema económico-administrativo exigió desarrollar una compleja red de funcionarios y burócratas, en su mayoría miembros de la aristocracia cuzqueña. Pero la extensión del territorio y su multiplicidad pronto hizo necesaria la colaboración de las noblezas locales. Así, muchos jefes regionales, o *curacas*, pertenecían a la comunidad étnica que gobernaban, especialmente en las tierras altas y colaboraban activamente en el gobierno del imperio. A pesar de todo, la burocracia imperial se concentraba en los grandes centros urbanos como Paria, Pisac, Huánuco, Willka Waman, Ollantaytambo o Tumi Pampa, todos construidos a lo largo del camino real.

Los numerosos grupos étnicos que comprendían el imperio inca, siguiendo una tradición definitoria del mundo andino, desarrollaron un modelo de asentamiento disperso, en el cual cada grupo de familias, o *ayllu*, poseía una serie de tierras cultivables situadas a tres o cuatro días de camino del asentamiento principal. A distancias similares, otros colonos cuidaban rebaños de camélidos, extraían sal, cultivaban coca o cortaban madera. Parte de las tierras de cada *ayllu* era

de explotación colectiva, y una porción de las mismas pertenecían al Inca y al Sol. Las tierras cultivables repartidas entre las familias, los *tupus*, se redistribuían cada cierto tiempo para adaptarlas a las variaciones demográficas. Este sistema permitía compartir recursos de muy diversa naturaleza y abarcar nichos ecológicos complementarios. Así, una misma población podía surtir de diferentes productos, aun cuando las tierras sobre las que se asentaba no permitiesen esa variedad agropecuaria. Por consiguiente, el mayor tamaño del poblado significaba nuevas colonias y el dominio de más variedad de tierras.

Si la distancia al núcleo era corta, el colono –o *mitmaq*, en quechua– podía mantener el vínculo con la comunidad de origen. Pero si la distancia superaba los 8 ó 10 días de camino, los vínculos debían ser reforzados por mecanismos institucionales o “burocráticos”. Con el tiempo, los incas perfeccionaron este sistema de asentamientos complementarios y asignaron nuevas funciones a los *mitmaq* o colonos, especialmente la militar. Algunos terminaron especializándose en gremios que, como en el caso de las poblaciones de tejedores aymaras a orillas del Titicaca, no estaban ligadas a ninguna especificidad de la tierra o variedad ecológica.

El mayor crecimiento del *Tahuantinsuyu* tuvo lugar durante el reinado de Huayna Cápac, quien accede al trono unos lustros antes de la llegada de los españoles. El soberano inca prosiguió la expansión, iniciada un siglo antes, durante los reinados de Pachakúteq y Topa Inca Yupanqui. Huayna Capac conquistó la zona oriental de Cajamarca y el norte de Ecuador hasta el río Paito y por el sur amplió sus tierras hasta el río Maule en Chile. Este desmesurado crecimiento obligó a pactar con *curacas* locales y a potenciar cuerpos de élites militares al mando de generales que no pertenecían a la exclusiva nobleza cuzqueña, secular capital y centro político de los Incas. Además, por las continuas rebeliones de tribus cercanas a Quito, Huayna Cápac trasladó su corte a la ciudad de Tomabamba, cercana de la actual Quito, creando así un nuevo centro político y militar que comenzó a disputarle el poder al hasta entonces poderoso Cuzco. Todo ello contribuyó a mantener un extenso imperio, pero también a debilitar las estructuras tradicionales de poder y a crear una bicéfala política y militar que se demostraría fatal tras la muerte de Huayna Cápac. Se cree que el Inca debió morir hacia 1527-29, y tras su fallecimiento se designó soberano a su hijo Huascar, representante de los intereses cuzqueños, lo que no fue aceptado por la elite política y militar de Quito, liderada por Atahualpa, también hijo de Huayna. Así las cosas, en vísperas de la llegada de

los españoles, el fabuloso Imperio Incaico estaba envuelto en una guerra fratricida y con unas estructuras políticas muy debilitadas. Pizarro y su hueste encontró un imperio exhausto por una inconclusa contienda civil, descompuesto en su tradicional organización social por un crecimiento desmesurado y con dos centros políticos muy alejados entre sí geográfica y políticamente.



Cuesta de la Resbalosa, lugar por donde entraron los primeros españoles, entre ellos Pedro Sancho, al Cuzco

Sin conocer esta crisis no puede entenderse las facilidades de los españoles en la conquista de tan vasto territorio. Ni las diversas cuestiones políticas y sociales incas que se leen en la crónica de Pedro Sancho de Hoz.

La crónica

Por mor de su cargo Pedro Sancho de Hoz escribió varias crónicas o informes, aunque desgraciadamente todos los manuscritos originales se han perdido. La crónica que nos ocupa, *Relación de la Con-*

*quista de Perú escrita por Pedro Sancho secretario de Pizarro*⁵, ha llegado a nosotros gracias a una traducción del italiano tomada de la *Colección de Viajes* de Juan Bautista Ramusio (*Navigazioni e viaggi*, tomo III), publicada en Venecia en 1550. El original de Pedro Sancho no se ha encontrado. Por el texto se deduce que el calagurritano había escrito otras relaciones enviadas al emperador, en especial una relación de la toma de Cajamarca, del apresamiento del Inca y del reparto del botín. Además, el gran historiador peruano Porras Barrenechea, apunta que, quizá, otros documentos de las mismas fechas pudieran ser obra del calagurritano: la carta a los Señores Justicias y regimiento de la ciudad de Panamá, escrita desde Jauja el 25 de marzo de 1534; y la carta del Ayuntamiento de Jauja a Su Majestad de 20 de julio de 1534⁶. Gracias a la recopilación de Ramusio conocemos que la relación original estaba fechada en Jauja, el 15 de julio de 1534, e iba “firmada por Pedro Sancho, escribano general de los Reinos de Nueva Castilla y Secretario del Gobernador Francisco Pizarro” Previamente había sido leída en presencia del propio Pizarro y de los oficiales reales: Álvaro Riquelme (tesorero), Antonio Navarro y García de Salcedo.

El texto que el lector tiene en sus manos es una traducción del italiano realizada por Joaquín García Icazbalceta en 1849, y que sirvió para acompañar como apéndice la traducción al castellano de la *Historia de la conquista del Perú*, de William H. Prescott, publicada en México en 1589. Posteriormente, la traducción y notas de García Icazbalceta fue publicada en Madrid en 1962 por Ediciones José Porrúa Turanzas, en su Biblioteca Tenantila, Libros españoles e Hispanoamericanos nº 2, en una edición de 1.000 ejemplares. Esta edición de 1962 es la que la Asociación Amigos de la Historia de Calahorra recupera en su totalidad y reedita con el permiso de la Editorial José Porrúa Turanzas. Desde aquí nuestro agradecimiento a la editorial por la cesión de la traducción. La presentamos tal y como la escribió García Icazbalceta, con sus notas y comentarios, a los que se han añadido unos pocos que sirven para aclarar más el contexto o los personajes. También hemos modificado la acentuación y ortografía de algunas palabras, actualizándolas para facilitar su significado, ya que al mantener la puntuación y estilo de la época, la grafía antigua po-

5. Sancho de la Hoz, Pedro *Relación de la conquista del Perú escrita por Pedro Sancho secretario de Pizarro* Versión castellana con anotaciones a cargo de Joaquín García Icazbalceta, Ediciones José Porrúa Turanzas, Madrid, 1962.

6. Porras Barrenechea, Raúl *Los Cronistas del Perú (1528-1630) y otros ensayos* Biblioteca Clásicos del Perú/ Banco de Crédito del Perú. Lima, 1986.

dría dificultar en exceso la semántica. Por último, y para el lector no familiarizado con la historia de la conquista de Perú, hemos añadido un anexo que recoge las biografías de los principales personajes citados por Pedro Sancho, que sin duda ayudarán a la comprensión del relato.

La crónica está enmarcada dentro de las que realizaron los denominados “cronistas-soldados”, personas que vieron lo que relataban, por lo que, y aún a pesar de la supervisión de sus conquistadores jefes, merecen más crédito que muchos de los cronistas posteriores que escribieron basándose en relatos, entrevistas o documentos indirectos, y que, en ocasiones apropiándose de las relaciones primigenias, cambiaron los acontecimientos según su criterio e interés. La obra de Sancho de Hoz es uno de los cuatro relatos clásicos de la conquista del Perú redactados por quienes la vivieron y presenciaron: Francisco de Jerez, Miguel de Estete –el imprudente soldado y buen cronista nacido en Santo Domingo (La Rioja)-, Pedro Pizarro y el propio Pedro Sancho de Hoz.

El relato es la información destinada a Carlos I de la toma de Cajamarca, el apresamiento del Inca Atabalipa o Atahualpa, así como los meses finales, el juicio y la muerte del emperador andino, la elección como nuevo Inca de Toparca o Tupac Huallpa, la marcha hacia Cuzco, la escasa defensa que de la ciudad hizo el general indígena Quizquiz, el asombro de los españoles ante la belleza y las construcciones de la capital, finalizando con la fundación española de Jauja o Xauxa

La crónica es bastante fiel a la versión que deseaba transmitir Pizarro de los acontecimientos, y formaría un mismo cuerpo textual junto al relato de Jerez. A pesar de la evidente falta de objetividad, sus páginas son fundamentales para conocer los hechos en ella narrados, pues es el único documento escrito al tiempo que se sucedían los acontecimientos. Además posee una enorme importancia como testimonio pionero: junto a las crónicas de Francisco López de Jerez y de Miguel de Estete, el texto de Sancho de Hoz es uno de los primeros en llegar a España, y por tanto transmite a la Corte y al propio Monarca las primeras imágenes del recién conquistado imperio inca.

Este carácter pionero es, sin duda, uno de los mayores valores del relato. Documento fundamental para conocer el pasado incaico, en palabras del nombrado Porras Barrenechea: “Sancho es su epígono más directo y toda dilucidación histórica sobre las costumbres e instituciones del Incario tendrán que recurrir a sus notas como al más

seguro punto de partida, antes de toda adulteración o posible simbiosis con la cultura importada”⁷.

Pedro Sancho será uno de los primeros en transmitir la imagen de un Perú inabarcable, múltiple, lleno de riquezas de muy diversa índole y poblado por pueblos en desigual grado de desarrollo, pero dominado por una civilización poderosa. En el capítulo XVI encontramos la primera gran descripción general de la geografía peruana, diferenciando las tres partes del país. La costa llana, arenosa y desértica, de clima cálido, suavizada por los oasis que crean los ríos, que traen las aguas del deshielo de los Andes y que permiten la formación de pequeños pueblos de agricultores y pescadores. La región montañosa de ríos profundos, valles angostos y una gran planicie o puna maltratada por los fríos, los vientos y la niebla. Aquí, al abrigo de los grandes nevados andinos es donde se desarrolla la civilización inca, con un excelente nivel de organización política y social, dominadora de los demás pueblos vecinos. Finalmente, las tierras de selva, habitadas por tribus de cazadores nómadas salvajes.

También es la primera vez que en una crónica se reconoce la resistencia nativa, y se describe el ataque más o menos exitoso de algunos batallones de indios, que llegan a retrasar el avance hispano, causando algunas bajas y ciertas tribulaciones en el ánimo de Pizarro. Al mismo tiempo Pedro Sancho reconoce que la guerra civil entre los incas facilita la conquista, y especialmente la fácil toma de la capital Cuzco, la ciudad más importante y fortificada del Perú.

Por otro lado, nadie puede dudar de la importancia histórica de las crónicas del riojano, determinada tanto por ser la imagen que de la conquista de Perú deseaba transmitir Francisco Pizarro, como por el destinatario de las mismas S.M. el emperador Carlos I. También el hecho de que en ya 1550 estuviesen traducidas al italiano y recogidas el libro de Ramusio denota el interés y la relevancia dado al texto.

Aunque no podemos hablar de una brillantez literaria en la obra de Pedro Sancho, con un lenguaje algo encorsetado y reiterativo en expresiones, si encontramos momentos de mayor libertad creativa, agilidad descriptiva y belleza en las palabras. Seguramente serán las páginas dedicadas al Cuzco las de mayor calidad y emo-

7. Porras Barrenechea, Raúl *Los cronistas del Perú (1528-1630) y otros ensayos*. Biblioteca Clásicos del Perú/Banco de Crédito del Perú. Lima, 1986. (pag. 110)

ción artística. Impresionado por la magnificencia y esplendor de la ciudad, libera su pluma y olvida el cargo. Es en estos párrafos cuzqueños —junto a las ya señaladas descripciones geográficas del capítulo XVI y los aportes etnográficos diseminados en diversas páginas, especialmente meritorios los de los capítulos VI y XVI, donde el escritor se muestra más personal, colorista e imaginativo, menos agarrotado por su oficio de notario oficial. Además, como oportunamente señaló José Antonio del Busto, el calagurritano es el autor de la primera descripción escrita de Cuzco, el trasmisor de la primera imagen de una ciudad que despertará asombro y fascinación en toda Europa.

“La ciudad del Cuzco por ser la principal de todas donde tenían su residencia los señores [incas], es tan grande y hermosa, que sería digna de verse aun en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre [...] Sobre el cerro, que de la parte de la ciudad es redondo y muy áspero, hay una fortaleza de tierra y de piedra muy hermosa; con sus ventanas grandes que miran a la ciudad y la hacen parecer más hermosa. Hay dentro de ella muchos aposentos y una torre principal en medio hecha a modo de cubo, con cuatro o cinco cuerpos, uno encima de otro: los aposentos y estancias de adentro son pequeños, y las piedras de que esta hecha están muy bien labradas, y tan bien ajustadas unas con otras que no parece que tengan mezcla, y las piedras están tan lisas que parecen tablas acepilladas, con la trabazón en orden, al uso de España, una juntura en contra de otra. Tiene tantas estancias y torres que una persona no la podría ver toda en un día: y muchos Españoles que la han visto y han andado en Lombardia y en otros reinos extraños, dicen que no han visto otro edificio como esta fortaleza, ni castillo mas fuerte. Podrían estar dentro cinco mil Españoles: no se le puede dar batería, ni se puede minar, porque está colocada en una peña. De la parte de la ciudad que es un cerro muy áspero no hay más de una cerca: de la otra parte que es menos áspera hay tres, una más alta que otra, y la última de más adentro es la más alta de todas. La más linda cosa que puede haberse de edificios en aquella tierra, son estas cercas, porque son de piedras tan grandes, que nadie que las vea, no dirá que hayan sido puestas allí por manos de hombres humanos, que son tan grandes como trozos de montañas y peñascos, que las hay de altura de treinta palmos, y otros tantos de largo, y otras de veinte y veinticinco, y otras de quince pero no hay ninguna de ellas tan pequeña que la puedan llevar tres carretas: estas no son piedras lisas, pero harto bien encajadas y trabadas unas con otras. Los Españoles que las ven dicen, que ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los Romanos, no son cosa tan digna de verse como esto. La ciudad de Tarragona tiene algunas obras en sus murallas hechas por este estilo, pero no tan fuertes ni de piedras tan grandes: estas cercas van dando vuelta, que si se les diera batería no se les podría dar de frente sino al sesgo de las de afuera



Las ciclópeas murallas de Sacsahuaman que tanto impresionaron a Pedro Sancho de Hoz

Finalmente, otro aporte histórico de primer orden es la constancia documental del reparto del fabuloso botín de Cajamarca. La crónica de Sancho certifica las cantidades entregadas a cada conquistador. Gracias a él sabemos, por ejemplo que Francisco Pizarro recibió 57.220 pesos de oro y 2.350 marcos de plata, a Hernando Pizarro le tocaron 31.080 peso de oro y 1.267 marcos de plata, se separaron 26.259 pesos de oro y 51.600 marcos de plata como quinto real para el emperador don Carlos, a los soldados a caballo les dieron 8.880 pesos y 362 marcos y la mitad de esa cantidad a los infantes.

Cuenca-Madrid, julio de 2004
José M^a González Ochoa

RELACIÓN DE LA CONQUISTA DE PERÚ

Escrita por
Pedro Sancho de Hoz
Secretario de Pizarro

Versión castellana con anotaciones por
Joaquín García Icazbalceta

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Los historiadores del Perú y entre ellos el Sr. Prescott⁸, se han lamentado muchas veces de que Pizarro no nos haya dejado una relación de sus hechos, escrita por él mismo, a semejanza de las preciosas cartas de Cortés para que de ese modo pudiéramos saber las razones que tuvo para adoptar ciertas medidas cuya conveniencia no podemos comprender hoy, porque acaso el transcurso del tiempo y la incuria de los cronistas han hecho que caigan en el olvido algunas pequeñas circunstancias, al parecer insignificantes, pero que entonces pudieron influir mucho en las determinaciones de aquel hombre extraordinario.

Por sensible que sea esta falta, es imposible remediarla, y no queda otro arbitrio que tratar de suplirla con los documentos que aun se conservan, escogiendo aquellos que escribieron las personas más inmediatas a Pizarro, a las que debemos suponer que este descubriría las razones que le inclinaban, a tomar un partido, cuando se ofrecía alguna duda grave.

Paréceme por lo mismo que no hay un documento que se acerque más a una relación dictada por el mismo Pizarro, que la que escribió su secretario Pedro Sancho, porque además de ser persona de su confianza, como lo demuestra el hecho de haberle dado este empleo, escribió la relación por orden suya para enviarla al emperador, y según dice su autor al fin de ella, cuando estuvo concluida la leyó en presencia de Pizarro y de los demás empleados reales, y por haberla hallado muy exacta la firmaron todos. En efecto, al pie de ella se ven las firmas de Pizarro del tesorero Riquelme y de los otros empleados. Resulta de esto, que si bien Pizarro no escribió esta relación, la aprobó en todas sus partes y la hizo suya con poner, o mandar poner en ella su firma. Es pues, a mi juicio, el documento que mejor suple la falta, aunque no la llena, de un historia escrita por el mismo conquistador⁹.

El original español de este precioso documento no existe, o por lo menos no se ha encontrado hasta ahora. Solo ha llegado a nosotros una traducción italiana, contemporánea, de la cual he sacado la castellana que ahora doy a luz. Dicha traducción italiana se encuentra en la *Colección de Viajes* publicada en Venecia por Ramusio a mediados del siglo XVI; y como este libro y su autor son casi desconocidos en-

8. Tomo 1. pág. 410.

9. Véase el juicio que formó de esta Relación el Sr. Prescott, en la pág. 616, tomo I

tre nosotros, no será malo dar algunas noticias sobre ambos, para que salgan del olvido en que tan injustamente yacen.

Juan Bautista Ramusio o Rannusio, nació en Venecia el año 1485 de una familia ilustre, en que el talento parecía como hereditario. Desde muy joven comenzó a honrarle su patria con diversos cargos públicos, para cuyo desempeño tuvo que dejar su país y viajar por varias naciones de Europa. En premio de sus servicios se le dio el empleo de secretario del consejo de los Diez, que desempeñó poco tiempo por haberlo renunciado. Fue uno de los fundadores de la academia creada por el célebre Aldo Manuzio, para cuidar de las ediciones de los autores clásicos que producían sus prensas, y que aun hoy se miran con tanta estimación. De esta manera pasó su vida entregado a sus tareas literarias, hasta que falleció en Padua el 10 de Julio de 1557, de edad de 72 años¹⁰. Poseía varios idiomas, era muy instruido en geografía y en la historia, y todas las cualidades necesarias para poder formar una buena colección de viajes¹¹. Mas no satisfecho con esto, entró en correspondencia con todas las personas que pudieran serle útiles para su empresa, y señaladamente con el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, quien le franqueó sus manuscritos y le proporcionó los de otros escritores.

El resultado de los trabajos de Ramusio fue la colección que corre con su nombre, y forma tres gruesos volúmenes en folio adornados de figuras y mapas grabados en madera. El primer tomo se imprimió en Venecia en casa de los Juntas el año de 1550, y desde ese año hasta el de 1613 no cesaron los mismos impresores de hacer ediciones de cada tomo por separado, siendo hasta seis las que se conocen del primer volumen¹². Los bibliógrafos hacen distinción entre estas diversas ediciones, atribuyendo a unas más mérito que a otras; pero la diferencia consiste, a lo que entiendo, en el mayor o menor número de piezas que comprenden los tomos, y no en la pureza y corrección del texto.

10. Tiraboschi. *Storia della Letteratura Italiana*, (Roma, 1782-1785) tomo VI. Parte 1, lib.1. cap.3. & 28: tomo VII. Parte 1, lib. 1, cap. 6 & 6.- Daru. *Hist. de Venise*, (Paris, 1821.), tom. VI, p. 206

11. Roscoe le cuenta entre los literatos más célebres de su siglo (*Vie et pontificat de León X*. Trad.fr (París 1813, tomo III, p. 319), y Fontanini coloca su colección en el catálogo de las mejores obras escritas en lengua italiana, (*Della Eloquenza Italiana*, Venezia, 1727. p. 208).

12. Solo son cinco, según Mr. Ternaux. (*Biblioteque Americaine*, (Paris, 1837,) p. 13,) pero parece que a las mencionadas por este autor debe agregarse la de 1606, que cita Tiraboschi, (*Letterat. Hal.* tomo VII. Parte I, lib. 1, cap. 6, & 1, nota, y & 4, nota,) y también, aunque no tan claramente, Pinelo. (*Bibl. Occ. tito XXVI.*)

A pesar de su antigüedad, la colección de Ramusio es mirada hasta hoy con grande aprecio por los literatos. "Es una colección preciosa", dice un escritor francés miembro del instituto, "poco alabada por los libreros poco buscada por los aficionados a libros bonitos, porque no está adornada de estampas sino tan solo de grabados en madera, que nada tienen de agradable; a pesar de eso, los sabios la estiman, y todavía hoy la consideran los geógrafos como una de las colecciones de más importancia."¹³ Ramusio se proponía publicar el cuarto tomo, según él mismo lo dice¹⁴, y tenía ya concluido y entregado en la imprenta el manuscrito original de él; pero desgraciadamente se incendió la imprenta de los Juntas en el mes de noviembre de 1557 y pereció el manuscrito. Ramusio había ya muerto y la colección quedó reducida a tres volúmenes.

Los dos primeros se componen en su mayor parte de relaciones de viajes a las regiones orientales, y aunque muy interesantes, no quiero detenerme a dar razones de ellos por no alargar demasiado esta advertencia, y solo diré dos palabras acerca del tomo tercero, compuesto todo de documentos relativos al Nuevo Mundo.

En él se encuentran, la primera parte de la Historia de las Indias de Gonzalo (Fernández) de Oviedo, las cartas de Cortés, las de Pedro de Alvarado y Diego de Godoy, la Relación de la conquista de Méjico, llamada comúnmente *El Conquistador Anónimo*¹⁵, las de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Nuño de Guzmán, Francisco de Ulloa, Francisco Vázquez Coronado, Fernando de Alarcón y otras: la Relación de Pedro Sancho, que ahora publico, otra anónima de la conquista del Perú, la de Francisco de Jerez, y otros documentos igualmente interesantes. De ellos tenemos muchos en castellano; pero hay otros que solo han llegado a nosotros gracias a la traducción italiana de Ramusio, sin la cual se hubieran perdido enteramente.

Respecto a Pedro Sancho, autor de la relación que sigue no he hallado de él otra noticia fuera de las que da él mismo, es decir, que era secretario de Pizarro y escribano del ejército*. Por el contexto de su

13. A. G. Camus, *Mémoire sur la Collection des Grands et Petits Voyages*, (Paris, 1802,) p. 7.

14. *Discorso sopra il discoprimiento et conquista del Perú*, en el tomo III. fol. 371, C, lin. ult. (ed de 1556.)

15. Me propongo publicar pronto esta relación traducida al castellano, por ser muy curiosa y no existir tampoco su original español.

* Nótese que cuando Icazbalceta hace la traducción, en 1849, se desconocía el origen de Pedro Sancho, ya que la mayoría de los trabajos de investigación sobre la procedencia de la emigración española a Indias no se publicarán hasta mediados del siglo XX, especialmente las geobiografías de Peter Boyd-Bowman (1968). (Nota de J.M^a González Ochoa).

relación se deduce que antes había enviado otras a la corte; pero no sé que exista más que la presente. La traducción de ella no ha dejado de ofrecer algunas dificultades, no tanto por lo anticuado del estilo y las erratas del impresor, que no faltan, cuanto por las muchas frases sin sentido alguno que se encuentran, lo que puede provenir de descuido del traductor, o de incorrección en los MSS que sirvieron de original¹⁶. En tales casos se ha suplido la falta lo mejor que se ha podido, ya intercalando alguna palabra de letra cursiva, o ya aclarando el pasaje oscuro por medio de notas, en cuyo trabajo me ha sido de mucho provecho el auxilio que el Sr. Lic. D. Bernardo Couto ha tenido la bondad de prestarme. Acaso no estará por demás advertir, que la división en párrafos, y los títulos de estos, es todo obra del traductor italiano, según se colige de varios antecedentes.

Lo poco conocido de la colección en que se encuentra esta pieza, el estar escrita en una lengua extraña y poco cultivada entre nosotros, y el mérito que en sí tiene, me indujeron a volverla a su lengua primitiva, aprovechando esta oportunidad que se presentaba para su publicación. Al traducirla he procurado imitar en lo posible el estilo de los escritores de aquel siglo, para dar a la traducción el aire de antigüedad que hoy tendría el original de Pedro Sancho, si hubiese llegado hasta nosotros.

México, Diciembre 31 de 1849.
Joaquín García Icazbalceta

16. "Il che si é fatto nel miglior modo, ch'è stato possibile." dice Ramusio hablando de sus traducciones, "anchora che habbiamo hauute le copie incorretissime." *Discorso sopra il terzo volume*, fol. 4. pl. 1, lino 20.

**RELACIÓN PARA S. M. DE LO
SUCEDIDO EN LA CONQUISTA Y
PACIFICACIÓN DE ESTAS PROVINCIAS
DE LA NUEVA CASTILLA, Y DE LA
CALIDAD DE LA TIERRA, DESPUÉS QUE
EL CAPITÁN HERNANDO PIZARRO SE
PARTIÓ Y LLEVO A SU MAJESTAD LA
RELACIÓN DE LA VICTORIA DE
CAXAMALCA Y DE LA PRISIÓN DEL
CACIQUE ATABALIPA.¹**

1. El título de la traducción italiana, dice al pie de la letra: "*Relatione pcr Sua Maesta di quel che nel conquisto & pacificatione di queste provincie della nuova Castiglia é successo, & della qualità del paese dopo che il Capitano Fernando Pizarro si partí & ritorno á sua Maesta. Il raporto del conquistamento di Caxamalca & la prigione del Cacique Atabalipa.*". Del contexto de la relación se deduce que hay error en la puntuación de este título, y que debe traducirse conforme se lee arriba.

De la gran cantidad de plata y oro que se trajo del Cuzco, y de la parte que se envió a S. M. el emperador por el quinto real: de cómo fue declarado libre el Cacique preso Atabalipa (Atahualpa) de la promesa que les había hecho de la casa llena de oro por su rescate: y de la traición que el dicho Atabalipa meditaba contra los Españoles por la cual le hicieron morir.

Partido que hubo el capitán Hernando Pizarro con los cien mil pesos de oro y cinco mil marcos de plata que se mandaron a Su Magestad por su real quinto, de allí a diez o doce días llegaron los dos Españoles según se decía que traían el oro del Cuzco y al punto se fundió una parte de él porque eran piezas pequeñas y muy finas, y montó a la suma² de quinientas y tantas planchas de oro arrancadas de unas paredes de la casa del Cuzco, y las planchas más pequeñas pesaban cuatro o cinco libras cada una y otras chapas de diez o doce libras, con las cuales estaban cubiertas todas las paredes de aquel templo: trajeron también un asiento de oro muy fino labrado en figura de escabel que pesó diez y ocho mil pesos. Trajeron asimismo una fuente toda de oro, muy sutilmente labrada que

2. Así el original; pero se nota que falta aquí algo para completar el sentido.

era muy de ver, así por el artificio de su trabajo como por la figura con que era hecha, y la de muchas otras piezas de vasos, ollas y platos que asimismo trajeron. De todo este oro se juntó una cantidad que subió a dos millones y medio, que reducido a oro fino vino a ser un millón trescientos veinte y tantos mil pesos, de lo que se sacó el quinto para S. M. que fueron doscientos sesenta y tantos mil pesos. De plata se hallaron cincuenta mil marcos, de los cuales tocaron a S. M. diez mil; y se entregaron al tesorero de S. M. los ciento y sesenta mil pesos y cinco mil marcos de plata, porque, como se ha dicho, los cien mil³ pesos restantes y los cinco mil marcos de plata los llevó Hernando Pizarro para ayuda de los gastos que Su Magestad Cesárea hacia en la guerra contra los Turcos enemigos de nuestra Santa Fe, según se decía. Todo el resto fue dividido entre los soldados y compañeros del Gobernador el cual dio a cada uno según lo que en su conciencia y en justicia pensaba que merecía considerando los trabajos que había pasado y la calidad de la persona, todo lo cual hizo con suma diligencia y con la mayor presteza posible, para partirse de aquel lugar e irse a la ciudad de Xauxa. Y porque entre aquellos soldados había algunos que eran viejos y ya más propios para el descanso que para la fatiga y que en aquella guerra habían trabajado y servido mucho, les dio licencia para que se volviesen a España, con cuya humanidad lograba que volviendo estos diesen mejor testimonio de la grandeza y riqueza de la tierra, de

3. El original (que así llamaré a la traducción italiana) *cinque mila*; pero es errata manifiesta.

manera que acudiese gente bastante para que se poblase y acreciese; porque en verdad siendo la tierra grande y llena de naturales, los Españoles que en ella había entonces eran poquísimos para conquistarla, mantenerla y poblarla; y aunque habían hecho y obrado grandes cosas en la conquista de ella, fue más bien por la ayuda de Dios que en todo lugar y ocasión les dio victoria, que por fuerzas y medios que tuviesen para lograrla: con cuyo auxilio contaban les sostendría en lo de adelante.

Hecha aquella fundación, el Gobernador mandó que el notario extendiera una escritura, en la cual daba por libre al cacique Atabalipa y le absolvía de la promesa y palabra que había dado a los Españoles que lo prendieron de la casa de oro que les había otorgado; la cual escritura hizo pregonar públicamente a son de trompetas en la plaza de aquella ciudad de Caxamalca, notificándola también al dicho Atabalipa por medio de una lengua⁴; y asimismo declaró en el propio pregón, que porque convenía al servicio de S. M. y a la seguridad de la tierra, quería mantenerlo preso con buena guarda, hasta tanto que llegaran más Españoles con que se asegurase mejor; pues estando libre y siendo él tan gran señor y teniendo tanta gente de guerra, y que todos le temían y obedecían, preso como se hallaba, aunque estaba a trescientas leguas, no podía menos de hacerlo así para quitarse de toda sospecha; tanto más que muchas veces se había tenido por cosa cierta, que había mandado juntar gente de guerra para acometer a los Españoles: la cual, como luego se di-

4. Intérprete.

rá, la había juntado y puesto en orden con sus capitanes, y solo se dilataba el efecto por la falta de su persona y de su general Chilichuchima, que estaba asimismo preso. Pasados algunos días, ya que los Españoles estaban a punto de partirse para embarcarse y volver a España, y el Gobernador alistaba la demás gente para salir de Xauxa, Dios Nuestro Señor que con su infinita bondad guía y encamina las cosas para que todo sea en mayor servicio suyo, como será, habiendo en esta tierra Españoles que la habiten, y hagan venir en conocimiento del *verdadero Dios* a los naturales de la dicha tierra, para que Nuestro Señor sea siempre alabado y conocido de estos bárbaros y ensalzada su Santa Fe, permitió que se descubriese y trastornase el mal propósito que tenía este soberbio tirano en satisfacción de las muchas buenas obras y buen tratamiento que siempre del gobernador y de cada uno de los Españoles de su compañía había recibido; cuya recompensa, según su intento, había de ser de la suerte y manera que solía darla a los caciques y señores de la tierra, mandándolos matar sin culpa ni causa ninguna. Pues sucedió que volviéndose a España nuestros soldados licenciados, viendo él que se llevaban consigo el oro sacándolo de su tierra, considerando que poco ha era tan gran señor que tenía todas aquellas provincias con sus riquezas sin contradicción alguna, y sin considerar las justas causas por las cuales le habían despojado de ellas, había dado orden que cierta gente que por mandato suyo se había juntado en la tierra de Quito, viniera a acometer a los Españoles que estaban en Caxamalca una noche a una hora concertada, por cinco partes, asaltándolos en sus cuarte-

les y prendiendo fuego por todas partes donde pudiesen. Andaban en aquel tiempo fuera de Caxamalca treinta Españoles y más que eran idos a la ciudad de San Miguel para embarcar el oro de S. M., y creyendo que por ser estos asimismo pocos les podría matar con facilidad antes que pudieran juntarse con los de Caxamalca⁵, de lo cual se hubo larga información de muchos caciques y de sus mismos principales, que todos sin temor, tormentos ni amenazas, voluntariamente dijeron y confesaron esta conjuración; cómo venían a la tierra cincuenta mil hombres de Quito y muchos Caribes, y que en todos los confines de aquella provincia había gente armada en gran número: que por no hallarse mantenimientos para toda así junta, se había dividido en tres o cuatro partes, y que todavía esparcidos de esta manera eran tantos, que no hallando con qué sustentarse cogían su maíz verde y lo secaban para que no les faltasen vituallas. Sabido todo esto, y siendo ya para todos cosa pública y clara que en sus ejércitos decían que venían para matar a todos los cristianos; viendo el gobernador en cuanto peligro estaba el gobierno y todos los Españoles; para poner remedio en ello aunque le dolía mucho venir a tal término, vista sin embargo, la información y proceso hecho, habiendo juntado a los oficiales de S. M., y a los capitanes de su compañía, y a un Doctor que entonces estaba en este ejército, y al padre Fray Vicente de Valverde, religioso de la orden de Santo Domingo enviado por el Emperador nuestro Señor para la conversión y doctrina de las gentes de estos reinos; después de ha-

5. Parece que aquí falta algo.

berse disputado y discurrido mucho sobre el daño o provecho que podría seguirse de la vida o muerte de Atabalipa, se resolvió que se hiciese justicia de él: y porque así lo pidieron los oficiales de S. M. y el doctor juzgó ser bastante la información, fue al cabo sacado de la prisión en que estaba y a son de trompeta que publicase su traición y alevosía, fue llevado al medio de la plaza de la ciudad y atado a un palo, mientras el religioso lo iba consolando y enseñándole por medio de una lengua las cosas de nuestra fe Cristiana, diciéndole que Dios había querido que fuese muerto por los pecados que había cometido en el mundo, y que debía arrepentirse de ellos, y que Dios le perdonaría si lo hacía así y se bautizaba al punto. Movido él de estas razones pidió el bautismo y se lo dió al instante aquel reverendo padre, que le hizo mucho bien con esta exhortación; de tal manera que aunque estaba sentenciado a ser quemado vivo, se le dio una vuelta al cuello con un cordel⁶ y de este modo fue ahogado: mas cuando vio que se lo ponían para matarle, dijo que recomendaba al Gobernador sus hijos pequeños, que los tomase consigo; y con estas postreras palabras y diciendo el credo por su ánima los Españoles que le rodeaban, fue de pronto ahogado. Dios lo tenga en su santa gloria, *pues* murió arrepentido de sus culpas y con la verdadera fe de cristiano. Después de haber sido ahogado de esta manera, en cumplimiento de la sentencia se le arrimó fuego de modo que se le quemara alguna parte de la ropa y de la carne. Aquella noche (porque murió ya tarde) quedó su cuerpo en la

6. *Se gli diede una storta col mangano al collo.*

plaza para que todos supieran su muerte, y a otro día mandó el Gobernador que todos los Españoles asistieran a su entierro, y con la cruz y demás religioso aparato fue llevado a la iglesia y enterrado con tanta solemnidad como si hubiera sido el primer Español de nuestro campo. De lo cual todos los principales señores y caciques que lo servían recibieron gran contento, considerando la grande honra que se le hacia, y por saber que por haberse hecho cristiano no fue quemado vivo, y que fue enterrado en la iglesia como si fuera Español.

II

Eligen por señor del estado de Atabalipa a su hermano Atabalipa⁷, en cuya coronación se guardaron las ceremonias, según la usanza de los caciques de aquellas provincias. Del vasallaje y obediencia que ofrecieron Atabalipa y otros muchos caciques al Emperador.

Hecho esto mandó el gobernador que al punto se juntasen en la plaza mayor de aquella ciudad todos los caciques y señores principales que vivían entonces en ella en compañía del señor muerto, que eran muchos y de lejanas tierras, para darles otro señor que los gobernara en nombre de S. M. por estar acostumbrados hacia largo tiempo a dar siempre obediencia y tributo a un solo señor, que de no ser así resultaría gran confusión, porque cada uno se alzara con su señoría, y costara gran trabajo traerlos a la amistad de los Españoles y al servicio de S. M.: por esto, y por otras muchas razones los hizo juntar el Gobernador, y hallándose entre ellos un hijo de Gucunacaba⁸ llamado Atabalipa (*Toparca*), hermano de Atabalipa, a quien tocaba por derecho el reino, dijo a todos que ya veían como Atabalipa había muerto por la traición

7. Este *Atabalipa* de que aquí se habla parece ser *Toparca*.

8. *Huayna Cápac*.

que había concertado contra él, y puesto que todos habían quedado sin señor que les gobernase y a quien obedecer, él quería darles un señor que contentara a todos, y que este era Atabalipa (*Toparca*) que tenían allí presente, al cual pertenecía legítimamente aquel reino, como hijo de aquel Gucunacaba a quien tanto habían amado. Que era persona joven que les trataría con mucho amor, y tenía harta prudencia para gobernar aquella tierra; que sin embargo mirasen si le querían por señor, que se los daría, y que de no, ellos nombrasen otro, que con tal de que fuese capaz, él se los daría *por señor*. Ellos respondieron, que pues Atabalipa era muerto, obedecerían a Atabalipa (*Toparca*) o a cualquier otro que les diese, y así se dispuso que a otro día se le prestase obediencia de la manera acostumbrada. Venido el día siguiente se juntaron de nuevo todos delante de la puerta del Gobernador, donde se puso el cacique en su asiento y cerca de él todos los demás señores y principales, cada uno por su orden: y hechas las ceremonias debidas, cada uno vino a ofrecerle un plumaje blanco en señal de vasallaje y de tributo, que esta es costumbre antigua entre ellos desde que esta tierra fue conquistada por estos Cuzcos⁹. Hecho esto cantaron y bailaron haciendo una gran fiesta, en la cual el nuevo cacique rey no se vistió ninguna ropa de precio, ni se puso borla en la frente como solía traerla el señor muerto. Y preguntándole el Gobernador porqué hacía esto, dijo que era costumbre de sus antepasados cuando tomaban posesión del se-

9. Cuzcos llama Pedro Sancho a estos Incas, y lo mismo el secretario de Jerez y otros escritores antiguos.

ñorío, hacer duelo por el cacique muerto y pasaban tres días ayunando encerrados en una casa, y después salían fuera con mucha honra y solemnidad y hacían gran fiesta, por lo cual él quería hacer lo mismo y estarse dos días ayunando. El Gobernador le respondió, que pues era costumbre antigua la guardase, y que luego le diría muchas cosas que el Emperador nuestro señor le mandaba que le dijera a él y a todos los señores de aquellas provincias; y luego se puso el cacique a su ayuno en un lugar apartado del consorcio de los demás, que era una casa que le habían aparejado para este efecto desde el día que le fue notificado por el Gobernador, la que estaba cerca de su alojamiento; de lo cual quedaron muy maravillados el dicho Gobernador y los demás Españoles, viendo como en tan breve espacio habían hecho una casa tan grande y buena. En ella se estuvo encerrado y retraído, sin que nadie le viera ni entrara a aquel lugar, salvo los criados que le servían y le llevaban la comida, o el Gobernador cuando le quería mandar alguna cosa. Acabado el ayuno salió fuera ricamente vestido y acompañado de mucha gente, caciques y principales que lo guardaban, y adornados todos los lugares donde había de asentarse con cojines de gran precio y puestos bajo de los pies paños de corte. Se asentó junto a él Calichuchima, el gran capitán de Atabalipa que le conquistó esta tierra, como se cuenta en la relación hecha de las cosas de Caxamalca¹⁰ y junto de él el capitán Tice, uno de los principales, y de la otra parte ciertos hermanos

10. Por esto se advierte que el secretario Sancho tenía enviadas otras relaciones a España.

del señor, y seguían de uno y otro lado, otros caciques y capitanes y gobernadores de provincias y otros señores de grandes tierras, y finalmente, no se asentó aquí ninguna persona que no fuese de calidad; y comieron todos juntos en el suelo, que no usan otra mesa, y después de haber comido, dijo el cacique quería dar la obediencia en nombre de S. M. como la habían dado sus principales. El Gobernador le dijo que hiciera como le parecía, y luego le ofreció un plumaje blanco que sus caciques le habían dado, diciéndole que se lo presentaba en muestra de obediencia. El Gobernador lo abrazó con mucho amor y lo recibió, diciéndole que cuando quisiera le diría las cosas que tenía que decirle en nombre del Emperador, y quedó concertado entre los dos que se juntarían otra vez para este efecto el día siguiente. Llegado se presentó en la junta el Gobernador vestido lo mejor que pudo con ropa de seda, acompañado de los oficiales de S. M. y de algunos hidalgos de su compañía, que asistieron bien vestidos para mayor solemnidad de esta ceremonia de amistad y paz, y a su lado hizo poner el alférez con el estandarte real. Luego el Gobernador fue preguntando a cada uno por su orden cómo se llamaba y de qué tierra era señor, y mandó que lo fuese notando su secretario y escribano, y serían hasta cincuenta caciques y señores principales. Encarándose después con todos ellos les dijo que el Emperador D. Carlos nuestro señor de quien eran criados y vasallos los Españoles que estaban en su compañía, le había enviado a aquella tierra para darles a entender y predicarles cómo un solo Señor Criador del cielo y de la tierra, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un

solo Dios verdadero, los había criado y les daba la vida y el ser, y hacia nacer los frutos de la tierra con que se sustentaban, y a este fin les enseñara lo que habían de hacer y de guardar para salvarse; y cómo por mano de este nuestro señor Dios todopoderoso y de sus vicarios que dejó en la tierra, porque él subió al cielo donde ahora habita y será glorificado eternamente, fueron dadas aquellas provincias al Emperador para que se hiciera cargo de ellas, el cual le mandaba para que los doctrinase en la fe cristiana y los pusiera bajo su obediencia; y que todo lo tenía por escrito a fin de que lo escuchasen y cumpliesen, lo cual les hizo leer y declarar palabra por palabra por medio de un intérprete*. Luego, les preguntó si lo habían entendido bien y respondieron que sí, y que pues les había dado por señor a Atabalipa (*Toparca*) ellos harían todo lo que les ordenara en nombre de S. M., teniendo por señor supremo al Emperador, y después al Gobernador y después a Atabalipa, para hacer cuanto les mandara en su nombre. Luego al punto tomó el Gobernador en las manos el estandarte real el cual levantó en alto tres veces, y les dijo que como vasallos de la Magestad Cesárea debían hacer ellos lo mismo, y al punto lo tomó el cacique y después los capitanes y los otros principales y cada uno lo alzó en alto dos veces: luego fueron a abrazar al Gobernador, el cual los reci-

* Lo que cuenta aquí Pedro Sancho es la lectura del Requerimiento: texto jurídico de obligada lectura a los indios por parte de los conquistadores o exploradores españoles, por el cual se solicitaba a los nativos su sumisión a la Corona de Castilla. El requerimiento también comunicaba que en caso de no cumplir con lo que en él se decía, los españoles, en virtud de los Títulos de dominio sobre las Indias emanados del Papado, podrían proceder a la conquista del territorio y la sumisión de los naturales por medio de la guerra. El texto fue redactado por Juan López Palacios Rubios y fue llevado a América por primera vez en la expedición de Pedrarias Dávila en 1515. (Nota de J. M^a González Ochoa)

bió con mucha alegría por ver su pronta voluntad y con cuanto contento habían oído las cosas de Dios y de nuestra religión. El Gobernador quiso que de todo esto se pusiese testimonio por escrito, y acabado, el cacique y los principales hicieron grandes fiestas, de manera que todos los días había holgorio y regocijo en juegos y convites que de ordinario se hacían en la casa del Gobernador.

III

Trayendo una nueva colonia de Españoles para poblar en Xauxa, tienen nueva de la muerte de Guaritico¹¹ hermano de Atabalipa. Después que pasaron la tierra de Guama-chucho, Adamalch¹², Guaiglia¹³, Puerto Nevado, y capo Tambo¹⁴, entienden que en Tarma les aguardan para acometerles muchos Indios de guerra, por lo cual echan prisiones a Calichuchima, y siguiendo intrépidos su viaje van a Cachamarca¹⁵ donde hallan mucho oro

En este tiempo acabó de repartir entre los Españoles de su compañía el oro y la plata que se hubo en aquella casa, y Atabalipa dio el oro de los quintos reales al tesorero de S. M., el cual lo hizo cargar el Gobernador para llevarlo a la ciudad de Xauxa donde pensaba fundar colonia de Españoles por las noticias que tenía de las buenas provincias comarcanas y de las muchas ciudades que había todo alrededor de ella. Hizo asimismo poner en orden los Españoles y proveerles de armas y otras cosas para la jornada, y venido el tiempo de la partida les dio naturales que les lleva-

11. Este *Guaritico* solo puede ser *Huascar Inca* hermano mayor da Atahualpa, aunque no le convienen algunas cosas que Sancho refiere de *Guaratico*.

12. Andamarca.

13. Huaylas.

14. Cajatambo

15. Cajamarquilla (?)

sen su oro y sus cargas. Antes de partirse habiendo entendido la poca gente que había en la ciudad de San Miguel para poder mantenerse en ella, sacó de los Españoles que había de llevar consigo diez soldados de a caballo con un capitán, persona de mucho recaudo, al cual mandó que se fuese para aquella ciudad y se mantuviera en ella hasta que llegasen navíos con gente que la pudiera guardar, y que luego se volviese a Xauxa donde él iba a asentar un pueblo de Españoles, y fundir el oro que llevaba, prometiendo que les daría todo el oro que entonces les tocara con tanta puntualidad como si se hallaran presentes, porque su vuelta era muy necesaria, siendo aquella la primera ciudad donde se había de poblar y dejar colonia de Españoles por la Magestad Cesárea, y la principal porque en ella se habían de recoger y recibir los navíos que viniesen de España para aquella tierra.

De esta manera se partieron con la instrucción que el Gobernador les dio de lo que habían de hacer en la pacificación de la gente de la comarca. El Gobernador se partió asimismo después un lunes por la mañana, y en aquel día caminó tres leguas y fue a dormir a orillas de un río, donde le llegó la nueva de que un hermano del cacique Atabalipa llamado Guaritico (*Huascar*) y hermano asimismo de Atabalipa (*Toparca*), había sido muerto por unos capitanes de Atabalipa de orden suya. Este Guaritico (*Huascar*) era persona muy principal y amigo de los Españoles, el que había sido mandado por el Gobernador desde Caxamalca para aderezar los puentes y malos pasos del camino. El cacique mostró sentir gran pesadumbre por su muerte, y el Gobernador lo

sintió mucho pues lo quería, por ser muy útil a los cristianos. A otro día se partió el Gobernador de aquel lugar, y por sus jornadas llegó a la tierra de Guamachucho, diez y ocho leguas de Caxamalca, y habiéndose reposado allí dos días se partió para Caxamalca nueve leguas adelante, a donde llegó en tres días y descansó cuatro para que la gente reposara y recogiese bastimento para pasar a Guaiglia, veinte leguas de allí. Partido de este pueblo llegó en tres días al Puerto Nevado el que pasó, y a otro día de mañana llegó a una jornada de Guaiglia, y mandó el Gobernador un capitán suyo, que fue el Mariscal D. Diego de Almagro con gente de a caballo para que tomase un puente a dos leguas de Guaiglia, cuyo puente era fabricado de la manera que luego se dirá. Este capitán tomó el puente junto con un monte fuerte que dominaba aquella tierra. El Gobernador no tardó en llegar al puente con el resto de los suyos, y habiéndolo pasado partió a otro día de mañana, que fue domingo, para Guaiglia, y llegados, oyeron luego misa y después entró en ciertos aposentos buenos: y reposado allí ocho días, se partió con la gente, y a otro día pasó otro puente de criznejas que estaba sobre el dicho río, el cual pasa por un valle muy deleitable. Caminaron treinta leguas hasta donde el capitán Hernando Pizarro llegó cuando fue a Pachacamac, según se mandó larga relación a S. M. de todo lo que hizo en este viaje hasta Pachacamac y de allí a la ciudad de Xauxa, y en la vuelta a Caxamalca cuando trajo consigo al capitán Chilichuchima y de otras cosas que aquí no se relatan. El Gobernador enderezó su camino, y por

sus jornadas llegó a la tierra de Caxatambo. De allí se partió sin hacer más que pedir algunos Indios para que cargasen el oro de S. M. y de los soldados, usando siempre de grande vigilancia en saber y tener noticia de las cosas que sucedían en la tierra; y con buen concierto en la gente, siempre con vanguardia y retaguardia como hasta allí había hecho, temiendo que el capitán Chilichuchima que traía consigo le tramase alguna traición por la sospecha que había tenido, mucho más que en Caxatambo ni en diez leguas adelante había encontrado gente alguna, ni menos se encontró en una parada que se hizo en un pueblo cinco leguas más allá, porque toda se había huido sin que pareciese alma viviente. Llegado allí vino un Indio criado de un Español que era de aquella tierra de Pambo, distante de aquí diez leguas y veinte de la ciudad de Xauxa, del cual se entendió que se había juntado mucha gente de guerra en Xauxa para matar a los cristianos que venían: y que traían por capitanes a Incorabaliba, Iguaparro, Mortay y otro capitán, todos cuatro personas principales y que tenían mucha gente consigo; añadiendo además que en un pueblo cinco leguas de Xauxa llamado Tarma se había puesto una parte de esta gente a guardar un mal paso que había en un monte, para cortarlo y romperlo de manera que los Españoles no lo pudiesen pasar. Informado de esto el Gobernador mandó echar prisiones al capitán Chilichuchima, porque se decía por cosa cierta que por consejo y mandato suyo se había movido aquella gente, pensando él huírseles a los cristianos e ir a juntarse con ella: de cuyos tratos no era sabedor el

cacique Atabalipa (*Toparca*), y por esto no dejaban estas gentes que ningún Indio pasara a la parte del cacique para que no le pudiera dar noticia de estos tratos. La causa porque se habían rebelado y querían guerra con los cristianos, era porque veían la tierra ganada por los Españoles y querían gobernarla ellos¹⁶.

El Gobernador antes de partirse de aquel lugar envió un capitán con gente de a caballo para que tomase un puerto nevado que estaba a tres leguas y fuera a pasar la noche en unos campos cerca de Pambo y así lo hizo que pasó el puerto con mucha nieve, pero sin encontrar tropiezo alguno, y asimismo lo pasó el Gobernador sin oposición, salvo la incomodidad de la nieve que les cayó muy impetuosa. Pasaron todos la noche en aquel campo sin toldo ninguno, sobre la nieve, sin tener provisión de leña ni de vitualla. Llegados a la tierra de Pambo proveyó y mandó el Gobernador que los soldados se alojasen con el mejor orden y recaudo que se pudiera, porque tenía nueva de que los enemigos se aumentaban a cada momento, y se tenía por cierto que aquí vendrían a embestir a los Españoles, y por eso hizo aumentar las rondas y centinelas espiondo siempre los pasos de los enemigos. Después de ha-

16. El original: *La causa perche si erano ribellati... era per vedere conquistato quel paese da Spanuoli, & voleavano commandargli.* Si el *gli* se toma como pronombre y se refiere a *Spanuoli* no es fácil explicar esta frase. Pero *gli* se usaba también antiguamente como adverbio de lugar por *ivi*, *lá*, &. como se advierte en este verso de Poliziano, (que murió a fines del siglo xv.) citado por Barberi.

“Non s’ accorge che amor *gli*
é dentro armato.”

Tomando, pues el *gli* como adverbio, aquí y en otros lugares de esta relación. desaparece la oscuridad de las frases en que se halla.

berse reposado allí otro día, de ciertos enviados que el cacique Atabalipa (*Toparca*) había mandado para saber lo que pasaba en Xauxa, vino uno que dijo como la gente de guerra estaba cinco leguas de Xauxa camino del Cuzco, y venía a quemar el pueblo y todos los edificios de él, para que los cristianos no hallaran donde hospedarse y que luego querían irse la vuelta del Cuzco a juntarse con un capitán que se llamaba Quizquiz, que estaba allí con mucha gente de guerra que había venido de Quito por mandado de Atabalipa para seguridad de la tierra. Sabido esto por el Gobernador hizo aparejar sesenta y cinco caballos ligeros, y con veinte peones que guardaban a Chilichuchima, sin estorbo de bagajes, se partió para Xauxa, dejando allí al tesorero con la otra gente guardando la cola del campo y el oro de S. M. y de la compañía. El día que se partió de Pombo caminó unas siete leguas y se fue a quedar en un pueblo que se dice Cacamarca, y aquí se encontraron setenta mil pesos de oro en piezas ricas, para cuya guardia dejó el Gobernador dos cristianos de a caballo, para que cuando la retaguardia llegara lo condujese bien guardado: luego a la mañana se partió con su gente en buen orden habida nueva de que a tres leguas de allí estaban cuatro mil hombres; y en la marcha iban siempre por delante tres o cuatro caballos ligeros para que encontrándose con algún espía de los enemigos lo tomasen para que no diera aviso de su venida. A hora del mediodía llegaron a aquel mal paso de Tarma donde decían que había gente guardándolo para defenderlo, el cual mostraba ser tan dificultoso que parecía imposible poder

subirlo, porque había un mal paso de piedra para bajar al arroyo donde tenían que apearse todos los que iban a caballo, y después era preciso que subiesen a lo alto por una cuesta, y por la mayor parte *era* monte empinado y difícil que duraba como una legua, la cual se pasó sin que parecieran los Indios que se decía estaban armados. Y a la tarde, pasada la hora de vísperas, llegó el Gobernador, con su gente a aquel pueblo de Tarma, que por ser en mal sitio y tenerse nueva de que habían de venir a ella Indios para sorprender a los cristianos, no quiso detenerse más tiempo que el necesario para dar de comer a los caballos y reponerlos de la hambre y fatiga pasada, para salir presto de aquel lugar que no tenía otra parte llana sino la plaza y estaba en una pequeña ladera cercado de montañas todo al rededor por espacio de una legua. Por ser ya noche asentó aquí su campo estando siempre alerta con los caballos ensillados, y la gente sin comer, y finalmente sin refrigerio alguno, porque no tenían ni leña, ni agua, ni traían consigo sus toldos para poder abrigarse, que fue causa de que casi murieran todos de frío porque llovió mucho a prima noche, y después nevó de tal manera que las armas y ropas que traían puestas se mojaron todas. Mas cada uno se remedió lo mejor que pudo, y así se pasó aquella mala y trabajosa noche hasta que amaneció, y entonces mandó que subieran a caballo para llegar temprano a Xauxa que estaba cuatro leguas de allí, y andadas las dos, el Gobernador repartió los sesenta y cinco caballos entre tres capitanes dando quince a cada uno, y tomando consigo los otros veinte con los veinte peo-

nes que guardaban a Chilichuchima. En este orden caminaron hasta Porsi, una legua de Xauxa, habiendo ordenado a cada capitán lo que debía hacer, y todos se detuvieron en un pueblo pequeño que encontraron. Luego marcharon todos con buen concierto y dieron vista a la ciudad, y en una cuesta se pararon todos a un cuarto de legua.

IV

Llegan a la ciudad de Xauxa: quedan algunos guardando aquel lugar y a otros van contra el ejército de los enemigos, con los cuales pelean, alcanzan victoria y se vuelven a Xauxa. No se quedan allí mucho tiempo, sino que van algunos la vuelta del Cuzco para pelear con el grueso del ejército enemigo; pero no les sale bien el intento y se vuelven a Xauxa.

Los naturales salieron todos fuera al camino para ver a los cristianos, celebrando mucho su venida, porque con ella pensaban que saldrían de la esclavitud en que les tenía aquella gente extranjera. En este sitio quisieron esperar que entrase más el día, pero viendo que no parecía ninguna gente de guerra, comenzaron a caminar para entrar en la ciudad, y al bajar aquella pequeña cuesta, vieron venir corriendo a gran furia un Indio con una lanza enhiesta, y llegado a ellos, se halló ser un criado de los cristianos, el que dijo que su amo lo enviaba a que les hiciera saber que debían darse prisa porque los enemigos estaban en la ciudad, y que dos cristianos de a caballo se habían adelantado a los demás, y habían entrado a ver los edificios que había en ella, y yendo registrándola, vieron unos veinte Indios que salían de ciertas casas con sus lanzas y otras armas,

llamando a los otros para que salieran y vinieran a juntarse con ellos. Los dos cristianos viéndolos juntarse, sin hacer caso de sus gritos ni clamores dieron sobre ellos y mataron algunos, y pusieron en huida a otros, los cuales se fueron luego a juntar con los otros que habían venido a su socorro y formaron un montón como de doscientos, a los que de nuevo acometieron los Españoles en una calle angosta y los rompieron, haciéndolos retroceder hasta la orilla de un gran río que pasa por aquella ciudad, y entonces uno de estos Españoles había enviado el Indio que he dicho con la lanza enhiesta en señal de que había en la ciudad enemigos armados. Oído esto arrimaron los Españoles las espuelas a sus caballos y sin detenerse llegaron a la ciudad y entraron dentro; y encontrados sus compañeros ellos les contaron lo que les había sucedido con aquellos Indios, y corriendo los capitanes para aquella parte adonde se habían retraído los enemigos, llegaron a la orilla del río que estaba entonces muy crecido, y desde la orilla vieron de la otra banda a un cuarto de legua los escuadrones de los enemigos. Pues pasado el río con no pequeño trabajo y riesgo, se fueron para ellos. El Gobernador se quedó guardando la ciudad porque asimismo se decía que dentro había enemigos escondidos. Visto por los Indios que los cristianos habían pasado el río comenzaron a retirarse, hechos dos escuadrones. Y uno de los capitanes españoles con sus quince caballos ligeros aguijó por una cuesta del collado donde estaban para ganarlo, de modo que no se pudieran retraer y hacerse fuertes allí, y los otros dos capitanes se fueron por dere-

cho la vuelta de ellos, por junto al río y los alcanzaron en una sementera de maíz, donde los rompieron y pusieron en derrota, cogiéndolos a todos, que de seiscientos que eran no se escaparían arriba de veinte o treinta, que tomaron el monte antes que llegara el capitán con los otros quince, y así se salvaron. Los más de ellos se recogían hacia el agua pensando salvarse en ella, pero los caballos ligeros pasaban el río casi a nado tras de ellos y no dejaban uno a vida, salvo algunos pocos que se les habían escondido en el alcance después que fueron desbaratados. Corrieron luego la tierra hasta una legua más abajo, sin hallar Indio ninguno. Pues vueltos se reposaron ellos y sus caballos, que bien lo necesitaban, porque con la larga jornada hecha antes, y con haber corrido aquellas dos leguas estaban harto estropeados. Sabida la verdad de qué gente fuese aquella, se halló que los cuatro capitanes y la gente estaban asentados a seis leguas de Xauxa, río abajo, y que el propio día habían enviado aquellos seiscientos hombres para acabar de quemar la ciudad de Xauxa, habiendo quemado ya la otra mitad hacia ya siete u ocho días, y entonces quemaron un edificio grande que estaba en la plaza y otras cosas (*cose*) a vista de la gente de la ciudad con muchas ropas y maíz, para que los Españoles no lo aprovecharan. Quedaron los vecinos tan enemistados con ellos que si algún Indio de estos se metía adentro y se escondía, lo mostraban a los cristianos para que lo matasen, y ellos propios ayudaban a matarlos, y aun los habrían matado con sus propias manos, si los cristianos se lo permitieran. Informados, pues, los capitanes del lugar don-

de se hallaban estos enemigos y del camino, del cual habían andado parte, determinaron no encerrarse en Xauxa sino pasar adelante y dar en el grueso de gente que estaba a cuatro leguas, antes que tuviesen nueva de su venida. Con este intento mandaron que se pusiesen a punto los soldados; pero no tuvo efecto su propósito porque hallaron los caballos tan cansados que tomaron por mejor partido el volver atrás, como lo hicieron. Llegados a Xauxa refirieron al Gobernador lo sucedido, de lo que hubo mucho contento, y los recibió con mucha alegría agradeciéndoles a todos el que se hubieran portado tan valerosamente. Y les dijo que de todos modos entendía que se fuese a acometer el campo de los enemigos, porque aunque fuesen avisados de la victoria estaba cierto que los esperarían. Al punto mandó a su maese de campo que los aposentase y les dijese que descansarían lo que les quedaba de día, y la noche hasta que saliera la luna, y que entonces se pusiesen a punto para ir a dar sobre los enemigos. Para aquella hora estuvieron en orden cincuenta caballos ligeros que al toque de la trompeta se presentaron armados con sus caballos en el aposento del Gobernador, el que los despachó muy luego y siguieron su camino. Quedaron en la ciudad con él quince caballos con los veinte peones que hacían la guardia toda la noche con los caballos ensillados, hasta que volvió el capitán de aquella salida que fue de allí a cinco días. Contó al Gobernador todo lo que había sucedido desde que de él se partió, diciendo que la noche que salió de Xauxa caminó unas cuatro leguas antes que amaneciera, con mucha diligencia para dar en el

campo de los enemigos antes que fuesen avisados de su venida; y que estando ya cerca vieron al amanecer una grande humareda¹⁷ en el lugar donde estaban aposentados, que serían dos leguas adelante; y así aguijó con lo suyos a gran furia pensando que los enemigos avisados de su venida se le huían, y quemaban los aposentos que había en un pueblo; y así era porque se huían después de prender fuego a aquella mísera población. Llegados los Españoles a aquel lugar siguieron la huella de la gente por un valle muy llano, y según que los iban alcanzando topaban, porque venían más despacio, con muchas mujeres y muchachos en la retaguardia, y dejándose los atrás para alcanzar a los hombres corrieron más de cuatro leguas, y alcanzaron algunos escudrones de ellos. Como una parte de ellos vio a los Castellanos desde algo lejos, tuvieron tiempo de tomar un monte y se salvaron en él, y otros, que fueron pocos, fueron muertos, quedando en poder de los cristianos (que por tener los caballos cansados no quisieron subir al monte) muchos despojos suyos, y mujeres y muchachos. Y como ya era llegada la noche volvieron a dormir a una aldea que dejaron atrás, y al día siguiente determinaron estos Españoles seguir su camino la vuelta de Cuzco tras de los Indios para tomarles ciertos puentes de red y no dejarlos pasar; pero por falta de pasturas para sus caballos se vieron obligados a volverse atrás, con gran disgusto del Gobernador porque a lo menos no ha-

17. El original, *un gran fume*: pero es errata de imprenta, según se advierte por el contexto, y debe leerse *fumo*,

bían seguido hasta quitarles aquellos puentes y no dejarlos pasar la vuelta del Cuzco, porque siendo gente forastera se temía que hicieran gran daño en los vecinos de aquellos lugares.

V

Nombran nuevos oficiales en la ciudad de Xauxa para fundar población de Españoles, y habiendo tenido nueva de la muerte de Atabalipa (Toparca), con mucha prudencia y arte para mantenerse en gracia de los Indios, tratan de nombrar nuevo señor.

Y por esta causa, llegadas que fueron las cargas y la retaguardia que había dejado en Pombo, echó bando de que por cuanto tenía determinado fundar en aquella ciudad población de españoles en nombre de S. M., los que quisieran avecindarse allí podían hacerla; pero no hubo ningún Español que quisiera quedarse, diciendo que mientras estuviese fuera la gente de guerra con las armas en la mano por aquella tierra, no estarían los naturales de la provincia al servicio y sujeción de los Españoles y obediencia de S. M. Visto esto por el Gobernador determinó no perder por entonces el tiempo en aquel negocio, sino ir contra los enemigos la vuelta del Cuzco, para echados de aquella provincia y desbaratarlos del todo. En el intermedio, para poner orden en las cosas de aquella ciudad, fundó el pueblo a nombre de S. M., y creó oficiales para la justicia de él¹⁸, que fueron ochenta, y los cuaren-

18. Parece que faltan aquí algunas palabras. *como y de sus vecinos*, u otras equivalentes.

ta de ellos fueron cuarenta caballos ligeros que dejó allí de guarnición con el tesorero para que guardase también el oro de S. M., dejándolo por su lugar teniente, y para que en todo fuese cabeza y tuviera el mando y suma del gobierno. En estas cosas vino a morir el cacique Atabalipa (*Toparca*) de su enfermedad, de lo que hubo mucho pesar el Gobernador y con él todos los demás Españoles, porque cierto era muy prudente y tenía mucho amor a los Españoles. Se dijo públicamente que el capitán Calichuchima le dio con que muriera porque deseaba que la tierra quedara por la gente de Quito y no por la natural del Cuzco ni por los Españoles, y si aquel cacique viviera no hubiera podido lograr lo que deseaba. Al punto hizo llamar el Gobernador al capitán Calichuchima y a Tizas y a un hermano del cacique y a otros capitanes principales y caciques que eran venidos de Caxamalca, a los cuales dijo, que debían saber bien que él les había dado por señor a Atabalipa (*Toparca*), y que siendo muerto, ellos debían pensar a quien querían por señor, que él se los daría. Hubo entre ellos gran diferencia sobre esto, porque Calichuchima quería que fuese señor Aticoc, el hijo de Atabalipa y hermano del cacique muerto, y otros señores que no eran de la tierra de Quito querían que el señor fuera natural del Cuzco, y proponían un hermano carnal de Atabalipa (*Toparca*). El Gobernador dijo a los que querían por señor al hermano de Atabalipa (*Toparca*) que lo mandaran llamar, y que cuando viniera sí hallaba que era sujeto de valer, lo nombraría, y con esta respuesta se acabó aquella junta. Y habiendo llamado de parte del Gobernador al capitán Calichuchima le dijo estas palabras: “Ya

tu sabes que amaba yo mucho a tu señor Atabalipa, y hubiera querido que pues murió y dejó hijo, este fuera señor; y que tú ya que eres hombre prudente hubieras sido su capitán hasta tanto que estuviera en edad de gobernar sus señoríos; y por esto deseo tanto que se le mande llamar presto, porque por amor de su padre lo amo mucho y a ti asimismo. Pero junto con esto ya que todos estos caciques que están aquí son tus amigos y tienes mucha influencia en los soldados de su nación, será bien que les mandes mensajeros para que vengan de paz, porque no quisiera encruelcerme contra ellos y matarlos como ves que lo voy haciendo, cuando deseo que las cosas de estas provincias estén quietas y pacíficas.” Este capitán tenía gran deseo, como se ha dicho, que el hijo de Atabalipa fuera señor, y conociéndolo el Gobernador le dijo con arte estas palabras, y le dio esta esperanza: no porque tuviera ánimo de hacerla¹⁹, sino para que entre tanto que aquel hijo de Atabalipa venía para este efecto, hiciera que aquellos capitanes de guerra que habían tomado las armas vinieran de paz. Se acordó asimismo que él dijese a Aticoc y a los otros señores de la provincia del Cuzco, que les daría por señor al que ellos quisiesen; porque era menester que así se gobernara en el estado que estaban las cosas para estar bien con todos. A Calichuchima trataba de dar palabras para que hiciera venir las gentes que estaban en el Cuzco con las armas, a dejarlas, porque no hiciesen daño en las gentes del país, y a los del Cuzco para que fue-

19. Es digna de admiración la candidez o descaro con que el secretario Sancho confiesa y aun elogia la mala fe de Pizarro en varios lugares de su *relación*, la cual escribía por orden de Pizarro y para que este la revisara, firmara y enviara al rey.

ran amigos verdaderos de los cristianos y les dieran aviso de lo que trataban los enemigos y de todo lo que se hacia en la tierra; y por esta causa y otras decía esto el Gobernador con mucha prudencia. Chilichuchima a lo que mostró, recibió tanto contento de estas palabras, como si lo hubieran hecho señor de todo el mundo, y respondió que haría todo lo que mandaba y que holgaría mucho de que los caciques y soldados vieran de paz,²⁰ y que despacharía mensajeros a Quito para que el hijo de Atabalipa viniera; pero que temía que lo estorbaran dos grandes capitanes que estaban con él, que no lo dejarían venir; que no obstante eso mandaría tal persona con la embajada que pensaba que todos se conformarían con su voluntad. Y luego añadió: “Señor, pues quieres que yo haga venir estos caciques, quítame de encima esta cadena porque viéndome con ella no querrán obedecerme.” El Gobernador para que no sospechara que fuese fingido lo que le había dicho, le dijo que era contento de hacerla, pero con la condición de que había de ponerle guardia de cristianos hasta que hiciera venir de paz aquellos soldados que estaban de guerra y viniera²¹ el hijo de Atabalipa. Él quedó satisfecho con esto y así fue suelto, y el Gobernador le puso una buena guardia, por ser aquel capitán la llave para tener la tierra pacífica y sujeta. Tomada esta providencia y ordenada la gente que había de ir con el Gobernador la vuelta del Cuzco, que eran cien caballos y treinta peones,

20. El original: *che haurebbe dato rame che i Capitani & soldati fossero venuti alla pace*. El significado de la voz *rame* es oscuro: como a veces significa *dinero*, de donde viene la frase vulgar, *questo sa di rame*, para indicar que una cosa es cara, me pareció que podía adaptarse la interpretación que le doy, aunque no me deja satisfecho.

21. El original, *veduto*. pero me parece errata por *venuto*.

mandó a un capitán que con sesenta de a caballo y algunos peones fuera por delante para reponer los puentes que estuvieran quemados, y el Gobernador se quedó mientras a dar orden en muchas cosas convenientes a la ciudad y a la república que había de dejar ya como fundada, y para esperar la respuesta de dos cristianos que había mandado a la costa para ver los puertos y poner cruces en ellos, por si alguno viniera a reconocer la tierra.

VI

Descripción de los puentes que los Indios acostumbran a hacer para pasar los ríos; y de la trabajosa jornada que tuvieron los Españoles en la ida al Cuzco, y de la llegada a Panarai y a Tarcos, ciudad de los Indios.

Se partió este capitán el jueves con los que habían de seguirle, y el Gobernador con la demás gente, y Chilichuchima y su guardia el lunes siguiente: de mañana estuvieron todos a punto de armas y de todas las cosas necesarias, por ser largo el viaje que habían de hacer y quedarse todas las cargas en Xauxa, por no ser conveniente llevadas consigo en esta jornada. Caminó el Gobernador dos días por un valle abajo, a la orilla del río de Xauxa que era muy deleitable y poblada de muchos lugares, y al tercer día llegó a un puente de redes que está sobre el dicho río, el cual habían quemado los soldados indios después que hubieron pasado; pero ya el capitán que había ido por delante había hecho que los naturales lo repusieran. Y en las partes en que hacen estos puentes de redes, donde los ríos son crecidos, por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no hay Indio alguno que sepa nadar, y por esta causa aunque los ríos sean pequeños y se puedan vadear, no obstante les echan puentes, de este modo; que si las dos orillas del río

son pedregosas levantan en ellas una pared grande de piedra y después ponen cuatro bejucos (*stanghe*) que atraviesan el río, gruesos de dos palmos o poco menos, y en el medio a manera de zarzo entretejen mimbres verdes gruesos como dos dedos, bien tejidos, de suerte que unos no queden más flojos que otros, atados en buena forma, y sobre estos ponen ramas atravesadas de modo que no se ve el agua y de esta manera es el piso del puente. Y de la misma suerte tejen una barandilla en el borde del puente con estos mismos mimbres, para que nadie pueda caer en el agua, de lo cual no hay a la verdad ningún peligro, bien que al que no es práctico parece cosa peligrosa el haberlo de pasar, porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo, hasta que acabe de pasar a la otra orilla, y cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está a ello acostumbrado se le va la cabeza. Hacen de ordinario dos puentes juntos, porque dicen que por el uno pasan los señores, y por el otro la gente común. Tienen en ellos sus guardas, y el cacique señor de toda la tierra las tiene allí de continuo, para que si alguno le hurtara oro o plata u otra cosa, a él o a otro señor de la tierra, no lo pudiera pasar; y los que guardan estos puentes tienen cerca sus casas y de continuo tienen a mano mimbres y zarzas y cuerdas para componer los puentes cuando se van estropeando y hacerlos de nuevo si menester fuera. Pues las guardas que estaban en este puente cuando pasaron los Indios que lo quemaron escondieron los materiales que tenían para reponerlo, porque de otra manera los hubieran asi-

mismo quemado, y por esta razón lo hicieron en tan poco espacio para que pasaran los Españoles. Los caballos españoles y el Gobernador pasaron por el uno de estos puentes, aunque por estar fresco y no bien ordenado tuvieron mucho trabajo, porque por haber pasado por allí el capitán que iba adelante con los sesenta caballos se habían hecho muchos agujeros, y estaba medio desbaratado. Todavía pasaron los caballos sin que peligrase ninguno, aunque casi todos cayeron porque se movía el puente y temblaba todo, pero como se ha dicho estaba el puente hecho de manera que aunque doblasen los cuatro pies no podían caer abajo al agua. Pasados que fueron todos, el Gobernador acampó en unas arboledas que había allí por donde pasaban muchos hermosos arroyos de agua hermosa y limpia. Prosiguieron después su viaje andando dos leguas por la orilla de aquel río por un valle estrecho, que tenía montañas altísimas de una y otro lado, y en partes tiene este valle por donde pasa el río tan poco espacio, que hay tanto camino entre el pie del monte y el río como un tiro de piedra, y en otros lugares por la falda de la montaña poco más. Pasadas dos leguas de este valle se encontró otro puente pequeño sobre otro río por el que pasó toda la gente de a pie, y los caballos lo vadearon, tanto por estar el puente maltratado como por estar el agua baja en aquel tiempo. Pasado el río se comenzó a subir una montaña asperísima y larga, toda hecha de escalones de piedra muy menudos. Aquí trabajaron tanto los caballos que cuando acabaron de subirla se habían desherrado la mayor parte, y tenían gastados los cascos de los cuatro pies. Subida aquella montaña que duraría hasta

media legua, andando en la tarde otro pedazo por una cuesta, llegó el Gobernador con esta gente a una aldea, que habían saqueado y quemado los Indios enemigos, y por eso no se halló en ella gente ni maíz, ni otro mantenimiento, y el agua estaba muy lejos porque los Indios habían roto las cañerías que venían a la ciudad, que fue un gran mal, y de mucha incomodidad para los Españoles, porque por haber aquel día hallado el camino áspero, trabajoso y largo tenían necesidad de buen alojamiento. Se partió de aquí el Gobernador al otro día, y fue a dormir a otro pueblo, que aunque era muy grande y bueno, y lleno de muchos aposentos, se halló en él tan poco refrigerio como en el pasado: y este pueblo se llama Panarai. Se maravilló mucho el Gobernador con los Españoles de no hallar aquí ni mantenimientos ni cosa alguna, porque siendo este lugar de un señor de los que habían estado con Atabalipa y con el señor muerto en compañía de los cristianos, había venido de continuo en compañía suya hasta Xauxa, y dijo que quería adelantarse para aparejar en esta tierra suya vituallas y otras cosas necesarias para los Españoles, y no hallándose aquí ni él ni su gente se tuvo por cierto que la comarca estaba alzada, y no habiéndose tenido carta ninguna del capitán que iba por delante con los sesenta de a caballo, salvo una en la que hacia saber que andaba tras de los Indios enemigos, se temía que los contrarios le hubiesen tomado algún paso, de manera que no pudiera venir ningún mensajero suyo. Los Españoles buscaron tanto que hallaron algún maíz y ovejas, con lo que pasaron aquella noche, y al otro día a buena hora se partieron y llegaron a un pueblo lla-

mado Tarcos, donde se encontró al cacique señor de la tierra con alguna gente, el cual dio aviso del día que habían pasado por allí los cristianos y que caminaban a pelear con los enemigos que tenían asentados sus reales en una población vecina. Recibieron todos grande placer con esta noticia, y con haber hallado buena acogida en aquel lugar, porque el cacique había hecho traer a la plaza una buena cantidad de maíz, leña, ovejas y otras cosas de que tenían gran necesidad los Españoles.

VII

Prosiguiendo su viaje tienen aviso enviado por los cuarenta caballeros Españoles, del estado del ejército Indio, con el cual victoriosamente habían combatido.

A otro día, que fue sábado día de Todos los Santos, el fraile que estaba con esta compañía, dijo misa por la mañana, según es costumbre decirla en semejante día, y después se partieron todos y caminaron hasta llegar a un río caudaloso tres leguas adelante, siempre bajando de la montaña con bajada áspera y larga. Este río tenía asimismo un puente de red que por estar roto fue preciso vadear el río, y después se subió otra montaña muy grande, que mirándola de alto a bajo parecía cosa imposible que los pájaros pudieran llegar volando por el aire, cuanto menos subirla por la tierra hombres de a caballo; pero se les hizo menos pesado el camino porque se iba subiendo en caracol y no derecho; bien que la mayor parte eran escalones grandes de piedra que fatigaban mucho a los caballos y se les gastaban y lastimaban los cascos, aunque los llevaban por la brida. De este modo se subió una legua larga, y se anduvo otra por una ladera de camino más fácil, y a la tarde llegó el Gobernador con los Españoles a una población corta, de la que estaba quemada una parte, y en la otra parte que había queda-

do sana se aposentaron los Españoles, y a la tarde llegaron dos correos Indios enviados por el capitán que iba adelante. Los cuales trajeron por cartas noticias al Gobernador, como era llegado con gran diligencia a la tierra de Parcos, la que había dejado atrás, porque habiendo tenido aviso que estaban aquí los capitanes con toda la gente enemiga, no los encontró allí, y tuvo nueva cierta de que se habían retirado a Bilcas, y por lo tanto caminó adelante con su gente hasta llegar cinco leguas de Bilcas donde esperó la noche, y marchó en secreto para no ser sentido de ciertas espías que estaban puestas a una legua de Bilcas. Y habida nueva que los enemigos estaban dentro de un pueblo sin tener noticia alguna de su venida, se alegró mucho el capitán, y subida una montaña donde estaba aquel lugar, harto difícil, al amanecer entró dentro y encontró aposentada alguna gente con poco recaudo. Los caballos españoles comenzaron a dar sobre ella por las plazas hasta tanto que entre muertos y huidos no quedó persona alguna, porque había pocos soldados Indios que se habían retirado a una montaña aparte del camino, los cuales luego que aclaró el día y vieron a los Españoles, se juntaron en escuadrones viniendo contra ellos diciéndoles, INGRES, el cual nombre tienen ellos por muy afrentoso, siendo esta una gente despreciable que vive en las tierras calientes de la costa del mar, y por ser aquella provincia región fría e ir los Españoles vestidos y cubiertas sus carnes, les llamaban ellos Ingres, amenazándolos con que los harían sus esclavos por ser pocos, que no llegaban a cuarenta, y desafiándolos les decían que bajaran allá abajo a donde ellos estaban.

El capitán aunque conocía que estaba en mal lugar para pelear con los caballos, de que poco se podían valer los Españoles, no obstante para que los enemigos no pensaran que el no pelear era por falta de ánimo, tomó consigo treinta caballos y dejando los otros en guarda del pueblo bajó abajo contra ellos por una espesura²² del monte y una cuesta muy penosa. Los enemigos lo aguardaron animosamente y en el choque mataron un caballo, hiriendo otros dos, pero al fin siendo todos desbaratados huyeron unos por una parte y otros por otra del monte, camino muy áspero por donde los caballos no pudieran seguirlos ni hacerles daño. En esto se vino a juntar con ellos un capitán que se había huido del pueblo, que habiendo sabido de ellos que habían muerto un caballo y herido dos, dijo, “volvamos atrás y peleemos con estos hasta que no quede uno a vida, que son pocos”, y al punto se revolvieron todos con más ánimo y mayor ímpetu que antes, y en esto se trabó una reñida batalla mayor que la primera. Al cabo huyeron los Indios y los caballos los siguieron por todas partes del monte mientras que pudieron. En estos dos encuentros quedaron muertos más de seiscientos hombres y se cree que también murió Maila, el uno de los capitanes, porque todos los Indios lo dijeron, y los de su parte cuando mataron el caballo le cortaron la cola y puesta en una lanza la llevaban por delante a guisa de estandarte. Le hizo asimismo saber que pensaba reposar aquí tres días por consideración a los cristianos y caballos heridos, y después partirían para tomarles

22. El original *scrrata*, que también puede traducirse por *angostura*.

antes de todo un puente de redes que había allí cerca, para que los enemigos fugitivos no pasaran y fueran a juntarse con Quizquiz en el Cuzco y, con la guarnición de gente que tenía, la cual se decía que esperaba a los Españoles en un mal paso cerca del Cuzco; pero que aun cuando fuese mucho más malo, esperaban en Dios que según el lugar en que habían tenido aquella batalla, tierra tan áspera y pedregosa, no se podrían defender de ellos *los Indios* en ninguna otra parte por difícil y trabajosa que fuese, ni ofender a los Españoles en ningún mal paso; y que salido de aquí y pasado el puente que está a tres leguas del Cuzco, allí esperaba al Gobernador como le había informado, y que tuviera entendido que con Indios ligeros le daría aviso de cuanto le aconteciera.

VIII

Después de varias incomodidades sufridas en el viaje, habiendo pasado las ciudades de Bilcas y de Andabailla, antes de llegar a Airamba tienen cartas de los Españoles por las cuales les mandan un socorro de treinta caballeros.

Habiendo recibido esta carta, el Gobernador y todos los Españoles que con él estaban hubieron infinito contento de la victoria que había alcanzado el capitán, y al instante la mandó junta con otra a la ciudad de Xauxa al tesorero y a los Españoles que se habían quedado allí, para que participaran con ellos del contento por la victoria del capitán. Y asimismo mandó correos al capitán y a los Españoles que estaban con él agradeciéndoles mucho la victoria que habían alcanzado, rogándoles y aconsejándoles que en estas cosas se gobernasen más bien por la prudencia que por la confianza en su fuerza, y que de todas maneras le esperara pasado el último puente, para que después entrasen todos juntos en la ciudad del Cuzco. Hecho esto partió el Gobernador al día siguiente que fue de camino áspero y fatigoso, de montañas pedregosas y subidas y bajadas, de escalones de piedra, que todos creyeron que con dificultad podrían sacar de ellas los caballos, considerando el camino andado y por andar. Fueron a dormir

aquella noche a un pueblo que estaba de la otra parte del río, el que tenía asimismo un puente de red: los caballos pasaron por el agua y la gente de a pie con los criados de los cristianos por el puente. El día siguiente tuvieron buen camino junto al río donde encontraron muchas salvaginas, ciervos y gamuzas, y aquel día llegaron a hospedarse en ciertos aposentos cercanos a Bilcas, donde el capitán que iba por delante había hecho *alto* para caminar por la noche y entrar en Bilcas sin ser sentido como entró, y aquí se recibió otra carta suya, donde decía que había partido de Bilcas hacia dos días, y era llegado a un río cuatro leguas adelante, el que había vadeado por estar quemado el puente, y aquí había entendido que el capitán Narabaliba andaba huyendo con unos veinte Indios y que se había encontrado con dos mil Indios que le había mandado de socorro el capitán del Cuzco, los cuales como supieron la derrota de Bilcas se volvieron huyendo con él, tratando de ir a juntarse con las reliquias esparcidas de los que huían, esperándolos en una población llamada Andabailla, y que él estaba resuelto a no detenerse hasta encontrarse con ellos. Entendidas estas nuevas por el Gobernador pensó mandarle socorro, pero luego no lo hizo porque consideró que si se había de dar la batalla ya estaría dada, y no llegaría a tiempo, y más bien determinó no detenerse ni un solo día hasta que lo alcanzara, y de este modo se partió para Bilcas donde entró el día siguiente temprano, y por aquel día no quiso andar más adelante. Está puesta esta ciudad de Bilcas en un monte alto, y es gran pueblo y cabeza de provincia. Tiene una her-

mosa y gentil fortaleza: hay muchas casas de piedra muy bien labradas y está a medio camino de Xauxa al Cuzco. A otro día fue el Gobernador a dormir de la otra parte del río a cuatro leguas de Bilcas, y aunque fue la jornada corta fue no obstante trabajosa, que todo fue bajar por una montaña, casi toda de escalones de piedra y la gente vadeó el río con mucha fatiga porque iba muy crecido, y asentó su campo de la otra banda entre unas arboledas. Apenas era llegado aquí el Gobernador cuando recibió una carta del capitán que iba a la descubierta, en la que le daba a entender que los enemigos habían pasado cinco leguas adelante y esperaban en la falda de un monte en una tierra llamada Curamba, y que allí había mucha gente junta y habían hecho muchos reparos y puesto gran cantidad de piedras para que los Españoles no pudiesen subir. El Gobernador entendido esto, aunque el capitán no le pedía socorro creyendo que lo necesitaría ahora, hizo al punto que se alistase el Mariscal D. Diego de Almagro con treinta caballos ligeros bien en orden de armas y caballos, y no quiso que llevara consigo peón alguno, porque le mandó que no se detuviera para nada hasta que alcanzara al capitán que iba delante con los otros, y habiendo partido partió asimismo el Gobernador, al día siguiente con diez de a caballo y *los veinte peones que guardaban a Chilichuchima* y apretó tanto el paso aquel día que de dos jornadas hizo una. Ya que estaba para llegar al pueblo donde había de dormir llamado Andabaila, vino huyendo un Indio a decir que en cierta subida del monte que señaló con el dedo se había descubierto gente de guerra enemi-

ga, por lo que el Gobernador así armado como estaba a caballo con los Españoles que tenía consigo, fue a tomar lo alto de aquella cuesta y la registró toda sin hallar la gente que el Indio había dicho, porque aquella era gente natural de la tierra que venía huyendo de los Indios de Quito, porque le hacían grandísimo daño. Llegado el Gobernador y la compañía a aquel pueblo de Andabaila cenaron y reposaron aquella noche; y a otro día llegaron al pueblo de Airamba donde había escrito el capitán que estaba junta la gente armada para esperarlos en el camino.

IX

Llegados un pueblo encuentran mucha plata en tablas de veinte pies de largo. Prosiguiendo su viaje tienen cartas de los Españoles del reñido y adverso combate que habían sostenido contra el ejército de los Indios.

Aquí se hallaron dos caballos muertos de donde se hubo sospecha de que al capitán le hubiese sucedido alguna desgracia; pero entrados en el pueblo, por una carta que llegó antes de que se aposentaran, se supo como el capitán había encontrado aquí gente de guerra y que por ganar la montaña había subido una cuesta donde había encontrado gran cantidad de piedra junta, señal de que quisieron aguardar aquí, y que andaban en busca de los Indios porque tenían noticia de que no estaban muy lejos, y que los dos caballos eran muertos de tanto calentarse y resfriarse. No escribió cosa alguna del socorro que le había mandado el Gobernador, por lo que se consideró que no le habría llegado todavía. Se partió de aquí a otro día el Gobernador y fue a dormir a un río cuyo puente habían quemado los enemigos, de manera que fue preciso vadearlo con mucha fatiga, porque la corriente era crecida y el fondo del río muy pedregoso. Otro día fue a dormir a una villa en cuyos aposentos se encontró mucha plata en tablonés grandes de veinte pies de

largo, uno de ancho y de un dedo o dos de grueso; y contaron los Indios que aquí estaban, que aquellos tablones fueron de un gran cacique, y que uno de los señores del Cuzco los ganó y se los llevó así en tablas, con las que el cacique vencido había hecho una casa. El día siguiente partió el Gobernador para pasar el puente del último río que era casi tres leguas de allí. Antes que llegara a aquel río, vino un mensajero con una carta del capitán, en la que avisaba como era llegado a aquel último río con mucha diligencia para que los enemigos no tuvieran lugar de quemar el puente; pero al tiempo que llegó lo habían acabado de quemar, y por ser ya tarde no quiso pasar el río aquel mismo día, sino que se fue a quedar en una aldea que estaba al par de él. A otro día pasó el agua que daba al pecho de los caballos y siguió su camino derecho al Cuzco que estaba de allí doce leguas; y como en el camino fue informado que en una montaña inmediata se habían hecho fuertes todos los enemigos, esperando que al día siguiente viniera Quizquiz en su ayuda con refuerzo de gente que tenía en el Cuzco para juntarse con ellos, por esta causa había aguijado con gran presteza con cincuenta caballos, porque los diez los había dejado guardando las cargas y cierto oro que se halló en la rota de Bilcas: y un sábado a hora de mediodía empezaron a subir una montaña a caballo, y siendo larga que duraba bien una legua de camino, fatigados de la subida áspera y del calor del mediodía, que era muy grande, se pararon un rato y dieron a los caballos maíz, que tenían por habérselo traído los naturales de un pueblo vecino, y prosiguiendo su camino, el capitán que iba delante de los otros como un ti-

ro de ballesta, vio los enemigos en lo alto de la montaña que la cubrían toda, y que tres o cuatro mil bajaban para abajo para pasar por donde estaban ellos: por lo que habiendo llamado a los Españoles para ordenarlos en batalla no pudo esperar a juntarlos, porque los Indios ya estaban cerca, y venían contra ellos animosamente; pero con los que halló aparejados se adelantó a darles batalla, y los Españoles que iban llegando subían por la cuesta del monte, unos por una parte y otros por otra; entraron entre los enemigos que tenían delante sin atender mucho al principio a pelear sino a defenderse de las piedras que les tiraban, hasta que subieron a lo alto del monte en que veían consistir la victoria cierta. Los caballos estaban tan cansados que no podían tomar resuello para poder dar con ímpetu sobre tanta multitud de enemigos, y no cesando estos de incomodarlos y hostigarlos de continuo con sus lanzas, piedras y flechas que les tiraban, los fatigaron a todos de tal manera que apenas podían llevar los caballeros sus caballos al trote y algunos al paso. Percibiendo los Indios el cansancio de los caballos, comenzaron a cargar con mayor furia, y a cinco cristianos cuyos caballos no pudieron subir a lo alto cargó tanto la muchedumbre que a dos de ellos les fue imposible apearse y los mataron encima de sus caballos. Los otros pelearon a pie muy valerosamente, pero al cabo no siendo vistos de los compañeros que hubieran podido socorrerles, quedaron *prisioneros* allí, y solo uno de ellos fue muerto sin poder echar mano a la espada ni defenderse, antes fue causa de que quedase muerto con él un buen soldado, porque se había agarrado a la cola de su caballo que no lo de-

jó pasar adelante con los otros. Les abrieron a todos la cabeza por medio con sus hachas y porras: hirieron diez y ocho caballos y seis cristianos; pero no de heridas peligrosas, que solo un caballo de estos murió. Plugo a Dios Nuestro Señor que los Españoles ganaran un llano que había en aquel monte y los Indios se recogieron una colina inmediata. El capitán mandó que la mitad de los suyos quitasen los frenos a los caballos y les dieran de beber en un arroyo que pasaba por allí, y que luego hicieran lo mismo los otros, lo que se hizo sin que lo estorbaran para nada los enemigos. Después dijo a todos el capitán: “Señores, vámonos de aquí todos paso a paso por esta ladera de modo que los enemigos entiendan que huimos de ellos, para que nos vengán a buscar abajo, que si podemos traerlos a este llano daremos todos de golpe sobre ellos de manera que espero que ninguno se ha de escapar de nuestras manos, porque nuestros caballos están ya algo descansados, y si los ponemos en fuga acabaremos de ganar lo alto del monte”: y así fue, que pensando los Indios que los Españoles se retiraban bajaron abajo algunos de ellos tirándoles piedras con sus hondas y flechas. Visto por los cristianos ser ya tiempo volvieron las riendas a sus caballos, y antes que los Indios pudieran recogerse al monte donde antes estaban fueron muertos unos veinte, lo que visto por ellos y como era poco seguro el lugar donde se hallaban, dejaron aquel monte y se fueron retirando a otro más alto. El capitán con los Españoles acabó de subir a lo alto del monte, y aquí por ser ya noche acampó con su gente, y los Indios acamparon asimismo a dos tiros de ballesta, de manera que en cada

campo se oían las voces del otro. El capitán hizo curar a los heridos y apostó rondas y centinelas para la noche, y mandó que todos los caballos estuvieran ensillados y con los frenos puestos hasta el día siguiente en que había de pelear con los Indios; y trató de animar e infundir valor a los suyos diciéndoles “que de todos modos era menester dar en ellos a la mañana siguiente sin aguardar un instante, porque había tenido nueva de que el capitán Quizquiz venía a los enemigos con un gran refuerzo, y que de ninguna manera convenía esperar a que se juntaran.” Mostraron todos tan grande ánimo y esfuerzo como si tuvieran la victoria en la mano, y todavía los confortó el capitán diciéndoles, “que tenía por más peligrosa la jornada del día pasado que la que les aguardaba al siguiente, y que Dios Nuestro Señor como les había librado del peligro pasado así les daría victoria en lo de adelante, y que mirasen que si el día anterior estando sus caballos tan cansados habían atacado a los enemigos con desventaja, y los habían desbaratado y echado de sus fortalezas, no pasando ellos de cincuenta, y siendo los enemigos más de ocho mil, ¿qué no debían esperar estando frescos y descansados?” Con estas y otras pláticas animosas se pasó aquella noche y los Indios se estaban en su campo dando grandes voces y diciendo, “esperad, cristianos a que amanezca que todos habéis de morir a nuestras manos y os quitaremos los caballos con cuanto tenéis,” añadiendo palabras injuriosas, según suenan en aquella lengua, teniendo determinado entrar a combatir a los cristianos luego que amaneciera, creyéndolos cansados y a sus caballos por el trabajo del día anterior, y por verlos en tan cor-

to número y saber que muchos de sus caballos estaban heridos. De esta manera, de una y otra parte concurrían en el mismo pensamiento, mas los Indios creían firmemente que no se les escaparían los cristianos.

X

Viene nueva de la victoria alcanzada por los Españoles hasta poner en fuga al ejército indio. A Chilichuchima le mandan echar una cadena al cuello teniéndolo por traidor. Pasan por Rimac y allí se reúnen y luego todos juntos van a Sachisagagna²³ y queman a Chilichuchima.

Estas nuevas alcanzaron al Gobernador cerca del último río como queda dicho, el cual sin mostrar alteración en el semblante las comunicó a los diez de a caballo y veinte peones que traía consigo, consolándolos a todos con buenas razones que les exponía, aunque ellos se turbaron mucho en su ánimo, pensando que pues una corta cantidad de Indios respecto al número ponderado había maltratado de tal modo a los cristianos en la primera acción, mayor guerra les habrían dado al otro día teniendo los caballos heridos y sin haber llegado todavía a los Españoles el socorro de los treinta caballos que se les mandó; pero mostrando todos poner la esperanza en Dios llegaron al río, el que pasaron en balsas de la tierra llevando los caballos a nado por estar quemado el puente; y estando entonces el río muy crecido se tardó en pasarlo el resto de aquel día y el otro hasta la hora de siesta, y

23. Xaquixaguana ó Sacsahuana

queriendo el Gobernador partirse sin aguardar a que pasaran los Indios amigos, se vio venir un cristiano que reconocido desde lejos todos juzgaron que el capitán con los caballos había sido roto y desbaratado, y que este traía la nueva en fuga. Pero llegado a presencia del Gobernador dio gran consuelo a los ánimos de todos con la nueva que trajo, refiriendo que Dios Nuestro Señor, que nunca abandona a sus siervos fieles en la mayor extremidad, hizo que estando el capitán con los otros por la noche a buen recaudo esperando el día y animando a los suyos para el combate de la mañana, llegó el Mariscal con el refuerzo mandado de los treinta caballos y con los diez que habían dejado atrás que en todo fueron cuarenta, y cuando se vieron todos juntos sintieron los primeros tanto placer como si hubiesen resucitado aquel día, teniendo por cierta la victoria para el día siguiente. Venido el día, que fue domingo, montaron todos al alba y puestos en ala para hacer mejor rostro, se fueron la vuelta de los Indios que en la noche habían determinado acometer a los cristianos, pero viendo a la mañana tanta gente pensaron, como así era, que en la noche les había llegado algún socorro, por lo que no alcanzándoles el ánimo para hacerles frente, y viendo que venían la cuesta arriba en su busca, volvieron las espaldas retirándose de monte en monte. Los Españoles no los siguieron por ser la tierra áspera, y además les cogió una neblina tan espesa que no se veían unos a otros, y con todo por la falda de un cerro mataron muchos enemigos. En esto venían mil Indios en una escuadrón que mandaba el Quizquiz en socorro de los suyos, los que conforme vieron a los cristianos a ca-

ballo y tan a punto de guerra, tuvieron tiempo de retraerse al monte. Al punto se recogieron los cristianos a su fuerte, desde donde había enviado el capitán este mensajero al Gobernador, avisándole que lo esperaría allí hasta que llegara. Entendida esta nueva por el Gobernador, se alegró mucho de la victoria que Dios Nuestro Señor le había dado cuando menos la esperaba, y sin detenerse un punto mandó que se pasara adelante con el fardaje y los Indios que quedaban, porque juntamente con esta noticia había tenido aviso de que en la retirada de esta gente enemiga se habían apartado de los otros cuatro mil hombres, y que por tanto anduviera sobre aviso, y que asimismo se daba por seguro que Chilichuchima disponía y mandaba todo esto y daba aviso a los enemigos de lo que habían de hacer, y que por eso lo llevara a buen recaudo. Pues el Gobernador vencida su jornada, hizo echar prisiones a Chilichuchima y le dijo: “Bien sabes de qué modo me he portado contigo y cómo te he tratado siempre, haciéndote capitán que gobernara toda la tierra hasta que el hijo de Atabalipa viniera de Quito para hacerlo señor, y aunque he tenido muchas causas para hacerte morir no lo he querido hacer, creyendo siempre que te enmendaras. Asimismo te he rogado muchas veces que para bien de todos dieras traza de que estos Indios enemigos con los que tú tienes influjo y amistad, se sosegaran y dejaran las armas, pues aunque habían hecho mucho daño y muerto a Guaritico que venía de Xauxa por mandato mío, los perdonaría yo a todos; pero a pesar de todas estas amonestaciones mías has querido perseverar en tu mal ánimo y propósito, pensando que los avisos que

dabas a los capitanes enemigos fueran poderosos a lograr tu dañado designio; mas ya puedes ver como con la ayuda de nuestro Dios siempre los hemos desbaratado y lo mismo será en lo de adelante, y ten por cierto que no podrán escaparse ni volver a Quito de donde salieron, ni tú volverás a ver el Cuzco, porque tan luego como haya yo llegado a donde está el capitán con mis gentes, te haré quemar vivo, porque has sabido guardar tan mal la amistad que a nombre del César mi señor concerté contigo, y de esto no te quepa duda sino das traza de que estos Indios amigos tuyos dejen las armas y vengan de paz, como te he dicho otras veces.” A todas estas razones estuvo atento Chilichuchima sin responder palabra; pero siempre obstinado en su endurecimiento dijo, “que no se hacia lo que él mandaba a aquellos capitanes porque no querían obedecer: que por él no había quedado de hacerles entender que vinieran de paz,” y con semejantes palabras se disculpaba de lo que se le atribuía pero el Gobernador que ya sabía de cierto sus tratos, le dejó en su mal pensamiento sin volverle a hablar acerca de esto. Pues pasado el río ya tarde pasó adelante el Gobernador con esta gente y llegó por la noche a un pueblo llamado Rimac, una legua de aquel río. Y aquí llegó el Mariscal con cuatro caballos a esperarlo y después de hablarse se partieron a otro día para el campo de los caballos españoles, adonde llegó en la tarde, habiendo salido a su encuentro el capitán muchos otros, y se holgaron todos mucho de verse juntos. El Gobernador dio a cada uno las gracias, según sus méritos, por el valor que habían mostrado, y todos juntos partieron y en la tarde llegaron dos leguas mas

adelante a un pueblo llamado Sachisagagna. Los capitanes informaron al Gobernador de todo lo sucedido en la forma que se ha contado. Entrados a aposentarse en este pueblo, el capitán y el Mariscal pidieron al Gobernador que hiciera justicia de Chilichuchima, porque había de saber que todo lo que hacían los cristianos lo avisaba Chilichuchima a los contrarios, y que él era el que les había hecho salir del monte de Bilcas, exhortándolos a venir a pelear con los cristianos que eran pocos, y que con los caballos no podrían subir aquellas montañas sino paso a paso y a pie, dándoles otros mil avisos de donde los habían de esperar y de lo que habían de hacer como hombre que había visto estos lugares y conocía las mañas de los cristianos, con los que había vivido tanto tiempo. Informado el Gobernador de todas estas cosas mandó que fuese quemado vivo en medio de la plaza, y así se hizo, que los principales y más familiares suyos eran los que ponían más diligencia en prender el fuego. El religioso trataba de persuadirlo a que se hiciera cristiano diciéndole que los que se bautizaban y creían con fe verdadera en nuestro redentor Jesucristo, iban a la gloria del paraíso y los que no creían en él iban al infierno y a sus penas, haciéndoselo entender todo por un intérprete. Mas él no quiso ser cristiano diciendo que no sabía qué cosa fuera esa ley, y comenzó a invocar a Paccamaca y al capitán Quizquiz, que vinieran a socorrerlo. Este Paccamaca tienen los Indios por su Dios, y le ofrecen mucho oro y plata, y es cosa verificada que el demonio está en ese ídolo y habla con los que van a pedirle alguna cosa. Y de esto se habla largamente en la relación que se envió á S. M. des-

de Cajamalca. De este modo pagó este capitán las crueldades que hizo en la conquista de Atabalipa, y las maldades y traiciones que fraguó en daño de los Españoles de servicio de S. M. Toda la gente de la tierra se alegró infinito de su muerte, porque era muy aborrecido de todos por conocer lo cruel que era.

XI

Visítalos un hijo del cacique Guainacaba (Huayna Cápac) con el cual conciertan amistad y les hace saber los movimientos del ejército de los Indios enemigos con el que tienen algunos encuentros antes de entrar en el Cuzco, donde ponen por señor al hijo de Guainacaba.

Aquí reposaron los Españoles aquella noche habiendo puesto buenas guardias en el campo por haberse entendido que Quizquiz estaba cerca con toda la gente: y a la mañana siguiente vino a visitar al Gobernador un hijo de Guainacaba hermano del cacique muerto*, el mayor y más principal señor que había entonces en aquella tierra, que había andado siempre fugitivo porque no lo mataran los de Quito. Este dijo al Gobernador que lo ayudaría en todo lo que pudiera para echar fuera de la tierra a todos los de Quito por ser sus enemigos y que lo odiaban y no querían estar sujetos a gente forastera. Este era al que de derecho venía aquella provincia, y al que todos los caciques de ella querían por señor. Cuando vino a ver al Gobernador vino por los montes extraviando caminos, por temor de los de Quito, y *el Gobernador* recibió gran con-

* Manco Inca Yupanqui , quien será elegido nuevo Inca, como veremos en páginas siguientes. (Nota de J. M^a. G. O.)

tento de su venida y le respondió: “mucho me place lo que me dices y hallarte con tan buena disposición para echar fuera esta gente de Quito, y has de saber que yo no he venido de Xauxa para otro efecto sino para impedir que ellos te hicieran daño, y librarle de su esclavitud, y puedes creer que yo no vengo para provecho mío, porque estaba yo en Xauxa seguro de tener guerra con ellos, y era escusado el trabajo de hacer tan larga y difícil jornada pero sabiendo los agravios que te hacían quise venir a remediarlos y desfacerlos, como me lo mandaba el Emperador mi señor. Y así puedes estar seguro de que haré en favor tuyo todo lo que me parezca conveniente, y también para libertar de esta tiranía a los del Cuzco.” Estas grandes promesas le hizo y dijo el Gobernador para tenerlo grato, y para que de continuo le diera noticia de cómo andaban las cosas, y aquel cacique quedó maravillosamente satisfecho y lo mismo todos los que con él habían venido. Y respondióle, “de aquí en adelante te daré cabal noticia de todo lo que hagan los de Quito para que no puedan incomodarte;” y de este modo se partió de él y dijo: “iba yo a pescar porque sé que mañana no comen carne los cristianos, y me encontré con este mensajero que me dice que Quizquiz con su gente de guerra va a quemar el Cuzco y que está ya cerca, y he querido avisártelo para que pongas remedio.” El Gobernador hizo luego poner toda la gente a punto, y aunque era ya hora del mediodía, conocida la necesidad no quiso detenerse a comer, sino que caminó con todos los Españoles en derechura la vuelta del Cuzco, que estaba a cuatro leguas de aquel lugar con intención de asentar su campo cerca de la ciudad para en-

trar en ella a otro día temprano: y andadas dos leguas vio a lo lejos levantarse una grande humareda, y preguntada la causa a unos Indios dijeron que era un escuadrón de los de Quizquiz que había bajado del monte y le había prendido fuego. Dos capitanes se adelantaron con unos cuarenta caballos para ver de alcanzar este escuadrón, el cual con presteza se juntó con los de Quizquiz y de los otros capitanes que estaban en una cuesta una legua antes de llegar al Cuzco aguardando a los cristianos en un paso en medio del camino. Vistos por los capitanes y Españoles no pudieron evitar el encuentro con ellos, aunque el Gobernador les había hecho entender que esperaran a los otros para juntarse con ellos, lo que habrían hecho si no fuera porque los Indios se movieron con mucho ánimo a encontrarlos. Y antes de ser acometidos les cayeron encima en la falda de un cerro y en breve espacio los rompieron haciéndolos huir al monte y matándoles doscientos. Otra escuadra de gente de a caballo traspuso por otra cuesta del monte en donde estaban de dos a tres mil Indios, los que no teniendo ánimo para esperarlos, dejadas las lanzas que llevaban para poder mejor correr, echaron a huir. Y después que los primeros rompieron y desbarataron aquellos dos escuadrones y los hicieron huir a lo alto, habiendo dos caballos ligeros españoles visto ciertos Indios que de nuevo volvían abajo, se pusieron a escaramuzar con ellos y se vieron en gran peligro, sino que fueron socorridos, y a uno le mataron el caballo, de lo que tomaron tanto ánimo los Indios que hirieron cuatro o cinco caballos y un cristiano, y los hicieron retirar hasta el llano. Los Indios como no habían vis-

to hasta entonces huir a los cristianos, pensaron que lo hacían con arte para atraerlos al llano, y después acometerlos como lo hicieron en Bilcas, y entre ellos mismos lo decían, y por esta causa estuvieron sobre sí y no quisieron bajar abajo y seguirlos. En esto había llegado el Gobernador con los Españoles, y por ser ya tarde asentaron el campo en un llano, y los Indios se mantuvieron sobre el monte hasta la media noche a un tiro de arcabuz, dando gritos, y los Españoles estuvieron toda la noche con los caballos ensillados y enfrenados; y a otro día al rayar el alba el Gobernador ordenada la gente de a pie y de a caballo, tomó su camino para entrar en el Cuzco con buen concierto y sobre aviso creyendo que los enemigos vendrían a acometerle en el camino, pero no compareció ninguno. De este modo entró el Gobernador con su gente en aquella gran ciudad del Cuzco sin otra resistencia ni batalla, el viernes a la hora de misa mayor, a quince días del mes de Noviembre del año del nacimiento de nuestro Salvador y Redentor Jesucristo MDXXXIII. Hizo el Gobernador alojar a todos los cristianos en los aposentos que estaban alrededor de la plaza de la ciudad, y mandó que todos salieran a dormir con sus caballos a la plaza en sus toldos, hasta que pudiera verse si venían los enemigos y fue continuado y observado este orden por un mes continuo. El día siguiente el Gobernador hizo señor a aquel hijo de Guainacaba por ser joven prudente y vivo y el principal de cuantos había allí en aquel tiempo y a quien (como queda dicho) venía de derecho aquella señoría e hízolo tan presto para que los señores y caciques no se fueran a sus tierras, que eran de diversas provincias

y muy lejos unas de otras, y para que los naturales no se juntaran con los de Quito, sino que tuvieran un señor separado al que habían de reverenciar y obedecer y no se abanderizaran, y así mandó a todos los caciques que lo obedecieran por señor e hicieran todo lo que él les mandara.

XII

El nuevo cacique va con ejército para echar a Quizquiz del estado de Quito: tiene algunos encuentros con los Indios, y por la aspereza de los caminos se vuelven, y de nuevo van allá con ejército y compañía de Españoles, y antes que vayan, el cacique da la obediencia al Emperador.*

Hecho esto luego dio orden a este cacique nuevo de que se juntara mucha gente para ir a debelar a Quizquiz y echar a los de Quito fuera de la tierra, diciendo que no era cosa regular que siendo él Señor otro permaneciera en la tierra suya contra su voluntad, y otras palabras que sobre esto dijo el Gobernador en presencia de todos, para que vieran el favor que él le daba, y el afecto que le mostraba, y esto no por bien o provecho que pudiera resultar a los Españoles, sino por el suyo particular. El cacique recibió mucho contento de esta orden y en término de cuatro días juntó cinco mil Indios y más, todos bien a punto con sus armas, y el Gobernador mandó con ellos un capitán suyo con cincuenta de a caballo, y él se quedó guardando la ciudad con el resto de la gente. Pasados diez días volvió el capitán y contó al Gobernador lo que había sucedido, di-

* Debe ser un error de la traducción italiana. Lo concordante con el relato sería: *del estado de Cuzco*. (Nota de J. M^a. G. O.)

ciendo que al anochecer había llegado con la gente al real de Quizquiz a cinco leguas de allí, porque había ido rodeando por otro camino, por donde le había guiado el cacique; pero antes que llegara al real enemigo encontró por el camino doscientos Indios apostados en una hoya y que por ser la tierra áspera no pudo quitarles el fuerte y adelantárseles para que no pudieran dar aviso de su ida, como lo dieron. Mas aunque esta compañía estaba en lugar fuerte no se atrevió a esperarlo y se pasó de la otra parte de un puente que era imposible el pasarlo, porque desde un monte que lo dominaba, a donde los Indios se habían recogido, tiraban tantas piedras que a ninguno dejaban pasar, y por ser la tierra y el sitio de lo más áspero e inaccesible que se había visto, se volvieron atrás, y todavía dijo que había muerto doscientos Indios, y el cacique se alegró mucho de cuanto se había obrado, y al volver a la ciudad lo llevó por otro camino más corto, en el que halló el capitán por muchas partes gran cantidad de piedras amontonadas para defenderse de los cristianos, y halló entre otros pasos uno tan malo y difícil, que sufrió grandes trabajos con toda su gente y no se podía seguir adelante: donde bien se conoció que el cacique tenía amistad verdadera y no fingida con el Gobernador y los cristianos, porque los apartó de aquel camino en donde no habría escapado ningún Español. Dijo que después que se partió de la ciudad no anduvo un tiro de ballesta por tierra llana; que toda la tierra era montañosa, pedregosa y difícilísima de andar, y que si no hubiera sido porque era la primera vez que iba con el cacique y pudiera achacarlo a miedo, se hubiera vuelto para atrás. El

Gobernador hubiera querido que se siguiera a los enemigos hasta echarlos del lugar donde estaban; pero oída la aspereza del sitio quedó contento de lo que había hecho. El cacique dijo que él había mandado su gente al alcance de los enemigos, y que pensaba que les harían algún daño, y así dentro de cuatro días vino luego nueva de que les habían muerto mil Indios. El Gobernador encargó otra vez al cacique que hiciera juntar más gente, que él quería mandar con ella caballos suyos para que no parara hasta echar de la tierra a los enemigos. Vuelto el cacique de esta jornada se fue a ayunar a una casa que estaba en un monte, habitación que labró su padre en otro tiempo, donde estuvo tres días, y pasados vino a la plaza donde los hombres de aquella tierra le dieron obediencia según su usanza, reconociéndolo por su señor y ofreciéndole el plumaje blanco, según hicieron en Caxamalcha al cacique Atabalipa. Hecho esto hizo juntar todos los caciques y señores que había allí y habiéndoles hablado sobre el daño que hacían los de Quito en su tierra, y cuanto bien resultaría a todos de poner remedio les mandó que llamaran y aparejaran gente para ir contra ellos y echarlos del lugar en que se habían puesto, lo que hicieron al punto sus capitanes, y dieron traza de hacer gente en tan breve espacio, que en término de ocho días puso en aquella ciudad más de diez mil hombres de guerra, todos escogidos, y el Gobernador hizo alistar cincuenta caballos ligeros con un capitán para que salieran el último día de la pascua de Natividad. El Gobernador antes que se hiciera aquella jornada, queriendo asentar paz y amistad con aquel cacique y su gente, dicha la misa por el religioso el día

de Navidad, salió a la plaza con mucha gente de su compañía que hizo juntar, y en presencia del cacique y señores de la tierra y gente de guerra que estaba sentada junta con sus Españoles, el cacique en un escabel y su gente en el suelo alrededor suyo, el Gobernador les hizo un parlamento como en semejantes casos suele hacerse, y por mí su secretario y escribano del ejército les fue leída la demanda y requerimiento que S. M. había mandado se les hiciera, y su contenido les fue declarado por un intérprete, y lo entendieron bien y a todo respondieron. Requirióseles que fueran y se llamaran vasallos de S. M y el Gobernador les recibió en su amistad con la misma solemnidad con que se hizo la otra vez de alzar dos veces el estandarte real, y en señal de ello los abrazó el Gobernador con mucha alegría a son de trompetas, haciéndose otras solemnidades que aquí no se escriben por evitar prolijidad. Hecho esto se puso en pie el cacique y en un vaso de oro dio a beber por su mano al Gobernador y a los Españoles, y luego se fueron a comer por ser ya tarde.

XIII

Tienen sospecha de que el cacique quiere rebelarse: resulta infundada: van con él muchos Españoles con veinte mil Indios contra Quizquiz, y de lo que les acontece dan aviso al Gobernador por medio de una carta.

Y habiéndose de partir dentro de dos días el capitán español con los Indios y el cacique para ir contra los enemigos, no pudiendo durar siempre las cosas en un mismo ser por estar sujetas a las varias vicisitudes del mundo que cada día acontecen, fue informado el Gobernador por algunos Españoles e Indios amigos y aliados naturales de la tierra, de que se trataba y platicaba entre los principales del cacique de juntarse con la gente de Quito, y otras cosas de que lo acusaban: de lo que habida alguna sospecha y para tener entera certificación de que era fiel y verdadera la amistad del cacique a los cristianos que lo querían tanto, queriendo saber la verdad del hecho, a otro día llamado el cacique y otros principales a su aposento les dijo lo que se contaba de ellos, de lo cual hecha averiguación y dado tormento a algunos Indios resultaron el cacique y los principales sin culpa ninguna, y se certificó que ni en dicho ni en hecho se había tratado cosa alguna en daño de Españoles, pero sí que dos principales eran los que habían dicho que puesto

que sus antepasados no habían estado nunca sujetos a otro, no debían ellos ni el cacique someterse. *Pero* no obstante *esto*, por lo que se pudo comprender entonces y después, se conoció y creyó que siempre amaron a los Españoles y no fue fingida su amistad con ellos. No salió esta gente a su jornada, porque siendo el rigor del invierno y lloviendo todos los días mucho, se determinó dejar pasar la fuerza del agua, principalmente por haber muchos puentes maltratados y rotos que era preciso componer. Venido el tiempo en que cesaron las aguas, el Gobernador hizo poner en orden los cincuenta caballos con el cacique y la gente suya que tenía dispuesta para la jornada, los cuales con el capitán que él les dio se pusieron en marcha la vuelta de Xauxa para la ciudad de Bilcas, donde se tenía entendido que estaban los enemigos, y por estar los caminos cortados por las muchas lluvias del invierno y los ríos crecidos sin que hubiera puente alguno en muchos de ellos, los Españoles pasaron con sus caballos con mucho trabajo, y uno de ellos se ahogó. Llegados por sus jornadas al río que está a cuatro leguas de Bilcas, se entendió que los enemigos se iban la vuelta de Xauxa. y por estar el río crecido y furioso, y el puente quemado, hubieron de detenerse para hacerla de nuevo, porque sin él era imposible pasado, ni con sus barcos que llaman *balsas*, ni a nado ni de otra manera. Veinte días estuvo aquí el campo para reponer el puente, pues los maestros tuvieron mucho que hacer, porque la agua estaba crecida y desbarataba las crisnejas que se ponían: y si el cacique no tuviera aquí tanto número de gente para hacer este puente y para el pasar y tirar de las crisnejas,

no se habría podido hacer; pero habiendo veinte y cinco mil hombres de guerra, y volviendo probar una vez y otra, valiéndose de cuerdas y de balsas, al cabo pasaron las crisnejas, y pasadas hicieron luego en breve espacio el puente; tan bueno y tan bien hecho, que otro semejante y tan grande no se halla en aquella tierra, que es de trescientos sesenta y tantos pies de largo, y de ancho podían pasar dos caballos a un tiempo sin riesgo alguno. Pues pasado aquel puente y llegados a Bilcas, los Españoles se aposentaron en la ciudad, desde donde dieron cuenta al Gobernador de cómo andaban las cosas. Aquí estuvo asentado el campo descansando algunos días para tener noticia del lugar en que estaban los enemigos, que no lo sabían más particularmente sino que iban la vuelta de Xauxa, y que pensaban ir a dar en los Españoles que habían quedado allí de guarnición. Pues sabido esto se partió al punto el capitán con los Españoles en auxilio suyo, llevándose consigo a un hermano del Cacique con cuatro mil hombres de guerra, y el cacique se volvió a la ciudad del Cuzco, y el capitán envió al Gobernador la carta que su lugarteniente escribía de Xauxa a gran prisa y era del tenor siguiente: “Cuando vuesa merced echó del Cuzco los enemigos se rehicieron y vinieron la vuelta de Xauxa y antes que llegaran se supo por los nuestros como venían con gran pujanza, porque de todos los lugares de la comarca sacaban la más gente que podían tanto para la guerra como para los mantenimientos y cargas, lo que sabido por el tesorero Alfonso envió cuatro caballos ligeros a un puente que está doce leguas de la ciudad de Xauxa, donde supieron que los enemigos estaban de

la otra parte en una provincia principal, de manera que vueltos a Xauxa puso el tesorero la mayor diligencia que pudo, así en la guarda de la ciudad y en el buen trato de los caciques que estaban dentro de la ciudad con él, como en informarse y entender sutilmente todos los pasos de los enemigos. Y la mayor sospecha que tenía era de los Indios que estaban dentro de la población, que eran en gran cantidad, y de los comarcanos, porque casi todos estaban de acuerdo con los enemigos para venir a atacar a los Españoles por cuatro partes. Con este acuerdo, los Indios de Quito pasaron con intento de que un capitán con quinientos de ellos viniera de la parte de un monte y pasaran el río que dista un cuarto de legua de la ciudad, y se pusiera en lo más alto del monte para asaltar la ciudad un día concertado entre ellos, y el capitán Quizquiz e Incurabaliba, que eran los principales capitanes, habían de venir por el llano con el mayor golpe de gente, lo que se supo pronto por medio de un Indio a quien se le dio tormento, de manera que el capitán que había de pasar el río y embestir la ciudad desde el monte caminó mucho y llegó un día antes que la demás gente: y una mañana al amanecer vino nueva a la ciudad como muchos enemigos habían pasado el puente, de que nació grande alteración entre los Indios naturales de Xauxa que servían lealmente a los cristianos, de donde se presumió que toda la tierra estaba alzada como se ha dicho. Proveyó principalmente el tesorero que todo el oro de S. M. y de los compañeros que entonces había en la ciudad se pudiese en una gran casa donde hizo poner guardia de los Españoles más flacos y enfermos ordenando que

los demás estuviesen prevenidos para pelear, y mandó que diez caballos ligeros fueran a ver cuanta cantidad de enemigos era la que había pasado el río para tomar el monte, y él se quedó en la plaza con la demás gente esperando *por* si el mayor número de enemigos viniera por el llano. Los corredores españoles dieron en los Indios que habían pasado el puente los cuales se retiraron y los Españoles hubieron de pasar el puente tras ellos con algunos peones ballesteros que les había mandado el tesorero, de manera que los Indios se volvieron huyendo con mucho daño. El golpe más grande de los otros que venía por el llano no llegaron al tiempo que habían concertado con los otros para asaltar la ciudad, y por esperarlos andaban entreteniendo el tiempo. Esta noche y el día se estuvo con mucha vigilancia en la ciudad y estuvo siempre la gente armada con los caballos ensillados, todos juntos en la plaza, pensando que la noche siguiente vendrían los Indios a embestir la ciudad y a tratar de quemarla, como se decía que tenían intento de hacerla. Pasados los dos cuartos de la noche viendo que los enemigos no parecían tomó consigo el tesorero un caballo ligero y fue a ver en qué parte habían asentado el campo los Indios enemigos y cuánto se habían acercado a la ciudad, (porque los Indios que de esto daban aviso no sabían dónde estaban, y asimismo porque *los enemigos* tomaban los caminos para que nadie diera aviso), de manera que aclarando el día se halló *el tesorero* a cuatro leguas de la ciudad, y visto el lugar donde estaban los Indios y la calidad del sitio, se volvió a la ciudad a la que llegó después del mediodía. Visto por los Indios enemigos

que los Españoles los habían descubierto, y temiendo mucho, se alzaron de aquel sitio y se fueron la vuelta de la ciudad, y en la noche se vinieron a poner un cuarto de legua de ella a la orilla de un río pequeño que entraba en el grande. Sabido esto por los Españoles estuvieron aquella noche con mucho recaudo, y al día siguiente por la mañana después de oír misa tomó el tesorero veinte caballos ligeros y veinte peones con dos mil Indios amigos, dejando en la ciudad otros tantos Españoles de a caballo y otros tantos de a pie previniéndoles que cuando los enemigos los acometieran por la otra parte hicieran una señal que ellos la pudieran ver para que vinieran a socorrerlos. Salidos de la ciudad los Españoles con el lugarteniente, vieron que los Indios de Quito habían cruzado el río pequeño con sus escuadrones, en los que podría haber hasta seis mil de ellos, que viendo a los Españoles se retiraron y volvieron a pasar de la otra banda. Pues viendo el tesorero y los Españoles que si ellos no acometían a los enemigos aquel día, la noche siguiente vendrían a saquear y poner fuego a la ciudad, de manera que se tendría mayor trabajo si se aguardara la noche, determinó de pasar el río y pelear con los enemigos, donde se tuvo una brava escaramuza así de tiros de ballestas y arcos como de piedras, y al tesorero que iba delante de todos por el río abajo, le acertaron una en la coronilla de la cabeza que lo echó del caballo en medio del río, y atarantado se lo llevó el agua un gran tiro de piedra, de suerte que se hubiera ahogado si no lo hubieran socorrido unos ballesteros Españoles que allí estaban, que lo sacaron con mucho trabajo. Dieron asimismo a su

caballo una pedrada en una pierna que se la rompieron, y murió luego. En esto cobraron grande ánimo los Españoles y apretaron para pasar el río, y viendo los Indios su determinación se retiraron huyendo a un monte agro, donde murieron unos ciento. Los caballos los siguieron más de legua y media por el monte; y porque se habían recogido a los más fuerte del monte a donde los caballos no podían subir, se retiraron a la ciudad. Y visto luego que los enemigos no salían de aquella fortaleza del monte, se determinaron a volver de nuevo contra ellos, y salieron la vuelta de ellos veinte Españoles con más de tres mil Indios amigos, y los acometieron en aquel monte, donde estaban fortalecidos y mataron muchos, echándolos de aquella fortaleza y persiguiéndolos más de tres leguas con muerte de muchos caciques comarcanos que estaban a favor suyo; con cuya victoria quedaron tan contentos los Indios amigos como si ellos solos la hubieran alcanzado. Los Indios de Quito se volvieron a juntar otra vez en un sitio que se llama Tarma distante cinco leguas de Xauxa, de donde asimismo fueron echados, porque hacían mucho daño en las tierras vecinas.”

XIV

De la gran cantidad de oro y plata que hicieron fundir y de las figuras de oro que adoraban los Indios. De la fundación de la ciudad del Cuzco, donde se hizo población de Españoles, y del orden que en ella pusieron.

Sabidas estas buenas nuevas por el Gobernador las hizo publicar inmediatamente, de lo que todos los Españoles hubieron sumo contento y dieron infinitas gracias a Dios de que se les hubiera mostrado en todo y por todo tan favorable a esta empresa. Luego escribió el Gobernador y envió correos a la ciudad de Xauxa dando a todos la enhorabuena y agradeciéndoles el valor mostrado, y en particular a su lugarteniente, diciéndole que de todo lo que le sucediera en adelante le diera asimismo aviso. En el entretanto se dio mucha prisa el Gobernador en partirse de allí, dejando proveídas las cosas en la ciudad, fundando colonia y poblando copiosamente la dicha ciudad. Hizo fundir todo el oro que se había recogido, que estaba en pedazos, lo que hicieron en breve los Indios prácticos en el oficio. Y se pesó la suma de todo y se hallaron quinientos ochenta mil doscientos y tantos pesos de buen oro. Se sacó el quinto de S. M. que fueron ciento diez y seis mil cuatrocientos sesenta y tantos pesos de buen oro. Y de la plata se hizo la misma fundición,

y pesada en junto se hallaron ser doscientos quince mil marcos, poco más o menos, y de ellos ciento setenta mil y tantos eran de plata buena en vajilla y planchas limpias y buenas, y el resto no era así porque estaba en planchas y piezas mezcladas con otros metales conforme se sacaba de la mina. Y de todo esto se sacó asimismo el quinto de S. M. Verdaderamente era cosa digna de verse esta casa donde se fundía llena de tanto oro en planchas de ocho y diez libras cada una, y en vajilla; ollas y piezas de diversas figuras con que se servían aquellos señores, y entre otras cosas singulares eran muy de ver cuatro carneros de oro fino muy grandes, y diez o doce figuras de mujer, del tamaño de las mujeres de aquella tierra, todas de oro fino, tan hermosas y bien hechas como si estuvieran vivas. Estas las tenían ellos en tanta veneración como si fueran señoras de todo el mundo, y vivas, y las vestían de ropas hermosas y finísimas, y las adoraban por Diosas, y les daban de comer y hablaban con ellas como si fueran mujeres de carne. Estas entraron en el quinto de S.M. Había además otras de plata de la misma hechura: y el ver los grandes vasos y piezas de aquella plata bruñida era cierto cosa de gran contento. Todo este tesoro lo dividió y repartió el Gobernador entre los Españoles que fueron al Cuzco y los que se quedaron en la ciudad de Xauxa, dando a cada uno tanto de plata buena y tanto de mala con tantos pesos de oro bueno, y al que tenía caballo la parte conforme a su mérito y al de su caballo, y a los servicios que tenía hechos; y a los peones lo mismo respectivamente según que se encontraba apuntado por su orden en el libro de las reparticiones que se hizo. Todo esto se acabó de

hacer en ocho días y al cabo de otros tantos partió de aquí el Gobernador dejando poblada la ciudad del modo que se ha dicho. En el mes de Marzo de 1534 ordenó el Gobernador que se reunieran en esta ciudad la mayor parte de los Españoles que tenía consigo e hizo una acta de fundación y formación del pueblo, diciendo que lo asentaba y fundaba en su mismo ser, y tomó posesión de él en medio de la plaza, y en señal de fundar y comenzar a edificar el pueblo y colonia, hizo ciertas ceremonias, según se contiene en la acta que se hizo, la que yo el escribano leí en voz alta a presencia de todos: y se puso el nombre a la ciudad “la muy noble y gran ciudad del CUZCO,” y continuando la población dispuso la casa para la iglesia que había de hacerse en la dicha ciudad, *sus* términos, límites y jurisdicción, y en seguida echó bando *diciendo* que podían venir a poblar aquí y serían recibidos por vecinos los que quisieran poblar, y vinieron muchos en tres años²⁴. De entre todos se escogieron las personas más hábiles para encargarse del gobierno de las cosas públicas y nombró su lugarteniente, alcaldes y regidores ordinarios, y otros oficiales públicos, los cuales eligió y nombró en nombre de su magestad, y les dio poder para ejercer sus oficios. Esto hizo el Gobernador con acuerdo y consejo del religioso que traía consigo y del contador de S. M. que estaba entonces con él, con parecer de los cuales, vistas y consideradas las personas de los vecinos, hasta tanto que S. M. dispu-

24. “*Che vi concorsero assai in tre anni*” dice el original, lo que solo puede traducirse como lo he hecho arriba. Pero como cuando el secretario escribió su relación no habían pasado tales tres años desde la fundación del Cuzco, sino tan solo cuatro meses, es preciso suponer que el traductor italiano no entendió bien su original, o que esta fue una intercalación hecha posteriormente.

siera lo que se había de hacer en el repartimiento de los naturales, en el intermedio fue señalada a todos una cierta parte y cantidad encomendando un número de ellos a los Españoles que se quedaran para que los enseñaran y doctrinaran en las cosas de nuestra santa fe católica. Y fueron repartidos y dados en servido de S. M. doce mil y tantos Indios casados (*mari-tati*) en la provincia del Collao, al medio de ella cerca de las minas, para que sacaran oro para S. . M. de lo que se entiende que le vendrá grandísimo provecho, considerada la riqueza de las minas que en ella hay, de las cuales cosas se hace larga mención en el libro de la fundación de esta colonia y en el registro del depósito que se hizo de los Indios comarcanos; dejando a la voluntad de S. M. el aprobar, confirmar o enmendar estas cosas según que le parezca convenir mejor a su real servicio.

XV

Parte el Gobernador con el cacique para Xauxa, y tienen nueva del ejército de Quito y de ciertas naves que vieron en aquellas costas unos Españoles que fueron a la ciudad de San Miguel.

Hechas estas provisiones se partió el Gobernador para Xauxa llevándose consigo al cacique, y los vecinos quedaron guardando la ciudad, con ordenanzas que les dejó el Gobernador para que por ellas se gobernarán hasta tanto que él mandara otra cosa y caminando por sus jornadas, el día de pascua vino a hallarse sobre el río de Bilcas, donde supo por cartas y noticias de Xauxa que la gente de guerra de Quito después que fue rota y echada de aquellos lugares últimos por el capitán del Cuzco, se había retirado y fortificado a cuarenta leguas de Xauxa camino de Caxamalcha en un mal paso en medio del camino, y habían hecho sus cercas para estorbar el paso a los caballos con unas puertas en ellas muy angostas y una calle para subir a una piedra alta donde el capitán habitaba con la gente, que no tenía paso ninguno sino por esta parte donde habían hecho esta fuerza con estas puertas tan angostas, y que se pensaba que aquí esperaran socorro porque se tenía nueva de que el hijo de Atabalipa venía con mucha gente. Este aviso comunicó el Gobernador

al cacique el cual despachó al punto correos a la ciudad del Cuzco para hacer venir gente de guerra, que no pasaran de dos mil, pero los mejores de toda la provincia, porque el Gobernador le dijo que era mejor que fueran pocos y buenos, que muchos e inservibles, porque los muchos destruirían las comidas de las tierras por donde pasaran, sin necesidad ni provecho. Escribió asimismo el Gobernador al lugarteniente y corregidor del Cuzco que favoreciera a los capitanes del cacique e hiciera diligencia de que la gente viniera pronto. Partió de este lugar el Gobernador el segundo día de pascua y por sus jornadas llegó a Xauxa donde supo por entero lo que allí había pasado en su ausencia, y en especial lo que habían hecho los de Quito, y señaladamente le dijeron que después que los enemigos fueron ahuyentados de los alrededores de Xauxa, se habían retirado veinte o treinta leguas de allí en un monte, y que conforme el capitán que salió contra ellos con el hermano del cacique y cuatro mil hombres llegaron a la vista de ellos, después de descansar unos días fueron a acometerlos y los desbarataron y echaron de aquel sitio con mucho trabajo y peligro grande. Vueltos a Xauxa, el Mariscal D. Diego de Almagro, que cuando el capitán y Españoles vinieron del Cuzco había venido con ellos por orden del Gobernador a visitar los Indios comarcanos para ver y saber el estado en que estaban las cosas de aquella ciudad y de sus vecinos, salió a visitar los caciques y señores de la comarca de Chíncha y Pachacama, y los otros que tienen sus tierras y viven en las costas del mar. En tal estado halló las cosas el Gobernador cuando llegó a Xauxa, y descansando del largo viaje sin proveer nada en los

primeros días en cosa alguna, esperaba los Indios para ir a echar a los enemigos del fuerte que habían tomado y acabar con ellos, cuando le llegó uno de dos mensajeros españoles que habían ido a la ciudad de San Miguel para ver como estaban las cosas de ella, el cual le dijo de esta manera: “Señor: partido que hube de aquí por orden del Mariscal me puse a caminar con gran diligencia por los llanos y la orilla del mar no con poco trabajo, porque muchos caciques de los que hay por el camino estaban alzados: pero algunos que eran amigos nos proveyeron de lo que necesitábamos y ellos nos informaron que por la costa del mar se habían visto cuatro navíos, los que yo vi un día, y considerando que yo era enviado a la ciudad de San Miguel para saber si habían llegado navíos del Adelantado Alvarado o de otros, anduve nueve días y nueve noches por la costa algunas veces a la vista de ellos, creyendo tomarían puerto y entendería así quiénes eran; pero con toda esta diligencia y trabajo no pude conseguir lo que quería, por lo que me puse a seguir mi viaje a la ciudad de San Miguel, y pasando del otro lado del río grande fui informado por los Indios de la tierra de que venían cristianos por aquel camino, y pensando yo que sin duda sería gente del Adelantado Alvarado, anduvimos mi compañero y yo sobre aviso para no encontrarnos con ellos de improviso; y llegados cerca de Motupe supe que andaban cerca de aquella tierra y esperé que viniera la noche, y al despuntar el día envié a mi compañero a hablar con ellos y a ver qué gente fuera, y le dí ciertas señales para que avisara, y finalmente supe ser gente que venía a la conquista de estos reinos: por lo que me fui a ellos y les hablé largo diciéndoles la

embajada que llevaba y ellos en retorno me informaron diciéndome haber venido a la ciudad de San Miguel en ciertos navíos de Panamá, y eran en número de doscientos cincuenta. Llegados a San Miguel, el capitán que estaba en aquella ciudad con los doscientos, de ellos setenta de a caballo, se había ido a las provincias de Quito para conquistarlas, y ellos que serían hasta treinta personas con sus caballos sabiendo las conquistas que se hacían en el Cuzco y la falta que había de gente no quisieron ir con el capitán a aquellas provincias de Quito, y así se venían para Xauxa, y les dieron noticia de todo lo sucedido aquí, y de la guerra que se había tenido con los Indios de Quito; y para traer más presto las nuevas de lo sucedido allá, me volví desde aquel lugar sin ir a la ciudad de San Miguel, sabiendo de cierto ser ya partido el capitán con su gente y que ya iba cerca de Cossibamba. Volviendo por mi camino la pascua pasada encontré al Mariscal D. Diego de Almagro cerca de la tierra de Cena que es donde se aparta el camino de Caxamalca al que conté como pasaban las cosas, y como el capitán que iba a Quito sospechaban algunos que no iba con buenas intenciones. El Mariscal, oído esto se partió al punto para alcanzar al capitán que llevaba esta gente a la jornada de Quito, para detenerlo hasta tanto que proveyeran juntos a las necesidades de esta guerra. Pues esto es, señor, lo que me ha sucedido en este viaje durante el cual procuré de tener noticia de aquellos navíos *pero* no pude saber de ellos otra cosa. De Alvarado nada se sabe, sino que se piensa que haya desembarcado ya en esta costa del mar o haya pasado más adelante según lo que las cartas me dicen.”

XVI

Labran en la ciudad de Xauxa una iglesia, y mandan tres mil Indios con algunos Españoles contra los Indios enemigos. Tienen nueva de la llegada de muchos Españoles y caballos, por lo cual mandan gente a la provincia de Quito. Relación de la calidad y gente de la tierra de Tumbes hasta Chíncha, y de la provincia Collao y Condisuyo.

El Gobernador recibió este mensajero, leyó las cartas que traía y le preguntó otras muchas cosas; y para proveer lo que le parecía conveniente en este negocio llamó a todos los oficiales de S. M. y habiéndose tratado de la ida de aquel capitán a Quito, y como el Mariscal ya se habría abocado con él según la nueva traída por aquel mensajero, se acordó que él mandara un lugarteniente suyo con poder bastante para aquella jornada, y escritas sus cartas a la ciudad de San Miguel y al Mariscal diciéndoles lo que se había de hacer, despachó con ellas tres cristianos para que fueran con más presteza y más seguras, mandándoles que se dieran prisa en el camino y de continuo fueran avisando lo que supieran. Provedo esto ordenó el lugar y sitio donde se había de levantar la iglesia en aquella ciudad de Xauxa; la cual mandó que hicieran los caciques de la comarca, y fue edificada con sus gradas y puertas de piedra. En

este intermedio llegaron como cuatro mil Indios de guerra de la ciudad del Cuzco de los que el cacique había mandado llamar, y el Gobernador hizo alistar cincuenta españoles de a caballo y treinta peones para ir a echar a los enemigos del paso donde estaban, y se partieron con el cacique y su gente, el cual cada vez quería más a los Españoles²⁵. Mandó el Gobernador al capitán de estos Españoles que persiguiera a los enemigos hasta Guanaco o más allá conforme lo creyera necesario, y que de todo le avisara de continuo por cartas y mensajeros. Después de esto vinieron al Gobernador nuevas de los navíos, la vigilia de pascua de Espíritu Santo, y asimismo recibió carta de San Miguel que le trajeron dos Españoles, y supo como los navíos por el mal tiempo se habían quedado a sesenta leguas de Paccacama sin poder pasar adelante, y que el Adelantado Alvarado había arribado a Puerto Viejo hacia ya tres meses con cuatrocientos hombres y ciento cincuenta de a caballo, y que con ellos se entraba la tierra adentro la vuelta de Quito, creyéndose que llegaría allá al tiempo que el Mariscal D. Diego entrara en aquellas provincias por otro lado. Por todos estos avisos de la justicia y regimiento de la ciudad de San Miguel, y de otras partes entró en cuidado el Gobernador, y para poner remedio con acuerdo de los oficiales envió a sus mensajeros por mar en un bergantín, con los cuales mandó poderes el Mariscal para que en nombre de S. M. con la gente que llevaba y con la demás que ya estaría a punto en la ciudad de San Miguel, a la cual manda-

25. *Il quale tuttauia piu veniua ponendo amore á gli Spagnuoli*

ba que le diera ayuda, conquistara, pacificara y poblara aquellas provincias de Quito. Proveyó asimismo otras cosas sobre esto, para que el *Adelantado* Alvarado no hiciera daño en la tierra, porque así lo deseaba S. M., y asimismo determinó que a la venida de los navíos se mandara a S. M. razón de todo lo sucedido hasta aquella hora en esta empresa para que sea de todo informado, y pueda proveer en todo lo que tenga por más cumplidero a su real servicio. En este estado están las cosas de la guerra, y lo demás obrado en esta tierra: y de la calidad de ella se dirá brevemente porque de Caxamalca se mandó relación de ello. Esta tierra desde la ciudad de Tumbes hasta Chíncha tendrá diez leguas en la costa del mar, en partes más y en partes menos; es tierra llana y arenosa, no nace en ella yerba, ni llueve sino poco; es tierra fértil de maíz y frutas porque siembran y riegan las heredades con agua de los ríos que bajan de los montes. Las casas que habitan los labradores son de juncos y ramas, porque cuando no llueve hace gran calor, y pocas casas tienen techos. Es gente ruin, y muchos son ciegos por la mucha arena que hay. Son pobres de oro y de plata, que lo que tienen es porque se lo cambian por mercadurías los que viven en las sierras. Toda la tierra cercana al mar es de esta manera hasta Chíncha y también cincuenta leguas más adelante. Se visten de algodón (*bambaso*) y comen maíz cocido y crudo y la carne medio cruda. Al fin de los llanos que se llaman Ingres hay unas sierras altísimas que duran desde la ciudad de San Miguel hasta Xauxa, que bien podrán ser ciento cincuenta leguas de largo, pero tienen poca anchura. Es

tierra muy alta y fuerte de montes y de muchos ríos: no hay selvas sino algunos árboles donde siempre hay muy gran niebla. Es muy fría porque hay una sierra nevada que dura casi desde Caxamalca a Xauxa, donde hay nieve todo el año. La gente que allí vive es más racional que la otra, porque es muy pulida y guerrera y de buena disposición. Estos son muy ricos de oro y de plata porque lo sacan de muchas partes de la sierra. Ningún señor de los que han gobernado estas provincias ha hecho nunca caso de la gente de la costa, por ser ruin y pobre como se ha dicho, que no se servían de ella sino *para traer* pescado y frutas, pues por ser de tierra caliente luego que van a aquellos lugares de sierras se enferman por la mayor parte, y lo mismo sucede a los que habitan las montañas, si bajan a la tierra caliente. Los que habitan de la otra parte de la tierra adentro tras de las cumbres, son como salvajes que no tienen casas, ni maíz sino poco; tienen grandísimas montañas y casi se mantienen de la fruta de los árboles: no tienen domicilio ni asiento conocido: hay grandísimos ríos, y es tierra tan inútil, que pagaba todo el tributo a los señores en plumas de papagayo. Por ser esta sierra la mayor de toda la tierra tan estrecha y angosta y por estar destruida con las guerras que ha habido, no se pueden fundar poblaciones de cristianos, si no es un pueblo muy apartado de otro. Desde la ciudad de Xauxa camino del Cuzco se va anchando la tierra apartándose del mar; y los señores que han sido del Cuzco teniendo su estancia y residencia en el Cuzco, *a la tierra que quedaba* hacia Quito llamaban Canca-suetio, y la tierra adelante que se llama Collao, Co-

llasuyo, y a la parte del mar, Condisuyo, y a la tierra dentro Candasuyo²⁶: y de este modo ponían nombres a estas cuatro provincias hechas a guisa de cruz donde se encerraba su señorío. En el Collao no se tiene noticia del mar y es tierra llana a lo que se ha visto, y grande y muy fría, y hay en ella muchos ríos de que se saca oro. Dicen los Indios que hay en ella una laguna grande de agua dulce*, y en medio tiene dos islas. Para saber el estado de esta tierra y su gobierno mandó el Gobernador dos cristianos que le trajesen de ello larga información, los que partieron a principios de Diciembre. La parte de Condisuyo hacia el mar en derecho del Cuzco, es tierra pequeña y muy deleitable, aunque es toda de montañas y piedras y la parte de tierra adentro es lo mismo: corren por ella todos los ríos que no van a dar al mar de poniente: es tierra de muchos árboles y montes está muy poco poblada. Esta sierra corre desde Tumbes hasta Xauxa, y desde Xauxa hasta la ciudad del Cuzco: es pedregosa y áspera, que si no hubiera caminos hechos a mano no se podría andar a pie cuanto menos a caballo, por lo que había muchas casas llenas de materiales para hacer el piso, y en esto tenían tanto empeño los señores que no faltaba sino hacerlo²⁷. Todas

26 Según Garcilaso, (*Comentarios Reales*, Parte 1, lib. 2, cap. 11.) el imperio peruano estaba dividido en cuatro partes, considerándose el Cuzco como el centro. A la parte del norte llamaban *Chinchasuyu*; a la del sur; *Coyasuyu*; a la parte de occidente, *Cuntisuyu*; y a la de oriente *Antisuyu*.

* El lago Titicaca, a cuatro mil metros de altura, entre las actuales repúblicas de Perú y Bolivia (nota de J. M^a. G. O.)

27. El original; *che se la strada non fusse fatta manualmente, non vi si potrebbe andar pur á piedi quanto piu con cavalli, per il che haueua molte case piene di rame per immattonarla, & in questo tutti i signori haueuan tanto pensiero in farla que altro non vi mancana che farla immattonare*. Este pasaje está bastante oscuro y ha sido necesario traducirlo con términos generales.

las montañas agras están hechas a guisa de escalones de piedra, y de la otra parte el camino no tenía anchura por causa de unos montes que lo estrechaban de ambos lados y en uno habían hecho un espolón de piedra para que algún día no se cayese, y hay también otros lugares en que el camino tiene de ancho cuatro o cinco cuerpos de hombre, hecho y empedrado de piedra. Uno de los mayores trabajos que pasaron los conquistadores en esta tierra fue en estos caminos. Todos o la mayor parte de los pueblos de estas faldas de las sierras están y viven en colinas y montes altos: sus casas son de piedra y tierra: hay muchos aposentos en cada pueblo, y por el camino a cada legua o dos y más cerca, se encuentran los hechos para aposentar a los señores cuando salían a visitar la tierra, y de veinte en veinte leguas hay ciudades principales cabezas de provincia a donde los de las otras ciudades pequeñas traían sus tributos que pagaban así de maíz y ropas como de otras cosas. Todas estas ciudades grandes tienen pósitos llenos de las cosas que hay en la tierra y por ser muy fría se coge poco maíz, y este no se da sino en partes señaladas; pero en todas muchas legumbres y raíces con que las gentes se sustentan, y también buenas yerbas como las de España. Hay también nabos silvestres y amargos. Hay bastante ganado de ovejas que anda en rebaños con sus pastores que lo guardan apartado de las sementeras, y tienen cierta parte de la provincia donde inviernan. La gente, como se ha dicho es muy pulida y de razón, y andan todos vestidos y calzados: comen el maíz cocido y crudo, y beben mucha chicha que es un brebaje hecho de maíz a modo

de cerveza. Es gente muy tratable y muy obediente y belicosa: tienen muchas armas de diversas maneras como se refirió en la relación que fue de Caxamalca de la prisión de Atabalipa, según se dijo²⁸.

28. En este lugar se halla en la colección de Ramusio una vista de la ciudad del Cuzco, grabada en madera, que abraza dos páginas enteras. Es por supuesto un dibujo de capricho, y no ofrece interés ninguno.

XVII

Descripción de la ciudad del Cuzco y de su admirable fortaleza y de las costumbres de sus habitantes.

La ciudad del Cuzco por ser la principal de todas donde tenían su residencia los señores, es tan grande y tan hermosa que sería digna de verse aun en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre, y cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los caciques, aunque (*perche*) estos no habitaban en ella de continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y las otras tienen la mitad de la fachada de piedra; hay muchas casas de adobe, y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua revestido de piedra. La falta que tienen es el ser angostas, porque de un lado del caño solo puede andar un hombre a caballo, y otro del otro lado. Está colocada esta ciudad en lo alto de un monte y muchas casas hay en la ladera y otras abajo en el llano. La plaza es cuadrada y en su mayor parte llana, y empedrada de guijas: alrededor de ella hay cuatro casas de señores que son las principales de la ciudad, pintadas y labradas y de piedra, y la mejor de ellas es la casa de Guaynacaba (*Huayna Cápac*) cacique viejo, y la puerta es de már-

mol blanco y encarnado y de otros colores, y tiene otros edificios de azoteas, muy dignos de verse. Hay en la dicha ciudad otros muchos aposentos y grandezas: pasan por ambos lados dos ríos que nacen una legua más arriba del Cuzco y *desde allí* hasta que llegan a la ciudad y dos leguas más abajo, todos van enlosados para que el agua corra limpia y clara y aunque crezca no se desborde: tienen sus puentes por los que se entra a la ciudad. Sobre el cerro, que de la parte de la ciudad es redondo y muy áspero, hay una fortaleza de tierra y de piedra muy hermosa; con sus ventanas grandes que miran a la ciudad y la hacen parecer más hermosa. Hay dentro de ella muchos aposentos y una torre principal en medio hecha a modo de cubo, con cuatro o cinco cuerpos, uno encima de otro: los aposentos y estancias de adentro son pequeños, y las piedras de que esta hecha están muy bien labradas, y tan bien ajustadas unas con otras que no parece que tengan mezcla, y las piedras están tan lisas que parecen tablas acepilladas, con la trabazón en orden, al uso de España, una juntura en contra de otra. Tiene tantas estancias y torres que una persona no la podría ver toda en un día: y muchos Españoles que la han visto y han andado en Lombardia y en otros reinos extraños, dicen que no han visto otro edificio como esta fortaleza, ni castillo mas fuerte. Podrían estar dentro cinco mil Españoles: no se le puede dar batería, ni se puede minar, porque está colocada en una peña. De la parte de la ciudad que es un cerro muy áspero no hay más de una cerca: de la otra parte que es menos áspera hay tres, una más alta que otra, y la última de más adentro es la más alta de todas. La más linda cosa que

puede haberse de edificios en aquella tierra, son estas cercas, porque son de piedras tan grandes, que nadie que las vea, no dirá que hayan sido puestas allí por manos de hombres humanos, que son tan grandes como trozos de montañas y peñascos, que las hay de altura de treinta palmos, y otros tantos de largo, y otras de veinte y veinticinco, y otras de quince pero no hay ninguna de ellas tan pequeña que la puedan llevar tres carretas: estas no son piedras lisas, pero harto bien encajadas y trabadas unas con otras. Los Españoles que las ven dicen, que ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los Romanos, no son cosa tan digna de verse como esto. La ciudad de Tarragona tiene algunas obras en sus murallas hechas por este estilo, pero no tan fuertes ni de piedras tan grandes: estas cercas van dando vuelta, que si se les diera batería no se les podría dar de frente sino al sesgo de las de afuera²⁹. Estas cercas son de esta misma piedra, y entre muralla y muralla hay tierra y tanta que por encima pueden andar tres carretas juntas. Están hechas a modo de tres gradas, que la una comienza donde acaba la otra, y la otra donde acaba la otra. Toda esta fortaleza era un depósito de armas, porras, lanzas, arcos, flechas, hachas, rodela, jubones fuertes acojinados de algodón (*imbottiti*), y otras armas de diversas maneras, y vestidos para los soldados, recogidos aquí de todos los rumbos de la tierra sujeta a los señores del Cuzco. Tenían muchos colores, azules, amarillos y pardos (*berretini*) y muchos otros para

29. Esta descripción de la fortaleza está no poco oscura; pero nada tanto como esta última frase, que en el italiano dice así: *Questi gironi sono voltati, che se sigli dessi batteria non puo darsigli in piano, ma in sguincio de i gironi che escono in fuori.*

pintar; ropas, y mucho estaño y plomo, con otros metales, y mucha plata y algo de oro: muchas mantas y jubones acolchados para los hombres de guerra. La causa porqué esta fortaleza tiene tanto artificio, es, porque cuando se fundó la ciudad, que fue edificada por un señor orejón que vino de la parte de Condisuyo hacia el mar, grande hombre de guerra, conquistó esta tierra hasta Bilcas, y visto ser este el mejor lugar para fijar su domicilio, fundó aquella ciudad con su fortaleza; y todos los demás señores que le sucedieron después, hicieron algunas mejoras en esta fortaleza, con lo que siempre se fue aumentando y engrandeciendo. Desde esta fortaleza se ven entorno de la ciudad muchas casas a un cuarto de legua y media legua, y una legua y en el valle que está en medio rodeado de cerros hay más de cien mil casas, y muchas de ellas son de placer y recreo de los señores pasados y otras de los caciques de toda la tierra que residen de continuo en la ciudad: las otras son casas o almacenes llenos de mantas, lana, armas, metales y ropas, y de todas las cosas que se crían y fabrican en esta tierra. Hay casas donde se conservan los tributos que traen los vasallos a los caciques; y casa hay en que se guardan más de cien mil pájaros secos, porque de sus plumas que son de muchos colores se hacen vestiduras, y hay muchas casas para esto. Hay rodelas, adargas, vigas para cubrir las casas³⁰, cuchillos y otras herramientas: alpargatas y petos (*pettini*) para provisión de la gente de guerra, en tanta cantidad que no cabe en el juicio como han podido dar tan gran tributo de tan-

30. *Piastre di rame per copritura delle case.*

tas y tan diversas cosas. Cada señor difunto tiene aquí su casa de todo lo que le tributaron en vida, porque ningún señor que sucede (y esta es ley entre ellos) puede después de la muerte del pasado tomar posesión de su herencia. Cada uno tiene su vajilla de oro y de plata, y sus cosas y ropas aparte, y el que le sucede nada le quita. Los caciques y señores muertos mantienen sus casas de recreo con la correspondiente servidumbre de criados y mujeres, y les siembran sus campos de maíz, y se les pone un poco en sus sepulturas. Adoran al sol y le tienen hechos muchos templos, y de todas las cosas que tienen, así de ropas como de maíz y de otras cosas, ofrecen al sol, de lo que después se aprovecha la gente de guerra.

XVIII

De la provincia del Collao y de la calidad y costumbres de sus pueblos, y de las ricas minas de oro que aquí se encuentran.

Los dos cristianos que fueron enviados a ver la provincia del Collao tardaron cuarenta días en su viaje, y vueltos luego a la ciudad del Cuzco donde estaba el Gobernador, le dieron nueva y relación de todo lo que habían visto y entendido que es esto que aquí abajo se declara. La tierra del Collao está lejos y muy apartada del mar, tanto que los naturales que la habitan no tienen noticia de él: es sierra muy alta y medianamente llana y con todo eso es sumamente fría. No hay en ella bosques ni leña para quemar, y la que se usa se consigue a cambio de mercaderías con los que viven cerca del mar, llamados Ingres, y también con los que habitan abajo junto a los ríos, que estos tienen leña y se cambia por ovejas y otros animales y legumbres, pues por lo demás la tierra es estéril, que todos se mantienen con raíces, yerbas, maíz, y alguna vez carne; no porque en aquella provincia del Collao no haya una buena cantidad de ovejas, sino porque la gente está tan sujeta al señor quien debe prestar obediencia, que sin su licencia, o la del principal o gobernador que por su mandado

está en la tierra, no se mata una, puesto que ni aun los señores y caciques se atreven a matar ninguna sin tal licencia. La tierra está bien poblada, porque no la han destruido las guerras como a las otras provincias: sus pueblos son de regular tamaño, y las casas pequeñas, con sus paredes de piedra y adobe mezclado, cubiertas de paja. La yerba que nace en esta tierra, es corta y rala. Hay algunos ríos, aunque de poco caudal: en medio de la provincia hay una gran laguna de grandor de casi cien leguas: y la tierra más poblada es alrededor de la laguna. En el medio de ella hay dos isletas pequeñas, y en una hay una mezquita y casa del sol que es tenida en gran veneración, y a ella van a hacer sus ofrendas y sacrificios en una gran piedra que está en la isla que llaman Tichicasa³¹, en donde, o porque el diablo se esconde allí y les habla, o por costumbre antigua como es, o por otra causa que no se ha aclarado nunca, la tienen todos los de aquella provincia en grande estima, y le ofrecen oro, plata y otras cosas. Hay más de seiscientos Indios sirviendo en este lugar, y más de mil mujeres que hacen chicha para echarla sobre aquella piedra Tichicasa. Las ricas minas de aquella provincia del Collao están mas allá de este lago que se llama Chuchiabo. Están las minas en la caja (*chiusa*) de un río a la mitad de la altura, hechas a modo de cuevas, a cuya boca entran a escarbar la tierra y la escarban con cuernos de ciervo y la sacan fuera con ciertos cueros cosidos en forma de sacos o de odres de pieles de oveja. El modo con que la lavan es que sacan

31. Titicaca.

del mismo río una...³² de agua, y en la orilla tienen puestas ciertas losas muy lisas, sobre las cuales echan la tierra y echada sacan por una canaleja el agua de la... que viene a caer encima y el agua se lleva poco a poco la tierra, y se queda el oro en las mismas losas y de esta suerte lo recogen. Las minas entran mucho dentro de la tierra, unas diez brazas, y otras veinte: y la mina mayor que se llama de Guarnacabo entra cuarenta brazas. No tiene luz ninguna, ni más anchura que para que pueda entrar una persona agachada, y hasta que este no sale no puede entrar ningún otro. Las gentes que aquí sacan oro podrán ser hasta cincuenta³³ entre hombres y mujeres, y estos son de toda esta tierra, de un cacique veinte, y de otro cincuenta, y de otro treinta; y de otros más o menos, según que tienen, y lo sacan para el señor principal, y en ello tienen puesto tanto resguardo que de ningún modo pueden robarse cosa alguna de lo que sacan, porque alrededor de las minas tienen puestas guardas para que ninguno de los que sacan oro pueda salir sin que lo vean, y por la noche cuando vuelven a sus casas al pueblo entran por una puerta donde están los mayordomos que tienen a su cargo el oro, y de cada persona reciben el oro que ha sacado. Hay otras minas adelante de éstas, y otras hay esparcidas por toda la tierra a manera de pozos profundos como de la altura de un hombre, en cuan-

32. El original *una seriola*, palabra con cuyo significado no he podido acertar, y que se encuentra repetida un poco más abajo. El modo que tenían los Indios de lavar la tierra de las minas para apartar el oro, puede verse en Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias*, Parte 1, libro 6, cap.8.

33. Así el original; pero es errata porque desde luego se advierte que debe de ser mucho mayor el número.

to pueda el de abajo dar la tierra al de arriba; y cuando los cavan tanto que ya el de arriba no puede alcanzarla, lo dejan así, y se van a hacer otros pozos. Pero las más ricas y de donde se saca más oro son las primeras que no tienen el gravamen de lavar la tierra; y por causa del río no lo sacan de aquellas minas³⁴, sino cuatro meses del año desde la hora de mediodía hasta cerca de ponerse el sol. La gente es muy doméstica y tan acostumbrada a servir, que todas las cosas que se han de hacer en la tierra las hacen ellos mismos, así de caminos como de casas que el señor principal les mande hacer, y continuamente se ofrecen a trabajar y llevar las cargas de la gente de guerra cuando el señor va a algún lugar. Los Españoles sacaron de aquellas minas una carga de tierra y la trajeron al Cuzco sin hacer otra cosa, la cual fue lavada por mano del Gobernador, habiendo tomado antes juramento a los Españoles de si habían puesto en ella oro, o si habían hecho otra cosa que sacarla de la mina como la sacaban los Indios que la lavaban, y lavada se sacaron de ella tres pesos de oro. Todos los que entienden de minas y de sacar oro, in-

34. He aquí otro pasaje bastante oscuro: *Peró le pui riebe... sono le prime che non hanno caricho de lavar la terra & per rispetto del freddo & delle mine que vi é non lo cauano &.*

Fernández de Oviedo, (*Historia General*, Parte 1, libro. 6, cap. 8) Acosta, (*Historia Natural y Moral de las Indias.*, lib. 4, cap. 4) y Garcilaso, (*Comentarios Reales*, Parte 1, libro. 8, cap. 24,) distinguen tres clases de minas de oro. En la primera se cuentan las que producen el oro puro en granos bastante gruesos para que se puedan recoger sin más operación, Estas serán acaso las que dice el secretario Sancho que son las más ricas, aunque él no ha hablado de ellas antes. En la segunda clase se comprenden las que producen el oro en polvo o en granos muy pequeños mezclados en tierra, la que es preciso separar por medio del lavado, y estas son las que menciona Sancho. La tercera clase de minas, de que no habla éste, son las que dan el oro mezclado con piedras y otros metales, como se halla comúnmente la plata; las cuales minas aunque eran a veces muy ricas dejaban de beneficiarse por los gastos que ocasionaba el laboreo.

formados del modo con que lo sacan los naturales de esta tierra, dicen ser toda la tierra y los campos minas de oro, que si los Españoles dieran herramientas e industria a los Indios del modo con que se ha de sacar, se sacaría mucho oro, y se cree que llegado este tiempo no habrá año que no se saque de aquí un millón en oro. La gente de esta provincia, así hombres como mujeres, es muy sucia y la provincia es muy grande, y todos tienen grandes manos. (*mane.*)

XIX

En cuanta veneración tenían los Indios a Guarnacaba (Huayna Cápac) cuando vivo, y lo tienen ahora después de muerto: y como por la desunión de los Indios entraron los Españoles en el Cuzco, y de la fidelidad del nuevo cacique Guarnacaba a los cristianos.

La ciudad del Cuzco es la cabeza y provincia principal de todas las otras, y desde aquí hasta la playa de San Mateo y de la otra parte más allá de la provincia del Collao, que toda es tierra de caribes flecheros, todo está rendido y sujeto a un solo señor que fue Atabalipa, y antes de él a los otros señores pasados, y al presente es señor de todo este hijo de Guarnacaba. Este Guarnacaba que fue tan nombrado y temido, y lo es hasta hoy día así muerto como está, fue muy amado de sus vasallos, sujetó grandes provincias y las hizo sus tributarias: fue muy obedecido y casi adorado, y su cuerpo está en la ciudad del Cuzco, muy entero, envuelto en ricos paños y solamente le falta la punta de la nariz. Hay otras imágenes hechas de yeso o de barro las que solamente tienen los cabellos y uñas que se cortaba y los vestidos que se ponía en vida, y son tan veneradas entre aquellas gentes como si fueran sus dioses. Lo sacan con frecuencia a la plaza con músicas y danzas, y se están de día y de noche junto a él es-

pantándole las moscas. Cuando algunos señores principales vienen a ver al cacique, van primero a saludar a estas figuras y luego al cacique, y hacen con ellas tantas ceremonias, que sería gran prolijidad escribirlas. Se junta tanta gente a estas fiestas que se hacen en aquella plaza, que pasan de cien mil ánimas. Salió muy bien el haber hecho a este hijo de Guarnacaba, porque venían todos los caciques y señores de la tierra y provincias apartadas a servirle y a dar por respeto suyo la obediencia al Emperador. Los conquistadores pasaron grandes trabajos porque toda la tierra es *la más* montañosa y áspera que se puede andar a caballo, y se puede creer que si no fuera por la discordia que había entre la gente de Quito, y los naturales y señores de la tierra del Cuzco y su comarca, no habrían entrado los Españoles en el Cuzco, ni habrían sido bastantes para pasar adelante de Xauxa, y para haber entrado sería menester que hubieran sido en número de más de quinientos, y para poder mantenerla se necesitaban muchos más, porque la tierra es tan grande y tan mala, que hay montes y pasos que diez hombres los pueden defender de diez mil. Y nunca el Gobernador pensó poder ir con menos de quinientos cristianos a conquistarla, pacificarla y hacerla tributaria; pero como entendió la grande desunión que había entre los de aquella, tierra y los de Quito, se propuso con los pocos cristianos que tenía ir a librarlos de sujeción y servidumbre y a impedir los perjuicios y agravios que los de Quito hacían en aquella tierra y quiso Nuestro Señor usar de merced con él. Ni nunca el Gobernador se hubiera aventurado a hacer tan larga y trabajosa jornada en esta tan grande empresa, a no haber sido

por la gran confianza que tenía en todos los Españoles de su compañía, por haberlos experimentado y conocido ser diestros y prácticos en tantas conquistas, y avezados a estas tierras y a los trabajos de la guerra: lo que muy bien mostraron en esta jornada en lluvias y nieves, en atravesar a nado muchos ríos, en pasar grandes sierras y en dormir muchas noches al raso, sin agua que beber ni cosa alguna de que alimentarse, y siempre de día y de noche estar de guardia armados; en ir, acabada la guerra, a reducir muchos caciques y tierras que se habían alzado, y en venir de Xauxa al Cuzco donde tantos trabajos pasaron juntamente con su Gobernador, y donde tantas veces pusieron en peligro sus vidas en ríos y montes donde muchos caballos se mataron despeñándose. Este hijo de Guarnacaba tiene mucha amistad y conformidad con los cristianos, y por eso los Españoles para conservarlo en la señoría se pusieron en infinitos afanes, y finalmente se portaron en todas estas empresas tan valerosamente y sufrieron tanto, como otros Españoles puedan haber hecho en servicio del Emperador, de manera que los mismos Españoles que se han hallado en esta empresa se maravillan de lo que han hecho, cuando de nuevo se ponen a pensarlo, que no saben cómo están vivos y cómo han podido sufrir tantos trabajos y tan largas hambres; pero todo lo dan por bien empleado y de nuevo se ofrecen, si fuera necesario, a entrar en mayores fatigas para la conversión de aquellas gentes y ensalzamiento de nuestra Santa Fe católica. De la grandeza y sitio de la tierra antedicha se omite hablar, y solo resta dar gracias y alabanzas Nuestro Señor porque tan visiblemente ha querido guiar por su ma-

no las cosas de S. M. y de estos reinos que por su divina providencia han sido iluminados y enderezados al verdadero camino de salvación. Plegue asimismo su infinita bondad que de aquí en adelante vayan de bien en mejor, por intercesión de su bendita Madre, abogada en todos nuestros pasos, que los encamine a buen fin.

Acabose esta relación en la ciudad de Xauxa a los 15 días del mes de Julio de 1534, la cual yo Pero Sancho, Escribano general en estos reinos de la Nueva Castilla y secretario del Gobernador Francisco Pizarro, por su orden y de los oficiales de S. M., la escribí justamente como pasó, y acabada la leí en presencia del Gobernador y de los oficiales de S. M., y por ser todo así, el dicho Gobernador y los oficiales de S. M. la firman de su mano.-*Francisco Pizarro.-Alvaro Riquelme.-Antonio Navarro.-García de Salcedo.*- Por mandado del Gobernador y oficiales. -*Pero Sancho.*

GLOSARIO DE PERSONAJES

ALMAGRO, Diego de (1472?-1538). Nació en Almagro (Ciudad Real) en 1472, o quizá 1475. Embarcó hacia las Indias en 1514 en la expedición de Pedrarias Dávila y con él estuvo en las campañas del Darién y Tierra Firme. Establecido como comerciante y encomendero en Panamá formó una provechosa sociedad con Hernando de Luque y Francisco Pizarro, que además de explotar varias encomiendas y lavaderos de oro, tenía como objetivo principal la exploración del mar del Sur. Esta sociedad les llevó a la conquista del Perú, no sin recelos mutuos, por los amplios poderes obtenidos por Pizarro en la capitulación dada por el emperador D. Carlos para legalizar la expedición a Perú.

Una aparente reconciliación permitió que Almagro, con barcos cargados de provisiones y hombres de refrescos, se uniese al trujillano en Cajamarca el 14 de abril de 1533, semanas después de haber sido capturado el Inca Atahualpa.

Enterados del desembarco de Pedro de Alvarado en las costas quitanas con intenciones de apoderarse del norte de Perú, Pizarro encomendó a Diego de Almagro la negociación y expulsión de Alvarado de sus tierras. Almagro, inteligentemente, negoció con él una retirada beneficiosa para ambos: a cambio de una elevadísima suma de oro Alvarado regresó a Panamá y el manchego se quedó con el grueso de sus tropas.

- 1 Tras varios meses de infructuosas negociaciones, el 26 de abril de 1538 los ejército pizarristas y almagristas se enfrentaron en la batalla de Salinas. Derrotados los almagristas por las tropas del gobernador, Diego de Almagro fue encarcelado, juzgado y ejecutado.

ALVARADO, Pedro de (1486-1541). Nació en Badajoz en 1486 en el seno de una familia de hidalgos empobrecidos; su padre pertenecía la orden de Santiago pero carecía de patrimonio. En 1511, a las órdenes de Diego de Velázquez participó en la conquista de Cuba, recibiendo una capitanía por su servicios. En 1518 se unió a la expedición de Juan de Grijalva al mando de una carabela. Un año

después Hernán Cortés le dió el mando de las naves que saldrían un poco más tarde que las suyas, uniéndose todos en Cozumel. Por la bravura demostrada en las batallas de Tabasco y Centla, Cortés le nombra su segundo. Fue el triste artífice de los graves incidentes que desencadenaron la muerte de Moctezuma y la matanza del Templo Mayor: fiel a su carácter se comportó de forma excesiva, arriesgada y cruel con los indios. Como consecuencia de lo anterior estalló una rebelión indígena y los españoles tuvieron que abandonar la capital azteca en la famosa "Noche Triste" de junio de 1520.

Meses después ayudó a reconquistar lo perdido y volvió a ser protagonista en la destrucción de Tenochtitlán. Como recompensa Cortés le concedió una de las más grandes encomiendas de México.

Las noticias de fabulosas riquezas al sur de México hicieron que Cortés nombrase a Alvarado teniente de gobernador de esos territorios y lo enviase a la exploración y conquista de Guatemala y El Salvador.

En 1534 desde Guatemala organizó una flota de 11 barcos y más de 600 hombres con la intención de tomar Quito y apoderarse del norte de Perú. Enterado de ello Francisco Pizarro envió contra él a sus dos mejores lugartenientes Benalcázar y Diego de Almagro. Si bien antes de batallar por un territorio que no les pertenecería nunca, Almagro y Alvarado llegaron a un acuerdo pacífico que les beneficiaba a ambos: por una elevada suma de dinero Alvarado vendía la mayor parte de su ejército a Almagro y se retiraba a sus territorios centroamericanos. De nuevo en Guatemala se centró en el gobierno y expansión de sus territorios, organizando expediciones a Honduras.

En 1540, cuando estaba finalizando los preparativos para la expedición a las Molucas, el Gobernador de Guadalajara, Cristóbal Oñate, le pide ayuda para sofocar una sublevación de los indios palisqueños. Pedro de Alvarado acudió en su auxilio, pero al retirarse con su tropa, tras la batalla de Nochistlán, cayó con su caballo por un talud de tierra quedando malherido. Se le trasladó a Guadalajara donde murió el 4 de junio de 1541.

ATABALIPA o ATAHUALPA (1500 - 1533) Nació en Quito (Ecuador) hacia 1500. Hijo del Inca Huayna Cápac y de la noble quiteña Paccha, y hermanastro de Huascar. Cuando el Inca Cápac murió en 1529 sin haber designado sucesor, cada uno de sus dos hijos represen-

taba los intereses encontrados de las dos grandes elites incaicas: Huaskar nacido y criado en Cuzco y Atahualpa esperanza de la nobleza quiteña.

En principio Huaskar, nacido de una princesa cuzqueña de mayor rango que la madre de su hermano, fue elegido Inca, pero las elites quiteñas se opusieron y Atahualpa declaró la guerra a su hermanastro. La contienda se inició con una serie de victorias cuzqueñas que permitieron a Huaskar encarcelar a su hermanastro y controlar el imperio. Sin embargo, los hábiles generales quiteños Quisquis, Calcuchimac y Rumiñahui consiguieron reorganizar a sus tropas, liberar a Atahualpa e iniciar una victoriosa reconquista que les llevó a tomar Cuzco, apresar a Huaskar y, finalmente dominar el Tahuantinsuyu. En 1532, a la par que Francisco Pizarro desembarcaba con su expedición definitiva en Tumbes, Atahualpa era coronado Inca en Cuzco.

Enterados de la llegada de los españoles, tanto uno como otro hermano enviaron mensajeros para conocer las intenciones de los intrusos e intentar ganarlos a su causa. Francisco Pizarro se dejó querer por ambos bandos e hizo ambiguas promesas a los emisarios de Atahualpa y Huaskar. Finalmente se produjo el encuentro: el 15 de noviembre de 1532 llegaron los españoles a Cajamarca, ciudad del altiplano que aparecía desierta pero rodeada por al menos 35.000 soldados al mando del Inca Atahualpa. Tras un intercambio de embajadas, Pizarro recibió al día siguiente al enorme cortejo del Inca, que ceremoniosamente se presentó en la ciudad con el ánimo de impresionar y hacer huir a los extranjeros. Sin embargo, Pizarro encarceló al Inca, la hueste española desbarató al poderoso ejercito imperial y el Tahuantinsuyu se desmoronó sin remisión.

Atahualpa ofreció llenar de oro y plata la habitación donde estaba preso a cambio de su vida. Pizarro aceptó el trato, pero meses después, los rumores de movimientos de tropas indígenas, el convencimiento de que el Inca preparaba una sublevación, la confusa muerte de Huaskar cuya vida garantizó Atahualpa, y la inquina de ciertos capitanes españoles como Almagro o Soto hacia el soberano, obligaron a Pizarro a someterle a un juicio. Acusado de herejía y traición, al atardecer del 25 de julio de 1533, el Inca Atahualpa fue ahorcado en la plaza mayor de Cajamarca; el fuego se le perdonó al pedir el bautismo como última voluntad.

ATICOC Uno de los numerosos hijos de Atahualpa, pretendiente al trono Inca. Era apoyado por los nobles y curacas quiteños para suceder a su padre tras ser ejecutado por los españoles. Parece que estaba en contacto con el general Chilichuchima y conspiró para liderar un levantamiento contra Pizarro y su hueste. Es muy probable que si el ejército de Chilichuchima se hubiese decidido a atacar y hubieran vencido a los españoles, Aticoc hubiese sido elegido Inca.

CHILICHUCHIMA o CALCUCHÍMAC (?-1533) General del ejército del Inca Atahualpa que participó activamente en la guerra civil contra Huascar. Cuando el Inca fue capturado por Francisco Pizarro en Cajamarca, Calcuchímac huyó a Jauja donde logró reorganizar parte del ejército imperial dispuesto a atacar a los españoles. Durante meses esperó que Atahualpa le diese la orden secreta de rescatarlo. Finalmente con una añagaza Hernando Pizarro consiguió capturarlo y someterlo a tortura.

Una vez asesinado Atahualpa y elegido Toparca como nuevo Inca, Calcuchímac recuperó sus galones de general, si bien no simpatizaba con su nuevo señor, pues era hermano de su antiguo enemigo Huascar y servía a los intereses de los españoles. Varios cronistas señalan al militar indígena como el autor del envenenamiento de Toparca. Las mismas sospechas tuvieron numerosos capitanes españoles quienes pidieron a Francisco Pizarro que lo sometiera a juicio. Así, el 12 de noviembre de 1533, en las vísperas de entrar los españoles en Cuzco, Calcuchímac fue enjuiciado por traición y conspiración. Esa misma noche ardió en una pira por traidor y hereje ya que no quiso aceptar el bautismo ni renegar de sus dioses.

HUAYNA CÁPAC (en el texto nombrado como Gugunacaba o Guaynacaba o Guarnacaba) (1493?-1529) Hijo del Inca Topa Yupanqui y de la princesa y esposa principal Mama Ocllo, nada más ser designado soberano debió reprimir una rebelión de uno de su setenta hermanastros que pretendía hacerse con el poder. Su gobierno se caracterizó por la expansión hasta los límites máximos del *Tahuantinsuyu* o Imperio Incaico. Conquistó la zona oriental de Cajamarca y el norte de Ecuador hasta el río Paito y por el sur amplió sus tierras hasta el río Maule en Chile. Este desmesurado crecimiento obligó a pactar con *curacas* locales y a potenciar cuerpos de élites militares al mando de generales que no pertenecían a la exclusiva nobleza cuzqueña,

secular capital y centro político de los Incas. Además, por las continuas rebeliones de tribus cercanas a Quito, Huayna Capac trasladó su corte a la ciudad de Tomabamba, cercana de la actual Quito, creando así un nuevo centro político y militar que comenzó a disputarle el poder al hasta entonces poderoso Cuzco. Todo ello contribuyó a mantener un extenso imperio, pero también a debilitar las estructuras tradicionales de poder y a crear una bicéfala política y militar que se demostraría fatal tras la muerte de Huayna Cápac. Se cree que el Inca debió morir hacia 1529, tras su fallecimiento se designó soberano a su hijo Huaskar.

MANCO INCA YUPANQUI (?-1544). Hijo del Inca Huayna Cápac, tras la muerte de sus hermanastros Huaskar, Atahualpa y Toparca, en 1533 fue reconocido como emperador Inca por Francisco Pizarro a cambio de una alianza para acabar con la resistencia india del general Quizquiz. Aposentado en Cuzco, Manco enseguida tuvo enfrentamientos con los españoles, en especial con Hernado Pizarro, quien sospechando que el indio urdía una conjura para expulsar a los españoles lo mandó encarcelar. Sin embargo, el Inca mediante un ardid logró escapar: le prometió al codicioso Hernando un fabuloso tesoro, pero para ello le tenía que dejar salir de la ciudad para ir a buscarlo donde él mismo lo había enterrado. Una vez fuera de Cuzco, Manco reunió un poderoso ejército y en la Pascua de 1536 sitió la ciudad. Los batallones indígenas tomaron la fortaleza de Sacsahuaman, sobre el cerro que domina Cuzco, y desde allí iniciaron el hostigamiento de los españoles. La rebelión fue secundada en otros puntos del Perú como Lima, Jauja o las regiones andinas, y en un principio Manco intentó que aquello fuese el principio de la guerra de reconquista inca. Tras unos meses de graves enfrentamientos el país fue recuperando la paz excepto la región cuzqueña, cuya capital estuvo a punto de sucumbir.

Manco Inca tuvo ciertas indecisiones y no lanzó el ataque definitivo que, sin duda, le hubiese permitido apoderarse de Cuzco. En un momento pensó en una negociación con Almagro: aprovechando las ya graves disensiones con Hernado Pizarro podrían trabar una alianza que les permitiese apoderarse de la ciudad y repartirse el territorio.

Mas en la primavera de 1537 y sin explicación coherente, las tropas nativas que rodeaban Cuzco comenzaron una rápida y desordenada retirada. Luego se supo que el retraso en la batalla defi-

nitiva, las disensiones internas y las fuertes sequías de aquel año desalentaron a los indios que hartos de esperar optaron por volver a sus poblados y evitar la hambruna a sus mujeres e hijos. Con los restos de un ejército fantasma, Manco huyó a las montañas de Vilcabamba. Apriscado entre cerros y selva, con el apoyo de las tribus anti, reorganizó un ejército guerrillero que durante años hostigó a los españoles con acciones rápidas y efectivas, sin buscar nunca el enfrentamiento con tropas militares. En Vilcabamba quedó establecido una especie de estado neoinca rebelde hasta el año 1572. Manco fue asesinado en 1544 por Diego Méndez, un almagrista huido de la justicia del y acogido por los indios sublevados.

QUIZQUIZ (Quisquis o Quiz quiz) (?-1534) General quiteño de Atahualpa. Junto con Calcuhimác es el gran artífice de la victoria de Atahualpa en la guerra civil contra su hermano Huascar. A Quizquiz se le encomendó la toma de Cuzco y la eliminación de toda la oposición en dicha ciudad, empezando por los familiares de Huascar. Cuando llegaron los españoles a Perú, él estaba al mando de un importante ejército acantonado en Cuzco. Una vez preso Atahualpa en Cajamarca, Quizquiz, aunque a regañadientes y con frialdad, recibió a los emisarios españoles que iban con las órdenes de recoger el oro y los tesoros de la ciudad para pagar el rescate del Inca. Pero durante este tiempo, estuvo siempre pensando como defender la capital del Incanato y cómo lograr reagrupar a todos los batallones, dispersos tras la caída de Atahualpa.

Mas las noticias que fueron llegando a Cuzco no eran alentadoras: el Inca había sido ejecutado y el nuevo elegido, Manco Inca Yupanqui, era hermano de Huascar y colaboraba con los españoles, que avanzaban sin oposición hacia Cuzco. Quizquiz dejó parte de sus efectivos en la ciudad y partió hacia Jauja para desde allí, junto a nuevos batallones que pensaba recoger en su camino, atacar la retaguardia extranjera. Sin embargo, Cuzco cayó sin apenas resistencia, y en Jauja los indios *huanca*s se aliaron a los españoles y desbarataron sus planes. Por otro lado, Manco Inca enviaba nuevas tropas indígenas para perseguirle y vengar así la muerte de su hermano Huascar y la humillación inflingida durante la pasada guerra civil. Quizquiz apenas pudo batallar, sus oficiales, en su mayoría quiteños, estaban cansados de la guerra y de estar tanto tiempo alejados de casa por lo que presionaron para regresar a Ecuador. Quizquiz buscó refugio en Quito pensando en unir sus tropas a las de Rumiñahui.

Aún antes de llegar a Quito, el ejército de Quizquiz sufrió una derrota en un encuentro con soldados españoles. El daño real fue escaso, pero en el ánimo de sus oficiales fue determinante: éstos pidieron a Quizquiz que se rindiera. El general quiteño se negó y ordenó seguir por las montañas hasta encontrarse con los batallones de Rumiñahui. Sin embargo, los oficiales incas se amotinaron, mataron a su general y se dispersaron licenciando a la tropa.

TOPARCA, (nombrado por Pedro Sancho como ATABALIPA, y en otros documentos como Túpac (Cusi) Huallpa o Tupaliba) (?-1533) Inca hermano de Huaskar, por tanto hijo de Huayna Cápac, era quien más títulos poseía para suceder a su hermano. Fue mandado llamar por Francisco Pizarro y trasladado a Cajamarca para garantizar su seguridad. Tenía pánico de Atahualpa, y se escondía cada vez que este salía de su aposento. Tras la muerte del Inca, Pizarro lo propuso al consejo de nobles y señores supremos del *Tahuantinsuyu* para su elección como soberano. En julio de 1533, en Cajamarca, fue coronado "Señor de los Cuatro Suyus" en nombre de Su Majestad Carlos I. Toparca contaba con las simpatías de la nobleza nativa cuzqueña y con la de los enemigos de Atahualpa.

Su colaboración con los españoles estaba fundamentada en la creencia de poder recuperar el trono y cierta independencia para su pueblo. Sin embargo, mientras viajaban de Cajamarca a Cuzco el joven Inca padeció unas extrañas dolencias. Al llegar a Jauja, el 12 de octubre, la comitiva se detuvo durante dos semanas, en las cuales el estado de Toparca empeoró hasta morir. Los españoles acusaron de su muerte a Calcuímac, general de Atahualpa, que aunque tenía muchas razones para asesinarlo nunca pudo probarse su implicación.

